NOCHE DE BRUJAS

27

J. DICKSON CARR

COLECCION Rastros

En su novena salida, el Dr. Fell pasa el mes de julio de 1937 en un pequeño pueblo de Kent.

John Farnleigh es un joven rico, casado con el amor de su infancia y superviviente del desastre del Titanic. Cuando aparece otro hombre que dice ser el verdadero John Farnleigh, se abre una investigación para determinar quién de ellos es el verdadero Farnleigh. Más tarde el primer Farnleigh es asesinado —le cortan la garganta en presencia de tres personas, pero todas ellas afirman que no vieron a nadie allí —. Posteriormente, un misterioso autómata extiende su mano para tocar a una criada, que casi muere de miedo, y un capta-huellas (un juguete infantil empleado para la toma de huellas dactilares) desaparece de una biblioteca cerrada.

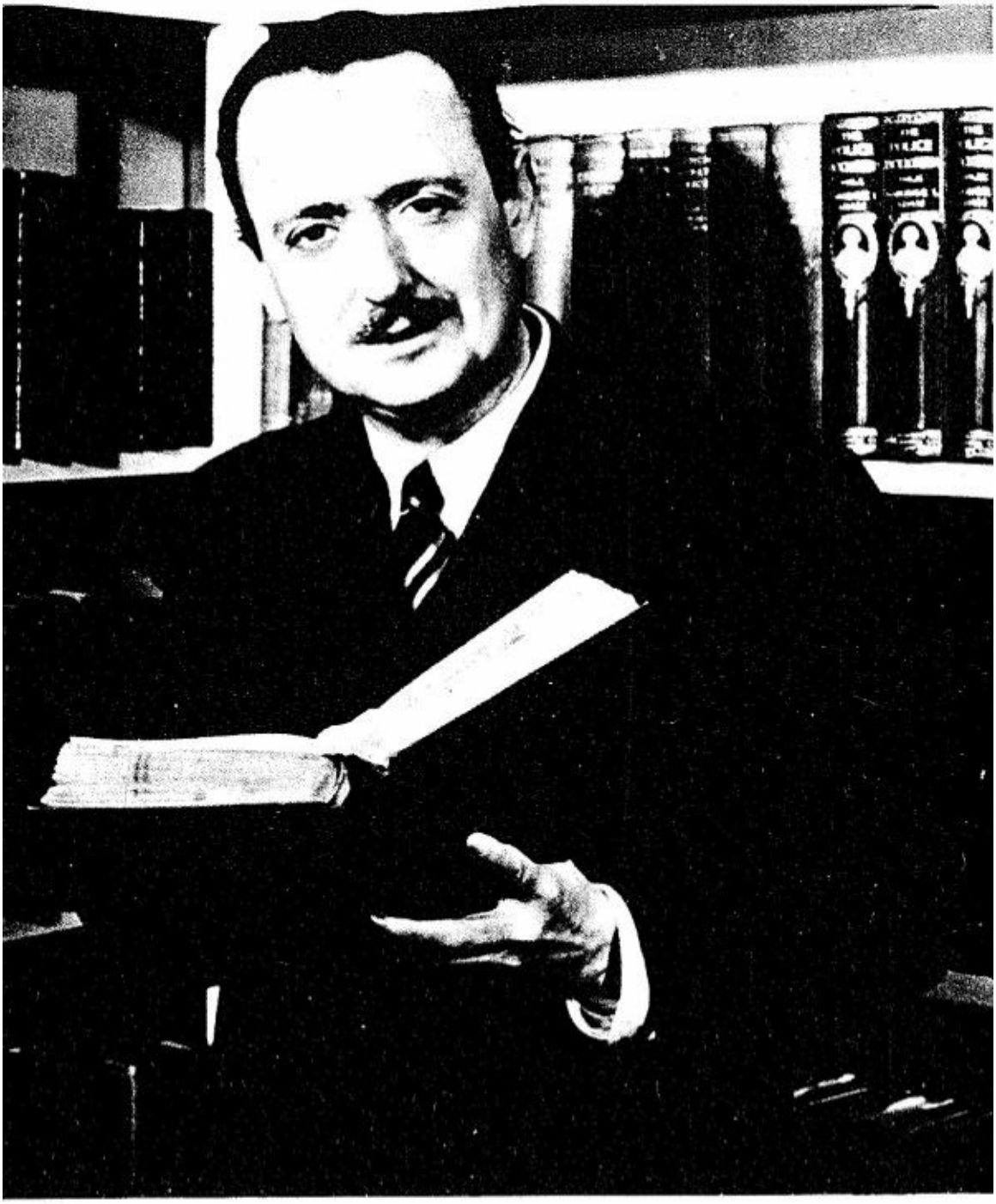
El Dr. Gideon Fell investiga y descubre la sorprendente solución a todos estos problemas.

John Dickson Carr

Noche de brujas

Gideon Fell - 8

Título original: *The Crooked Hinge*
John Dickson Carr, 1938
Traducción: J. Román



John Dickson Carr
CARTER DICKSON

PRÓLOGO

CARTER DICKSON

Entre los escritores más destacados de la novelística policíaca se halla John Dickson Carr, que utilizó para sus novelas los seudónimos de Carter Dickson *y de* Carr Dickson.

Aunque se le cataloga como escritor inglés, la realidad es que nació en los Estados Unidos de América el año 1905.

Su ciudad natal fue Uniontown, del Estado de Pennsylvania.

Sus padres fueron Waoda Nicholas Carr y Julia Carr, el primero de los cuales ocupó durante mucho tiempo el cargo de administrador de Correos de Uniontown y temporalmente, de 1913 a 1915, fué miembro del Congreso de los Estados Unidos.

A los ocho años, John Dickson Carr fué llevado a Washington. Mientras su padre «tronaba en el Congreso», el pequeño John, en pie sobre una mesa de la antecámara, recitaba el monólogo de Hamlet *a algunos caballeros, entre los cuales se encontraban Thomas Heflin, Pat Harrison y Claude Kitchin.*

Sentado sobre las rodillas de «tío Joe», Cannon escuchó relatos de fantasmas.

Sherlock Holmes, D'Ártagnan y el Mago de Oz fueron los héroes de su juventud, a los que dedicaba todas las horas que podía.

A los catorce años empezó a escribir en un periódico cuyo hombre se desconoce. Escribía Sobre deporte, haciendo también la crónica de los Tribunales de justicia.

Tan desconocidos como el nombre del periódico en que hiciera sus primeras armas como escritor son los colegios en que estuvo, a excepción de la High School, que, según confesión propia, estaba orgulloso de él porque fué el único instituto en que aprendió sin cansarse.

Pudo haber estudiado la carrera de leyes en la Universidad de Pennsylvania, pero su dificultad con los libros frustró los designios de la familia, y se hizo periodista.

Otro de los grandes tropiezos de su carrera escolar fueron las matemáticas.

En 1920 fué al extranjero, viajando y viviendo en Inglaterra y en el continente europeo. Por esa época escribió una novela histórica, que no tuvo ningún éxito.

En 1930 escribió It walks by Night. *Tenía entonces veinticinco años, y fué una obra que atrajo poderosamente la atención de los lectores.*

Según el Daily News Standard, *de Uniontown, de fecha 31 de agosto de 1939, John Dickson Carr visitó su ciudad natal en compañía de su esposa, oriunda de Bristol, Inglaterra. Como su hija Julia era aún muy pequeña, la dejaron en Bristol con su abuela materna.*

John Dickson Carr escribió la mayor parte de sus treinta libros de misterio en la década que pasó en Gran Bretaña, donde en 1936 fué honrado con la inclusión en el Detective Club.

Fueron sus padrinos en tal solemnidad Dorothy Sayers y Anthony Berkeley. Y hasta G. K. Chesterton le honró con su asistencia al acto.

Durante los ataques aéreos a Londres, de 1940 a 1941, fué varias veces bombardeado, perdiendo casa y fortuna; pero no se movió de la capital.

J. B. Priestley dijo que Carr tenía un sentido tal de lo macabro, que lo elevaba por encima de los escritores de relatos detectivescos. Otros han afirmado que sus novelas son verdaderas obras de arte por su estilo, sus argumentos y el dinamismo de su acción.

Los relatos que ha escrito para la radio han tenido un magnífico éxito.

Las primeras novelas que escribió tenían como fondo París, y su protagonista era Bencolin, de la Policía parisiense. Pero la popularidad del autor no llegó a su máximo hasta que creó al doctor Gideon Fell. Con el seudónimo de Carter Dickson *inventó su sir Henry Merrivale, más conocido como «H. M.» o «El Anciano».*

La técnica de Carter Dickson es muy semejante a la de Ellery Queen. Su fuerte ha sido y es los problemas criminales mezclados con lo sobrenatural. La maravillosa forma de explicar sus problemas representa, tal vez, la causa

de sus éxitos.

John Dickson Carr es un hombre moreno, con bigote, fumador de pipa, cuyos escasos cabellos le dan aspecto de hombre más viejo de lo que es en realidad.

* * *

En este volumen de Novelas escogidas *de Carter Dickson*[1]*, presentamos cinco de sus novelas características, que son:* Con guantes de acero, Sangre en el espejo de la reina, Los crímenes de la viuda roja, Los crímenes del unicornio *y* La Policía está invitada.

SALVADOR BORDOY LUQUE

Capítulo I

Frente a una ventana que dominaba un jardín del Condado de Kent, Brian Page estaba sentado entre una enorme cantidad de libros abiertos que descansaban sobre un escritorio, y sintió una repugnancia enorme por él trabajo. Por ambas ventanas entraban los rayos del sol de julio, reflejándose, dorados, sobre el piso. El calor adormilante hacía emanar un olor a madera vieja y viejos libros. Más allá de la pared de su jardín, y pasando la hostería del *Bull and Butcher*, el camino serpenteaba, durante un cuarto de milla, entre huertas. Pasaba frente a los portales de Farnleigh Close, cuyo grupo de chimeneas Page podía ver por sobre los árboles, y luego ascendía, pasando por el bosque poéticamente llamado Hanging Chart.

Por el camino de Close se acercaba el automóvil del señor Nathaniel Burrows, con un estrépito que podía oírse desde lejos.

Brian Page reflexionó que había casi demasiada agitación en la aldea de Mallingford. Si la afirmación parece demasiado alocada para ser creída, se podía probar. Sólo el verano anterior había ocurrido el asesinato de la regordeta señorita Daly, estrangulada por un vagabundo que luego murió dramáticamente, al tratar de cruzar las vías del ferrocarril. Además, esta última semana de julio se habían alojado dos desconocidos en el *Bull and Butcher*, durante días sucesivos. Uno de los desconocidos era un artista, y el otro podría ser (nadie sabía cómo se corrió la voz) un detective.

Finalmente, Nathaniel Burrows, el procurador de Maidstone y amigo de Page, había estado haciendo excursiones misteriosas durante todo el día. Parecía reinar cierta agitación o inquietud en Farnleigh Close, aunque nadie sabía, de qué se trataba. Brian Page tenía por costumbre dejar el trabajo a mediodía y dirigirse a la hostería para tomar un vaso de cerveza antes del almuerzo; pero le resultó una señal poco tranquilizadora el hecho de que no oyera ninguna habladuría esa mañana.

Bostezando, Page apartó los libros. Se preguntó cuál podría ser la causa

de la inquietud en Farnleigh Close, la casa que rara vez se había visto tan concurrida desde la época en que Iñigo Jones la construyó para el primer barón, durante el reinado de James I. La mansión había albergado a una larga cadena de Farnleigh. *Sir* John Farnleigh, el actual barón de Mallingford y Soane, había heredado una fortuna cuantiosa, así como también la mansión y extensas tierras.

A Page le gustaban, tanto el moreno John Farleigh como su esposa, Molly. La vida de la comunidad se ajustaba al carácter del barón. Era un terrateniente nato, a pesar de haber estado tanto tiempo alejado de su hogar. Pues la historia de Farnleigh era uno de esos románticos relatos que interesaban a Page y que ahora parecía difícil de reconciliar con el sólido y casi vulgar barón de Farnleigh Close. Desde su primer viaje hasta su casamiento con Molly Bishop, realizado poco más de un año atrás, la vida había transcurrido con entera calma en el castillo.

Sonriendo y bostezando de nuevo, Page tomó la pluma para comenzar a escribir.

—¡Oh Dios!

Examinó el panfleto que tenía enfrente. Su “Vidas de los Jueces de Inglaterra” marchaba tan bien como podría esperarse. Ahora estaba escribiendo la de *sir* Matthew Hale. A decir verdad, Page nunca esperó realmente terminar su libro, como tampoco terminó sus estudios de leyes. Era demasiado indolente para esas tareas; empero, era bastante inquieto de mente e intelectualmente alerta para dejarla de lado. Se dijo a sí mismo que debía trabajar.

El panfleto decía: *El juicio de varias brujas realizado en Bury St. Edmons por el Condado de Suffolk, en décimo día de marzo de 1664, ante sir Matthew Hale, entonces barón jefe de la Corte de Su Majestad. Impreso para D. Brown, J. Walthoe y M. Wotton. 1718*.

Allí tenía una desviación del tema: la asociación de *sir* Matthew Hale con las brujas era de lo más insignificante; pero la aprovechaba Brian Page para escribir un superfluo capítulo sobre algo que le interesaba. Con un suspiro de placer, tomó, uno de los tomos del anaquel. Estaba comenzando a examinarlo cuando oyó ruido de pasos en el jardín y alguien le saludó en voz alta desde la ventana.

Era Nathaniel Burrows, que agitaba su portafolio con ademanes poco apropiados para un procurador.

—¿Está ocupado? —preguntó Burrows.

—No mucho —admitió Page, y bostezó. Dejó el libro sobre la mesa y agregó—: Entre y fume un cigarrillo conmigo.

Burrows abrió las puertas de cristal que daban al jardín y entró en la cómoda habitación. Aunque se dominaba bastante bien, estaba suficientemente agitado como para parecer frío y algo pálido en esa tarde calurosa. Su padre, su abuelo y su bisabuelo habían manejado los asuntos legales de la familia Farnleigh. A veces se podía dudar de que Nathaniel Burrows, con su entusiasmo y sus ocasionales discursos explosivos, fuera la persona apropiada para ocupar la posición de abogado de la familia. Además, era joven; mas, por lo general, lograba dominar todas esas, cosas, y se las arreglaba como para parecer frío y estirado.

Burrows tenía cabellos negros, partidos por el medio, y usaba anteojos con armazón de carey ajustados sobre su larga nariz; vestía de negro con gran corrección y poca comodidad; sus manos aguantadas aferraban su portafolio.

—Brian —dijo—, ¿cena usted en casa esta noche?

—Sí, yo…

—No lo haga —le contestó Burrows bruscamente.

Page parpadeó.

—Usted cenará con los Farnleigh —prosiguió Burrows—. Al menos, no me importa si cena usted allá; pero preferiría que estuviera en la casa cuando ocurra cierto asunto. —Recobró un poco su aspecto frío de siempre y agregó —: Estoy autorizado a decirle lo siguiente: Dígame, ¿alguna vez se le ocurrió pensar que *sir* John Farnleigh no era lo que parecía?

—¿No era lo que parecía?

—¿Que *sir* John Farnleigh —explicó Burrows con cuidado— era un impostor, y no *sir* John Farnleigh en absoluto?

—¿Ha sufrido usted una insolación? —preguntó Page, irguiéndose—. Seguramente que nunca se me ocurrió pensar tal cosa. ¿Qué motivo habría? ¿Qué diablos quiere usted decir?

Nathaniel Burrows se puso en pie y depositó el portafolio sobre la silla.

—Digo eso —replicó— porque se ha presentado un hombre que asegura

ser el verdadero John Farnleigh. No es nada nuevo. Hace varios meses que estamos con el asunto, y ahora ha llegado a su punto culminante… —vaciló y miró a su alrededor—. ¿Hay alguien más en la casa?

—No.

—Bien, entonces —dijo Burrows—. No debería decirle a usted esto; pero le conozco y confío en usted; y, entre nosotros, le diré que estoy en una posición muy delicada. Este asunto traerá dificultades. El caso Tichborne no se podrá comparar con éste. Por supuesto…, oficialmente, todavía no tengo ningún motivo para creer que el hombre cuyos asuntos administro no es *sir* John Farnleigh. Se supone que yo sirvo al verdadero barón. Pero el caso es éste. Hay dos hombres. Uno es el verdadero barón y el otro es un vulgar impostor. Los dos hombres no son iguales, ni siquiera se parecen. Sin embargo no puedo decidir cuál es uno y cuál el otro. —Se detuvo y agregó—: Por fortuna, empero, el asunto se arreglará esta noche.

Page ajustó sus pensamientos. Ofreció un cigarrillo a su visitante y encendió otro, mirando fijamente a Burrows.

—Hablando entre nosotros —dijo—, ¿cómo fué que empezó todo? ¿Cuándo hubo razón, para creer que había un impostor? ¿Se ha presentado la cuestión antes de ahora?

—Nunca. Y ya verá por qué. —Burrows sacó un pañuelo y se enjugó la frente—. Sólo espero que no sea más que una falsa alarma. Me gustan mucho *sir* John y *lady* Farnleigh. Si ese demandante es un impostor me ocuparé de que vaya a purgar una condena a perpetuidad. Mientras, tanto, ya que usted tendrá que enterarse del asunto esta noche, será mejor que sepa los puntos principales, y por qué se ha presentado este enredo infernal. ¿Conoce usted la historia de *sir* John?

—En una forma vaga y general.

—No debería saber nada así —replicó Burrows, sacudiendo la cabeza—. ¿Es de esa forma que escribe la historia? Espero que no. Escúcheme, y tenga bien presente lo que le voy a decir:

»Retrocederemos veinticinco años, época en que el presente *sir* John Farnleigh era un muchacho de quince años. Nació en 1898, y era segundo hijo del viejo *sir* Dudley y de *lady* Farnleigh. En aquella época no se decía nada de que él heredaría el título; Dudley, el hijo mayor, era el orgullo y la

alegría de sus padres.

»El joven Dudley era un buen muchacho y su hermano John no lo era. Era moreno, callado, algo alocado, pero tan hosco que nadie le perdonaba nada ofensivo que hiciera. En realidad no era malo; sólo que no quería ser tratado como un niño sino como una persona mayor antes de haber crecido. En 1912, cuando tenía quince años, tuvo un asunto de amores con una mucama de Maidstone…».

Page silbó y dijo:

—¿A los quince años? ¡Debe haber sido todo un hombre!

—Lo era.

—Y, sin embargo, siempre creí que Farnleigh era un…

—¿Un puritano? —dijo entonces Burrows—. Sí. De todos modos, ahora estamos hablando de un muchacho de quince años. Ya era bastante malo el hecho de que estudiara satanismo y ciencias ocultas. Peor fué cuando le expulsaron de Eton. Pero el escándalo público con la mucama, que creyó que iba a ser madre, fué el acabóse. *Sir* Dudley Farnleigh decidió que el muchacho era malo de pies a cabeza, y que salía a los antiguos Farnleighs que solían dedicarse al ocultismo, y no quiso saber más nada con él. Se adoptó el remedio acostumbrado. *Lady* Farnleigh tenía un primo en América, y se envió a John al Nuevo Mundo.

»La única persona que parecía capaz de manejarlo era su tutor llamado Kennet Murray. El tutor, un joven de veintidós o veintitrés años en aquella época, había venido a Farnleigh Close después que John dejó la escuela. El *hobby* de Kennet Murray, como vale la pena mencionarlo, era la criminología científica; lo que sirvió para que el muchacho se sintiera atraído hacia él desde el principio.

»Ahora bien, para esa época, ocurrió que Murray había recibido un ofrecimiento como ayudante de un director de escuela en Hamilton, Bermuda, siempre que quisiera alejarse tanto de su país. Él aceptó, pues de todos modos no se necesitaban ya sus servicios en el Close. Se convino que Murray viajara a Nueva York con el muchacho, para evitar que se metiera en dificultades. Entregaría el muchacho al primo de *lady* Farnleigh, y luego tomaría otro barco para Bermuda».

Nathaniel Burrows hizo una pausa, recordando el pasado.

—Personalmente, no recuerdo mucho respecto a aquellos días —agregó —. Nosotros los menores no podíamos acercarnos a John. Pero la pequeña Molly Bishop, que entonces tenía unos seis o siete años de edad, le quería muchísimo. No estaba dispuesta a oír hablar mal de él, y es significativo el hecho de que se haya casado con él. Me parece que recuerdo vagamente el día en que John fué a la estación con Kennet Murray a su lado. Al día siguiente partirían en el barco. No necesito decirle que tomaron el *Titanic*.

»El insumergible *Titanic* chocó contra un témpano y se hundió la noche del 15 de abril de 1912 —prosiguió Burrows—. En la confusión, Murray y el muchacho quedaron separados. Murray estuvo a flote durante dieciocho horas en las heladas aguas, aferrándose a un pedazo de madera junto con dos o tres náufragos más. Al fin fueron recogidos por un barco de carga que se dirigía a Bermuda, de modo que Murray fué a parar al sitio donde quería ir. Pero no se preocupó más cuando se enteró por el telégrafo que John Farnleigh estaba a salvo, y más tarde, recibió una carta confirmando la noticia.

»John Farnleigh, o un muchacho que decía ser John, fué recogido por el *Etrusca*, en viaje hacia Nueva York. Allí el primo de *lady* Farnleigh le recibió. La situación era exactamente la misma que antes. Aparte de asegurarse que el muchacho estaba vivo, *sir* Dudley dejó que se quedara allá. Ambos estaban terriblemente amargados.

»El muchacho se crió en América, y vivió allí durante casi veinticinco años. No quiso escribir una línea siquiera a su gente; prefería verlos muertos antes de enviarles una foto o una felicitación por algún cumpleaños. Por suerte, gustó en seguida de su primo americano, un hombre llamado Renwick, y eso suplió la falta de sus padres. Él… pareció cambiar. Vivió muy tranquilo como granjero en el campo, tal como podría haber vivido aquí. Durante los últimos años de la guerra sirvió en el ejército americano, pero nunca puso pie en Inglaterra ni se encontró con ninguna de las personas que le habían conocido. Ni siquiera volvió a ver a Murray. Murray vivía, aunque no prosperaba en Bermuda. Ninguno de los dos podía permitirse el lujo de visitar al otro, especialmente debido al hecho de que John Farnleigh vivía en Colorado.

»Aquí nada cambió. El muchacho había sido prácticamente olvidado; y,

después que murió su madre en el año 1926, lo olvidaron por completo. El padre siguió a la tumba a la madre, cuatro años más tarde. El joven Dudley, que ya no era tan joven entonces, heredó el título y todas las propiedades. No se había casado; decía que tenía tiempo suficiente para hacerlo. Pero no lo tuvo. El nuevo *sir* Dudley murió de una intoxicación en agosto de 1935».

—Eso fué poco antes de que viniera yo —comentó Page—. ¡Pero, oiga usted! ¿No trató Dudley de ponerse alguna vez en contacto con su hermano?

—Sí, pero sus cartas fueron devueltas sin abrir. Dudley había estado siempre algo distanciado de su hermano menor. Para esa época se habían separado tanto que aparentemente John no sentía afecto por ninguno de sus familiares. Empero, cuando se presentó el momento de que John heredara el título y las propiedades al morir Dudley…

—John aceptó.

—Aceptó. Sí. Ese es el caso —dijo Burrows con énfasis—. Usted lo conoce y usted entiende. No había nada más correcto que su venida aquí. Ni siquiera le pareció extraño, a él, aunque había estado alejado durante casi veinticinco años. Él no nos pareció un extraño; todavía pensaba y actuaba hasta cierto punto como el heredero de los Farnleigh. Vino aquí a principios de 1936. Como toque romántico adicional a la historia, se encontró con una Molly Bishop hecha una mujer y se casó con ella en mayo del mismo año. Se instaló allí y ahora sucede esto. ¡Sucede esto!

—Supongo que se sugiere —dijo Page con cierta incertidumbre— que se hizo un cambio de identidades durante el desastre del *Titanic*, ¿no es así? ¿Que el impostor fué recogido en el mar, y por alguna razón propia fingió ser John Farnleigh?

Burrows se paseaba de un lado a otro lentamente. Volvió la cabeza y miró al otro de soslayo, como era su costumbre.

—Ese es exactamente el asunto. Exactamente. Si el actual John Farnleigh es un impostor, lo es desde 1912…, mientras que el verdadero heredero no decía nada. Él creció siendo John Farnleigh. Cuando le rescataron del bote salvavidas, después del naufragio, vestía las ropas de Farnleigh y tenía su anillo, hasta llevaba el diario de Farnleigh. Ha estado expuesto a los recuerdos de su primo Renwick en América. Ha vuelto aquí y se ha instalado de acuerdo a la costumbre antigua. ¡Veinticinco años! La escritura cambia,

las caras y las marcas se alteran, aun las memorias se hacen inciertas. ¿Ve usted la dificultad? Si a veces comete un error, si hay blancos en su memoria, eso es natural, ¿no es verdad?

Page sacudió la cabeza.

—De todos modos, mi amigo —dijo—, este demandante tiene que tener una seguridad muy grande para ganar la credulidad de nadie. Ya sabe usted cómo son los tribunales. ¿Qué clase de caso presenta?

—El demandante —respondió Burrows, cruzándose de brazos— afirma tener pruebas absolutas de ser el verdadero *sir* John Farnleigh.

—¿Ha visto usted esas pruebas?

—Las veremos, o no las veremos, esta noche. El demandante pide una oportunidad de encontrarse con el actual dueño del título. No, Brian, no soy un simple, aunque casi me he vuelto loco con este asunto. No se trata sólo de que la historia del demandante sea convincente, y de que ofrece todas las pruebas menores. No es sólo que él entró en mi oficina en compañía de su representante legal y me dijo cosas que sólo John Farnleigh podía saber. *Sólo* John Farnleigh digo, sino que ha propuesto que él y el actual dueño del título se sometan a una cierta prueba, que debería ser conclusiva.

—¿Qué prueba?

—Ya lo verá usted. ¡Oh, sí! Lo verá —Nathaniel Burrows tomó su portafolio—. Sólo una cosa, me consuela en todo éste enredo. Es decir, que hasta ahora no ha habido ninguna publicidad. Por lo menos, el demandante es un caballero —ambos lo son— y no tiene deseos de provocar escándalos. Pero se va a producir uno bastante grande cuando ponga yo las manos a la verdad. Mientras tanto, venga usted a Farnleigh Close a las siete en punto. No se moleste en vestirse para la cena. Ninguno lo hará. Es sólo un pretexto y probablemente ni siquiera habrá cena.

—¿Y cómo toma esto *sir* John?

—¿Cuál *sir*, John?

—Para mayor conveniencia y claridad —replicó Page—, el hombre al que siempre hemos conocido como *sir* John Farnleigh. Pero esto es interesante. ¿Significa que usted cree que el demandante sea el verdadero barón?

—No. No, en realidad. ¡Ciertamente que no! —respondió Burrows. Se

contuvo y habló con dignidad—. Farnleigh sólo está furioso. Y creo que eso es buena señal.

—¿Sabe Molly el asunto?

—Sí. Él se lo contó hoy. Bien, allí tiene. Le he hablado a usted como ningún procurador lo hubiera hecho; pero si no puedo confiar en usted, no puedo confiar en nadie. Ahora, póngase a pensar y consulte consigo mismo mis dificultades. Vaya a Farnleigh Close a las siete en punto; queremos que sea usted un testigo. Vea a los dos candidatos. Ejercite su inteligencia. Y luego, antes de que comencemos la prueba, sírvase decirme quién es quién.

Capítulo II

Las sombras se acrecentaban en las partes más bajas del bosque llamado Hanging Chart, pero las planicies de, la izquierda todavía estaban claras y cálidas. Alejada del camino, detrás de una pared y una cortina de árboles, la casa tenía los colores parecidos a los de un cuadro antiguo. Se hallaba ubicada en medio de extensos parques. Sus ventanales eran altos y angostos, con paneles de cristales adornados con plomos. Un camino de asfalto llevaba desde los portales del parque hasta la puerta de la casa. Sus chimeneas se elevaban hacia el cielo y recibían los últimos rayos del sol. De la mansión original se había construido una nueva ala en el medio y sobre la parte anterior, formando una T y dividiendo en dos los jardines traseros. En un lado de la casa, los jardines se dominaban por las ventanas traseras de la biblioteca; por el otro, por las ventanas de la habitación en la cual se hallaban sentados ahora *sir* John Farnleigh y su esposa.

Molly Farnleigh era lo que se llama una joven de campo, con cuerpo recio y bien formado, y un rostro muy atractivo. Su cabello oscuro era ondulado, y tenía ojos azules y rostro grave. Sus ojos estaban fijos en su marido, que se paseaba por la habitación.

—¿No estarás preocupado? —le preguntó ella.

Sir John Farnleigh se detuvo. Luego reanudó su paseo.

—¿Preocupado? No. ¡Oh, no! No es eso. Es sólo… ¡Oh, maldición!

Él parecía el compañero ideal para su esposa. Era de mediana estatura, delgado, nervudo y de unos cuarenta años de edad. Su cutis era moreno y tenía bigotes espesos y bien recortados. Sus cabellos oscuros mostraban algunas hebras de plata y sus ojos eran negros. Se podría haber dicho que en el momento se hallaba en la cima de su mejor estado físico y mental, y era hombre de enormes energías reprimidas. Paseándose por la habitación, parecía menos enojado o inquieto que molesto y turbado.

Molly comenzó a levantarse y dijo:

—¡Oh, querido! ¿Por qué no me lo dijiste?

—No valía la pena molestarse con ello —replicó su esposo—. Es asunto mío y yo lo manejaré.

—¿Cuánto hace que lo sabes?

—Un mes, más o menos.

—¿Y es eso lo que te ha preocupado todo este tiempo? —preguntó ella afligida.

—En parte —gruñó él, mirándola.

—¿En parte? ¿Qué quieres decir con eso?

—Lo que digo, querida: en parte.

—John…, no tiene nada que ver con Madeline Dane, ¿verdad?

Él se detuvo.

—¡Dios mío, no! —respondió—. ¡Claro que no! No sé por qué me haces esa pregunta. No te gusta Madeline, ¿verdad?

—No me gustan sus ojos, son muy extraños —contestó Molly—. Lo siento. No debí haber dicho eso, con todo lo que está ocurriendo. No es muy agradable, pero no lo puedo evitar. Es claro que el hombre no tiene ninguna probabilidad de nada, ¿verdad?

—No tiene ningún derecho. No sé si tendrá probabilidades o no.

Habló con brusquedad, y ella le estudió.

—Pero, ¿por qué tanto alboroto y misterio? Si es un impostor, ¿no podrías arrojarle afuera y dejar que se olvide el asunto?

—Burrows dice que no sería prudente. Todavía no, de todos modos, hasta que… hayamos oído lo que tiene que decir. Entonces podremos obrar. Además…

—Quisiera que me dejaras ayudarte —dijo ella—. No es que pueda hacer nada, por supuesto, pero me gustaría saber de qué se trata. Sé que ese hombre te desafía a que le dejes probar que es realmente tú. Por supuesto que eso es una tontería. Yo te conozco hace muchos años, y te volví a conocer cuando te vi de nuevo. Pero sé que harás venir a ese individuo a la casa con Nat Burrows y otro procurador, y que te portas de una manera horriblemente misteriosa. ¿Qué piensas hacer?

—¿Recuerdas a mi viejo tutor? ¿Kennet Murray?

—Vagamente —respondió Molly, frunciendo el ceño—. Hombre grande

y agradable con barba recortada. Creo que sería joven entonces, pero me parecía que era un viejo. Contaba bonitos cuentos…

—Su ambición fué siempre ser un gran detective —le interrumpió el otro —: Bien, mi contrincante lo ha traído de Bermuda. Él dice que puede identificar sin lugar a dudas al verdadero John Farnleigh, Ahora se aloja en el *Bull and Butcher*.

—¡Espera! —dijo Molly—. Allí se aloja un hombre que se parece a un artista. La aldea no hace más que hablar de ello. ¿Es ése Murray?

—Ese es el viejo Murray. Yo quería ir a verle; pero no sería… bien, no sería justo —dijo su esposo—. Podría parecer como si estuviera tratando de influenciarlo. Él vendrá a vernos a los dos, e identificar… me.

—¿Cómo?

—Él es la única persona en el mundo que realmente me conocía bien. La familia ha desaparecido toda. Los viejos sirvientes también; excepto Nannie, y ella está en Nueva Zelandia. Hay mucha gente a la que yo conocí vagamente, pero tú sabes que yo era un muchacho insociable y no me hacía amigo de nadie. El viejo Murray era mi amigo. Él se mantiene neutral y no quiere tener nada que ver con ninguna de las partes; pero, si quiere aprovechar la única oportunidad que se le ofrece en la vida de ser un gran detective.

Molly lanzó un suspiro.

—John, no entiendo esto. No lo entiendo. Tú hablas como si se tratara de una apuesta o un juego. “No sería justo”, dices. ¿Te das cuenta de que ese hombre, sea quien sea, ha anunciado con toda frescura que él es el dueño de todo lo que tú posees? ¿Que es John Farnleigh? ¿Que es el heredero del título y de treinta mil libras al año? ¿Y que tiene intenciones de quitártelas?

—Sí, me doy cuenta de eso.

—Pero, ¿no significa eso nada para ti? —gritó Molly—. Le tratas con tanto cuidado y consideración como si así fuera.

—Significa todo para mí.

—Bien, entonces, si alguien se hubiera presentado ante ti y hubiese dicho: “Yo soy John Farnleigh”, pensaría que tú le mandarías a paseo y le harías echar de la casa, si es que no llamabas a la policía. Eso es lo que yo hubiera hecho.

—Tú no entiendes de estas cosas, querida. Y Burrows dice…

Se detuvo, y miró a su alrededor como si estuviera saboreando el espectáculo de sus propiedades. Por el momento pareció casi un puritano, y también un individuo peligroso.

—Sería horrible —dijo lentamente— perder todo esto ahora.

En ese momento se abrió la puerta y apareció Knowles, el viejo mayordomo, introduciendo a Nathaniel Burrows y Brian Page.

Burrows había adoptado su actitud más digna y profesional. Page, al mirar a sus anfitriones, sintió deseos de no haber ido.

El procurador saludó a los dueños de casa con formalidad casi dolorosa, y Farnleigh se irguió rígido como si estuviera a punto de realizar un duelo.

—Creo —dijo Burrows, después de los saludos de práctica— que podremos arreglar muy pronto el asunto. El señor Page ha consentido bondadosamente en actuar como testigo…

—Oh, escuche usted —le interrumpió Page, dirigiéndose al barón—. No estamos asediados en una ciudadela. Es usted uno de los más respetados terratenientes de Kent. El oír lo que he oído de Burrows es como oír decir que el pasto es rojo y que el agua corre colinas arriba. Así lo consideraría todo el mundo. ¿Hay necesidad de que se ponga tanto a la defensiva?

Farnleigh habló con lentitud.

—Es verdad —admitió—. Supongo que me porto como un tonto.

—Es así —dijo Molly—. Gracias, Brian.

—¿Ha visto usted al viejo Murray, Burrows? —preguntó el barón.

—Sólo durante un momento, *sir* John. Pero no oficialmente. Tampoco lo ha hecho la parte contraria. Afirma que tiene que aplicar una prueba, y que mientras tanto no dirá nada.

—¿Ha cambiado mucho?

Burrows se tornó algo más humano.

—No mucho. Está más viejo y su barba más gris. Los tiempos pasados…

—Los tiempos pasados —dijo Farnleigh, interrumpiéndole—. ¡Dios mío, sí! Sólo quiero hacerle a usted una pregunta. ¿Tiene algún motivo para sospechar que Murray no sea honrado en esto? ¡Espere! Sé que no debo decirlo. El viejo Murray siempre fué honrado. Pero no nos hemos visto en veinticinco años, y eso es mucho tiempo. *Yo* he cambiado. No hay posibilidad

de que se haga una mala jugada, ¿verdad?

—Puede usted estar seguro de que no —contestó Burrows con seriedad —. Creo que ya hemos discutido esto antes. Fué lo primero que a mí se me ocurrió, por supuesto; y, considerando las precauciones que hemos tomado, usted debería estar seguro de que el señor Murray obrará de buena fe. ¿No es cierto?

—Sí, supongo que si.

—Entonces, ¿puedo preguntar por qué trae a colación el asunto otra vez?

—Me hará usted el favor —replicó Farnleigh con tono helado— de no mirarme como si pensara que yo soy el impostor y el pillo. Todos lo hacen. ¡No lo niegue! Por todo el mundo he buscado la paz, y ¿dónde la conseguiré? Pero le diré por qué pregunto respecto a Murray. Si es que usted no cree que Murray sea deshonesto, ¿por qué le hace vigilar por un detective?

Burrows le miró atónito.

—Le ruego me perdone, *sir* John. Yo no estoy haciendo vigilar al señor Murray con ningún detective ni con nadie.

Farnleigh se irguió.

—Entonces, ¿quién es el otro individuo que se aloja en el *Bull and Butcher*? Ya sabe usted, ese hombre joven, de rostro impasible que se lleva a la gente a un rincón e interroga a todos, todos los habitantes de la aldea dicen que es un detective privado. El dice que está interesado en el folklore y en escribir un libro. Son todas mentiras. Está detrás de Murray siempre.

Todos se miraron.

—Sí —comentó Burrows con actitud pensativa—. Ya me he enterado de eso. Es posible que lo haya enviado Welkyn…

—¿Welkyn?

—El procurador del demandante. O es posible que no tenga nada que ver con el caso, como es lo más probable.

—Lo dudo —dijo Farnleigh—. Ha estado haciendo preguntas respecto a la pobre Victoria Daly.

A Brian le extrañó que, en medio de un debate respecto a sus derechos sobre una propiedad como la suya, Farnleigh se preocupara de la tragedia del verano anterior. Victoria Daly, una inofensiva solterona de treinta y cinco años de edad, había sido estrangulada en su casa por un vagabundo que

afirmaba vender cordones de zapatos y botones de cuellos. La había estrangulado con un cordón de zapato; y su bolso se halló en el bolsillo del vagabundo cuando éste fué muerto por el tren.

En un momento de, silencio, durante el cual todos se miraban unos a otros, se abrió la puerta y entró Knowles con cierto aire de incertidumbre.

—Dos caballeros quieren verle, señor —dijo el mayordomo—. Uno es el procurador Welkyn. El otro…

—¿Y bien? ¿El otro?

—El otro me pide que le diga que es *sir* John Farnleigh.

—¿Ah, sí? ¡Oh, bien…!

Molly se puso en pie con toda calma.

—Lleve de vuelta este mensaje de parte de *sir* John Farnleigh —instruyó a Knowles—. *Sir* John Farnleigh presenta sus saludos, y si el visitante no tiene otro nombre qué dar, puede dar la vuelta y esperar en la puerta de servicio hasta que *sir* John tenga tiempo de recibirle.

Cuando Knowles retornó, tenía menos el aspecto de un correo que el de una pelota de tenis algo sensitiva a la que se tiene a porrazos de un lado a otro.

—El caballero dice, señor, que siente mucho haberse anunciado así, lo que fué prematuro, y espera que no le tendrán rencor por ello. Dice que desde hace años eligió el nombre de Patrick Gore.

—Ajá —exclamó Farnleigh—. Conduzca al señor Gore y al señor Welkyn a la biblioteca.

Capítulo III

Molly ha confesado varias veces que tenía el corazón en la boca cuando se abrió la puerta, y que se preguntó si aparecería allí, como en un espejo, la imagen viviente de su esposo. Empero, no había un parecido grande entre los dos.

El que se hallaba en la biblioteca no era más pesado que Farnleigh, pero era menos nervudo. Su cabello oscuro y fino no mostraba trazas de canas, pero comenzaba a escasear en la coronilla. Aunque de piel curtida, estaba completamente afeitada y no mostraba muchas arrugas. Los surcos de su frente y alrededor de sus ojos parecían más bien haber sido producidos por el regocijo que por el mal genio. Pues toda la expresión del demandante era de tranquilidad, ironía y regocijo. Sus ojos eran de un gris oscuro y sus cejas se levantaban un poco en los extremos. Estaba muy bien vestido, en ropas de ciudad muy distintas al viejo traje de *tweed* que vestía Farnleigh.

—Pido mil perdones —dijo.

Aun su voz era de barítono, en contraste con la de Farnleigh que era de tenor. No cojeaba exactamente al andar, pero parecía un poco torpe en sus movimientos de piernas.

—Pido mil perdones —repitió con grave cortesía, pero con cierto regocijo interno— por demostrar tanta insistencia en retornar a mi viejo hogar. Pero, espero que comprenderán ustedes mis motivos. Permítanme que les presente a mi representante legal, el señor Welkyn.

Un hombre gordo, con ojos algo protuberantes, se puso en pie. Mas apenas si le vieron. El demandante no sólo los estudiaba a ellos con interés, sino que examinaba la habitación como si reconociese todos sus más pequeños detalles.

—Empecemos con el asunto —dijo Farnleigh bruscamente—. Creo que ya conoce usted a Burrows. Éste es el señor Page. Le presento a mi esposa.

—Ya he conocido… —dijo el demandante vacilando, y luego dirigiendo

los ojos a Molly— a su esposa. Perdóneme si no sé cómo tratarla. No puedo llamarla *lady* Farnleigh y no. Puedo llamarla tampoco Molly, como solía hacerlo cuando usaba moños en el cabello.

Ninguno de los dos esposos hizo comentario. Molly estaba calmosa, pero sonrojada.

—Además —prosiguió el individuo—, le agradezco mucho que tome este asunto tan molesto de una forma tan considerada…

—Pues, no es así —explotó Farnleigh—. Lo tomo de una forma muy mala, y puede usted comprenderlo. La única razón de que no le arroje de mi casa es que mi propio procurador parece considerar que debemos tener tacto. Muy bien, hable. ¿Qué tiene que decir?

El señor Welkyn se apartó de la mesa, aclarándose la garganta.

—Mi cliente, *sir* John Farnleigh… —comenzó.

—Un momento —le interrumpió Burrows con suavidad—. ¿Puedo solicitar, para mejor comprensión, que se refiera usted a su cliente por algún otro nombre? Él eligió el nombre de Patrick Gore.

—Prefiero referirme a él simplemente como "mi cliente" —contestó Welkyn—. ¿Será satisfactorio así?

—Perfectamente.

—Gracias. Aquí tengo —prosiguió Welkyn, abriendo su portafolio— una proposición que quiere presentar mi cliente. Él quiere ser justo. Aunque es necesario insistir en que el presente dueño no tiene derecho al título ni a las propiedades, mi cliente tiene en cuenta la forma en que comenzó la impostura. También reconoce la habilidad del actual dueño en manejar todos los asuntos de la casa y el hecho de que no se ha producido ningún descrédito para el buen nombre de la familia.

»Por lo tanto, si el actual dueño se retira de inmediato, sin hacer necesario que se lleve el asunto a los tribunales, no habrá juicio. Por el contrario, mi cliente está dispuesto a darle alguna compensación financiera; digamos una renta anual vitalicia de mil libras. Mi cliente se ha enterado de que la esposa del actual dueño ha heredado una fortuna, y no se presentará entonces ninguna dificultad pecuniaria al matrimonio. Por supuesto, confieso que si la esposa del actual dueño quisiera poner en duda la validez del matrimonio basándose en la fraudulencia…».

—¡Dios! —exclamó entonces Farnleigh—. ¡Qué osadía sin…!

Burrows hizo un ruido que era demasiado cortés para poder llamársele chistido, pero que logró contener a Farnleigh.

—¿Podría sugerir, señor Welkyn —replicó Burrows—, que estamos aquí para determinar si su cliente tiene o no derecho a una demanda? Hasta que eso sea aclarado, cualquier otra consideración no puede ser tenida en cuenta.

—Como usted guste. Mi cliente simplemente deseaba evitar cosas desagradables —contestó Welkyn, con un encogimiento desdeñoso de sus hombros—. El señor Kenneth. Murray estará con nosotros dentro de pocos minutos. Después que él venga, temo que el resultado no será ya cuestión de dudar. Si el actual dueño persiste en su actitud, entonces temo que las consecuencias sean…

—Oiga usted —intervino de nuevo Farnleigh—. Dejémonos de charlas y vamos al grano.

—Muy bien —dijo entonces el demandante—. ¿Tengo permiso para presentar el caso a mi manera?

—Sí. —Le contestó Farnleigh—. Callen ustedes —agregó, dirigiéndose a los dos procuradores—. Ahora es esto un asunto personal.

Como de común acuerdo, todos se acercaron a la mesa y tomaron asiento. El demandante se sentó de espaldas a los grandes ventanales. Durante un rato permaneció pensativo y acariciándose la cabeza. Luego levantó la vista y se vió un reflejo de buen humor en sus ojos.

—Yo soy John Farnleigh —comenzó con gran sencillez y aparente sinceridad—. Les ruego no me interrumpan con lecturas legales ahora; yo presento mi propio caso, y tengo derecho a llamarme a mí mismo el *sha* de Persia si así se me ocurre. Empero, resulta que realmente soy John Farnleigh, y les contaré lo que me sucedió.

»Cuando muchacho, es posible que fuera un poco malo, aunque aun ahora no estoy seguro con respecto a eso. Mi difunto padre, Dudley Farnleigh, se portaría ahora conmigo como antes, si estuviera vivo. No, no puedo decir que fuera mala mi conducta, excepto que debí haber sido más mesurado. Me enojaba con mis mayores porqué éstos decían que yo era demasiado joven. Me peleaba con mis tutores porque despreciaba todos los temas que no eran de mi interés.

»Para ir al asunto, ustedes ya saben por qué me fui de aquí. Partí con Murray, en el *Titanic*. Y, desde el principio, pasé todo el tiempo, posible, con los pasajeros de tercera clase. Entiendan ustedes que no lo hacía porque sintiera ninguna simpatía especial por ellos, sino simplemente porque odiaba a mis compañeros de primera clase. Esta no es una defensa, sino algo psicológico que creo comprenderán ustedes.

»En tercera clase conocí a un muchacho de mi propia edad, que iba solo para los Estados Unidos. Él me interesó. Su padre (a quien nunca más se pudo encontrar) era un caballero inglés, de acuerdo a lo que él decía. Su madre era rumana, una encantadora de serpientes de un circo ambulante que se hallaba en Inglaterra en aquella época. Al fin, debido a su afición a la bebida, la mujer se vió reducida a ocupar la posición de cocinera del circo y el muchacho se convirtió en una molestia para ella. Un viejo admirador ganaba bastante dinero con un pequeño circo en América, y, por lo tanto, ella le enviaba a su hijo.

»Al muchacho se le enseñaría a cabalgar en una bicicleta sobre la cuerda, y ¡cómo le envidiaba yo! ¿No le pasaría lo mismo a cualquier muchacho?».

El demandante se movió un poco en su silla. Parecía recordar con cierta satisfacción los acontecimientos pasados.

»Lo extraño del caso —prosiguió el hombre, examinándose las uñas— era que el muchacho me envidiaba a mí. Su nombre, que era impronunciable, lo había cambiado a Patrick Gore, porque le gustaba la forma como sonaba. Le desagradaba la vida de circo. Le desagradaba el cambio y el movimiento incesante. Era un muchacho reservado, de rostro frío y buenos modales. La primera vez que nos vimos, nos arrojamos uno contra otro y comenzamos a pelear con tanta saña, que tuvieron que separarnos. Me parece que yo estaba tan furioso que quise después atacarle con mi cortaplumas. Él simplemente se inclinó ante mí y se alejó; todavía me parece verle… Me refiero, mi amigo, a usted».

Miró a Farnleigh.

—Esto no puede ser real —dijo de pronto Farnleigh, y se pasó la mano por la frente—. No lo creo. Es una pesadilla. ¿Sugiere usted con seriedad que…?

—Sí —le interrumpió el otro, con voz firme—. Comentamos cuán

conveniente sería cambiar personalidades. Sólo como un juego, por supuesto. Usted dijo que nunca, nos saldría bien, aunque me miró como si quisiera asesinarme. Creo que nunca tuve intención de hacerlo realmente; lo interesante del caso es que usted lo decía con toda sinceridad. Empecé a darle informes respecto a mí y a mi familia. Poco a poco fue conociendo hasta los detalles más íntimos de mi vida y hogar. También le mostré mi diario. ¿Me recuerda usted, Patrick? ¿Recuerda la noche en que el *Titanic* se hundió?

Sobrevino una pausa. En el rostro de Farnleigh no se reflejaba ira sino asombro.

—Le repito que está usted loco —dijo.

—Cuando chocamos con el témpano —prosiguió el otro—. Le diré exactamente lo que estaba haciendo. Me hallaba en el camarote que compartía con el viejo Murray, mientras que él estaba jugando *bridge* en el salón. Murray tenía un frasco de coñac en su sobretodo y yo lo estaba probando, porque no conseguía que me lo sirvieran en el bar.

»Apenas si sentí cuando chocamos; dudo de que nadie se diera cuenta. Sólo se notó un ligero estremecimiento que ni siquiera podría haber hecho caer el agua de un vaso lleno, y luego se detuvieron las máquinas. Sólo salí al corredor porque me pregunté por qué se habrían detenido las máquinas».

Por primera vez el demandante vaciló.

—No voy a recordar antiguas tragedias diciendo más nada sobre el asunto —dijo, abriendo y cerrando las manos—. Sólo diré esto: me gustó mucho el movimiento y la agitación. ¡Que Dios me perdone! No me sentía en absoluto atemorizado. Era algo fuera de lo común, y siempre me gustaron las cosas que no fueran las rutinarias. Y estaba tan excitado que estuve de acuerdo en cambiar mi identidad con la de Patrick Gore. La determinación pareció ocurrírseme de pronto, aunque me parece que usted la tenía siempre en su mente.

»Me encontré con Gore…, con usted —siguió el demandante, mirando a *sir* John con firmeza—; en el puente. Usted tenía todas sus posesiones en canasto. Me dijo con toda tranquilidad que el barco se hundía rápidamente, y que si quería cambiar mi identidad con la suya podría hacerlo, aprovechando la confusión. Yo le pregunté: ¿Y Murray? Y usted me mintió, diciendo que Murray ya se había muerto ahogado. Además, yo estaba dispuesto a

convertirme en un artista de circo, de modo que cambiamos ropas, papeles, anillos, todo. Hasta se llevó usted mi diario».

Farnleigh guardó silencio.

—Después —siguió el otro, sin cambiar el tono de voz— estuvo usted muy elegante. Estábamos listos para entrar en los botes. Esperó usted hasta que yo le diera la espalda y me golpeó en la cabeza con el mazo de madera del contramaestre, el que había robado para ese propósito, y con tres golpes trató de terminar su tarea.

Farnleigh continuó guardando silencio. Molly se puso en pie, pero, al ver un ademán de su marido, volvió a sentarse.

—Tenga en cuenta —continuó el demandante— que no he venido aquí para acusarle ahora de eso. Veinticinco años es mucho tiempo, y entonces era usted un muchacho, aunque me pregunto qué clase de hombre será ahora. A mí se me consideraba bastante malo. Es posible que se sintiera usted justificado en su acción. No necesitaba haber sido tan cuidadoso, pues yo estaba dispuesto a cambiar de identidad de cualquier manera. Empero, aunque era la oveja negra de la familia, nunca fui tan negro como usted.

”El resto de todo será claro para ustedes. Por un golpe de suerte me hallaron herido, pero vivo, y me metieron en el último bote. La lista de pasajeros perdidos fué al principio un poco confusa, y América es un país muy grande, y durante cierto tiempo estuve entre la vida y la muerte. Tanto el nombre de John Farnleigh como el de Patrick Gore aparecieron en la lista de los ahogados. Yo pensé que usted estaba muerto, como usted pensó que lo estaba yo. Cuando mis posesiones y mis papeles me identificaron como Patrick Gore ante el señor Boris Yebritch, el propietario del circo, que nunca lo había visto a usted, estuve completamente satisfecho.

”Si no me gustara esa vida, siempre podía revelar mi verdadera identidad. Se me ocurrió que mi familia me trataría mejor si veían que me había salvado milagrosamente. La perspectiva halagaba mi sentido de lo dramático.

—Y —dijo Molly con elaborado interés—, ¿se convirtió usted en ciclista de la cuerda floja?

El demandante se volvió. Sus ojos grises reflejaban tanto regocijo que se parecía mucho a un muchachito travieso. De nuevo levantó la mano y se acarició la cabeza.

—No. No. Aunque mis primeros éxitos sensacionales los logré en el circo, me convertí en otra cosa. Por el momento prefiero no decirle de qué se trata. Además de que es un secreto excelente, no deseo aburrirla con los detalles de mi vida siguiente.

»Créame, siempre tuve la intención de retornar alguna vez a mi antiguo hogar y asombrar a todos con mi vuelta. Pues he tenido éxito, y estaba seguro de que eso haría poner verde de envidia a mi hermano Dudley. Pero me reservé ese momento dramático. Hasta visité Inglaterra sin sentir mucha tentación de venir, aquí. Pues no tenía ninguna razón para sospechar que "John Farnleigh" estuviera vivo. Pensé que había muerto, en lugar de prosperar en Colorado.

»Por lo tanto, entenderán ustedes mi sorpresa cuando, hace unos seis meses, vi una fotografía de John y *lady* Farnleigh y unas pocas averiguaciones me informaron de que mi hermano Dudley había fallecido y John había heredado todo.

»Muy bien, Patrick Gore, usted ha oído mi proposición y sabe que es bastante generosa. Si tengo que llevarle a usted ante un tribunal, le advierto que lo haré hasta meterlo en prisión. Mientras tanto, caballeros, estoy dispuesto a responder a las preguntas de cualquiera que me haya conocido. Yo también tengo que formular unas cuantas preguntas, y desafío a Gore a que las conteste».

Durante cierto tiempo, después que terminó de hablar, reinó el silencio en el cuarto, al que comenzaban a dominar las sombras. Tenía una voz casi hipnótica. Pero todos miraban a Farnleigh, que se había puesto en pie y se apoyaba con los nudillos sobre la mesa. En el rostro moreno de Farnleigh se reflejaban la tranquilidad y el alivio, y cierta curiosidad, mientras examinaba a su huésped. Se atusó el bigote y sonrió.

Molly vió esa sonrisa y contuvo el aliento.

—¿Tienes algo que decir, John? —le preguntó.

—Sí. No sé por qué ha venido él aquí con esa historia, o qué espera conseguir con ella. Pero lo que este hombre dice es completamente falso desde el principio al fin.

—¿Piensa usted luchar? —pregunto el demandante con interés.

—Por supuesto que sí, borrico. O, mejor dicho, dejaré que luche usted.

El señor Welkyn pareció a punto de intervenir, pero el demandante le contuvo.

—No, no —dijo tranquilamente—. Por favor, no se inmiscuya en esto, Welkyn. Este es un asunto personal. A decir verdad, me gustará la pelea. Bien, apliquemos unas cuantas pruebas. ¿Le molestaría llamar aquí a su mayordomo?

Farnleigh frunció el ceño.

—Pero, oiga usted; Knowles no estaba…

—¿Por qué no haces lo que te pide, John? —le interrumpió dulcemente su esposa.

Farnleigh vió su mirada y su rostro se iluminó. Tocó el timbre para que se presentase Knowles, y éste se presentó en seguida. El demandante lo miró con atención.

—Me pareció reconocerlo cuando entré aquí —dijo—. Usted estaba aquí durante la época en que vivió mi padre, ¿no es verdad?

—¿Señor?

—Usted estaba aquí en la época en que vivió *sir* Dudley Farnleigh, ¿no es cierto?

Una expresión de disgusto apareció en el rostro de Farnleigh.

—No podrá usted ganar el caso con eso —intervino bruscamente Burrows—. El mayordomo de esta casa en tiempos de *sir* Dudley Farnleigh era Stenson, que ha muerto…

—Sí. Ya sabía eso —dijo el demandante. Luego contempló al mayordomo, echándose un poco hacia atrás y cruzando las piernas con un ligero esfuerzo—. Usted se llama Knowles. En tiempo de mi padre era usted el mayordomo del viejo coronel Mardale, cuya casa queda en Frettenden. Tenía usted; dos conejos, de los que el coronel no sabía nada. Los guardaba en un rincón de la cochera, cerca de la huerta. Uno de los conejos se llamaba Billy. —Levantó la vista—. Pregunte a este caballero cuál era el nombre del otro.

Knowles se había sonrojado ligeramente.

—Pregúntele, ¿quiere?

—¡Tonterías! —exclamó Farnleigh, adoptando una actitud digna.

—¡Oh! —exclamó el demandante—. ¿Quiere usted decir que no puede

responder a la pregunta?

—Quiero decir que no se me da la gana responderla.

Seis pares de ojos se fijaron en Farnleigh, y él pareció sentir la sospecha de todos. Se movió en la silla y casi tartamudeó al decir:

—¿Cómo quieren que uno sé recuerde el nombre de un conejo al cabo de veinticinco años? ¡Está bien, está bien, esperen un momentito! Déjenme pensar. Creo que eran Billy y Wi…, no, no es así. Billy y Silly, ¿verdad? No estoy seguro.

—Eso es correcto, señor —le dijo Knowles con aire de alivio.

El demandante no perdió la calma.

—Bueno, probemos otra vez. Ahora bien, Knowles. Una noche de verano, tres años antes de que yo me fuera del país, usted cruzó esa misma huerta para llevar un mensaje a uno de los vecinos. Se sorprendió y se escandalizó al encontrarme haciéndole el amor a cierta damita de doce o trece años. Pregúntele a su amo el nombre de esa señorita.

Farnleigh se puso rojo.

—No recuerdo ese incidente.

—¿Quiere usted dar la impresión de que su natural caballerosidad le impide hacerlo? —preguntó el demandante—. No, mi amigo, eso no vale. Fué hace mucho tiempo y le doy mi solemne palabra de honor que no pasó nada comprometedor. Knowles, *usted* recuerda lo que ocurrió en la huerta, ¿no es verdad?

—Señor —dijo el aturdido mayordomo—. Yo…

—Sí, señor, lo recuerda. Pero pensé que este hombre no lo recordaría, porque creo que no anoté eso en mi diario. ¿Cómo se llamaba la jovencita?

Farnleigh asintió con la cabeza.

—Está bien —respondió, tratando de hacerlo con tono ligero—. Era Madeline Dane.

—Madeline Dane… —comentó Molly.

Por primera vez el demandante pareció un poco sorprendido. Sus ojos recorrieron el grupo.

—Ella debe haberle escrito a usted en América —dijo—. Tendremos que cortar más profundo. Pero le ruego me disculpe si he cometido una indiscreción. Espero que la señorita no esté todavía viviendo en el distrito, y

que no he tocado un asunto algo inconveniente.

—¡Maldito sea! —tronó Farnleigh—. Ya he soportado bastante y no podré contenerme mucho más. ¿Quiere hacer el favor de retirarse de aquí?

—No —respondió el otro—. Tengo intención de descubrir su mentira. Porque es una mentira, y usted lo sabe. Además, creo que se acordó esperar a Kennet Murray.

—Y suponiendo que lo esperemos —dijo Farnleigh—, ¿qué conseguiremos con ello? ¿Qué se podrá probar, aparte de esta serie de preguntas tontas, para las cuales, aparentemente, ambos conocemos las respuestas? Y sin embargo usted no sabe las respuestas, porque es usted el que está mintiendo. Yo mismo podría preguntar algunas tonterías como las suyas. Pero eso no vale nada. ¿Cómo esperaba probar una cosa así? ¿Cómo piensa probarla?

El demandante contestó con toda calma:

—Por la evidencia incontestable de las huellas digitales.

Capítulo IV

Era como si el hombre hubiera estado guardando eso en reserva, esperando el momento oportuno para decirlo y saboreando por adelantado su triunfo. Pareció un poco desconsolado al tener que jugar su carta tan pronto, pero los otros no pensaban eh el asunto con el sentido del drama.

Brian Page oyó que Burrows contenía ruidosamente el aliento. Luego le vió ponerse en pie.

—A mí no se me informó de eso —dijo con fiereza, el procurador.

—Pero se lo imaginó, ¿verdad? —le dijo sonriendo el señor Welkyn.

—No es cosa mía el imaginar nada —replicó Burrows—. Repito, señor, que no se me informó de eso. Nada se ha dicho de huellas digitales.

—Nosotros tampoco hemos oído hablar de ello oficialmente. El señor Murray se lo ha guardado para sí. Pero —dijo Welkyn con suavidad—, ¿es necesario que se le diga eso al actual poseedor del título? Si es el verdadero *sir* John Farnleigh, seguramente recordará que el señor Murray tomó las impresiones digitales del muchacho en el año 1910 u 11.

—Repito…

—Permítame *a mí* repetir, señor Burrows: ¿necesitaba usted ser informado de ello? ¿Qué tiene que decir a todo esto el actual dueño?

La expresión de Farnleigh era imposible de interpretar. Por lo general, cuando se veía en un aprieto mental, hacía dos cosas. En ese momento las hizo. Comenzó a pasearse por la habitación con rápidos pasos, y sacó de su bolsillo un llavero y lo hizo girar alrededor de su índice.

—¡*Sir* John!

—¿Eh?

—¿Recuerda usted —preguntó Burrows— tal cosa? ¿Le tomó alguna vez las impresiones digitales el señor Murray?

—¡Oh, eso! —dijo Farnleigh, como si no tuviera importancia—. Sí, ahora lo recuerdo. Lo había olvidado. Pero se me ocurrió cuando estuve

conversando con usted y mi esposa respecto al asunto. Me pregunté si sería verdad, y me sentí más tranquilo. Sí, el viejo Murray me tomó las impresiones digitales.

El demandante se volvió. Su expresión no sólo era de asombro, sino también de sospecha y duda.

—Eso no le valdrá de nada —dijo—. ¿No se atreverá usted a pasar por la prueba de las impresiones digitales?

—¿Atreverme? ¿Atreverme? —repitió Farnleigh con placer—. Hombre, si es lo mejor que podría haber ocurrido. Usted es un impostor, y usted lo sabe. Las impresiones digitales pondrán este asunto en claro. Entonces podré arrojarle a la calle.

Y los dos rivales se miraron fijamente.

Durante cierto tiempo Brian Page había estado reflexionando sobre el asunto, y no podía poner nada en claro. Si Patrick Gore (para darle el nombre que usaba) era un impostor, era también entonces uno de los pillos más descarados que entró nunca en casa ajena. Si el actual John Farnleigh era el impostor, no sólo era un criminal que se ocultaba detrás de la máscara de la honradez, sino que también sería un probable asesino.

Sobrevino una pausa.

—Le diré, mi amigo —comentó el demandante—, que admiro su descaro. Un momento, por favor. No digo eso para comenzar una riña. Lo afirmo simplemente como una verdad innegable. No me sorprende que haya usted "olvidado" el asunto de las huellas digitales. Se tomaron en una época en que yo todavía no llevaba mi diario. Pero el decir que usted las olvidó; el *DECIR* que las olvidó…

—Bien, ¿qué hay de malo en eso?

—John Farnleigh no podría haber olvidado un solo detalle de eso. Yo, que soy John Farnleigh, no lo olvidé. Por eso es que Kennet Murray fué la única persona en el mundo que tenía cierta influencia sobre mí. El pseudo detective Murray llenó mi mente de ideas extrañas y placenteras, por eso es que le quería. Su prueba de las impresiones digitales se grabó para siempre en mi mente.

—Habla usted demasiado —dijo Farnleigh, que de nuevo tenía aspecto peligroso.

—Naturalmente. Aunque no, pensó usted antes en las impresiones digitales, ahora se le ocurre. Dígame esto: ¿Cuándo se tomaron las impresiones, y cómo se tomaron?

—¿Cómo?

—¿En qué forma?

Farnleigh pensó un momento.

—Sobre una superficie de cristal —respondió.

—¡Disparates! Se tomaron en un "Thumbograph", un pequeño libro que en aquella época fué muy popular como juguete. Un pequeño libro de color gris. Murray tenía muchas otras impresiones digitales coleccionadas. Las de mi padre y mi madre y todas las que pudo conseguir.

—Espere un momentito. Ahora me parece que había un libro…; nos sentamos allí, en la ventana…

—De modo que finge usted recordarlo ahora.

—Oiga usted —dijo Farnleigh con tranquilidad—, ¿quién cree que soy? ¿Cree que soy ese individuo de los teatros al que se le preguntan cosas, una tras otra, y contesta instantáneamente la cantidad de cláusulas de la Carta Magna, o qué caballo salió segundo en el Derby de 1882? Eso es lo que *usted* parece. Hay muchas cosas que se olvidan. La gente cambia. Cambian, le digo.

—Pero no sus caracteres básicos, como afirma usted haber cambiado. Eso es lo que yo quiero señalar. No puede usted cambiar toda su alma, se lo aseguro.

El señor Welkyn levantó entonces la mano y dijo:

—Señores, señores. Seguramente que esta discusión no es… propia, si me permiten recordárselo. El asunto puede arreglarse dentro de muy pocos minutos…

—Sigo insistiendo —intervino Burrows— que, no habiéndoseme informado del asunto de las impresiones digitales, podré, en defensa de los intereses de *sir* John…

—Señor Burrows —dijo el demandante con calma—, debe usted habérselo imaginado, aun si no lo dijo. Sospecho que se lo imaginó usted desde el primer momento, y por eso es que toleró usted esta demanda. Ahora quiere salvar la cara con ambos litigantes, ya sea que su defendido resulte un

impostor o no. Bien, será mejor que se ponga pronto de nuestro lado.

Farnleigh se detuvo en su paseo y se volvió hacia Burrows.

—¿Es verdad eso? —le preguntó.

—Si fuera verdad, *sir* John, hubiera tomado otro procedimiento. Al mismo tiempo, es mi deber investigar…

—Eso está muy bien —le interrumpió Farnleigh—. Sólo quería saber quiénes son mis amigos… Traigan sus impresiones digitales, y veremos. El asunto es dónde está Murray. ¿Por qué no se ha presentado todavía?

El demandante presentó una apariencia de placer mefistofélico, dentro del cual logró sugerir algo siniestro.

—Si los acontecimientos ocurren de acuerdo a las normas usuales —respondió con gusto—, Murray ya debe haber sido asesinado y su cadáver estará oculto en el estanque del jardín. Realmente, creo que ya se dirige hacia acá. Además, no deseo darle ideas a nadie.

—¿Ideas? —dijo Farnleigh.

—Sí. Como la vieja. Un golpe bien dado y una vida regalada.

La forma en que hablaba cambió la atmósfera de la habitación.

—¿Cree alguien eso? —preguntó Farnleigh—. Molly…, Page…, Burrows…, ¿creen ustedes eso?

—Nadie lo cree —respondió Molly con serena mirada—. Eres un tonto al permitir que te haga perder el control.

El demandante se volvió para mirarla interesado.

—¿Usted también, señora?

—¿Yo también, qué? —preguntó Molly.

—¿Cree usted que su esposo es John Farnleigh?

—Lo sé.

—¿Cómo?

—Temo que tendré que responder que lo sé por intuición femenina —dijo Molly con tranquilidad—. Pero con ello me refiero a algo sensato, algo que, dentro de sus propios límites, es siempre acertado. Es claro que estoy dispuesta a escuchar razones, pero tienen que ser razones sensatas.

—¿Puedo preguntarle si le ama usted, señora?

Esta vez, Molly se sonrojó, pero trató a la pregunta con su ligereza acostumbrada.

—Bien, digamos que me es simpático, si gusta.

—Exactamente, exactamente. Le resulta simpático; siempre será así, estoy seguro. Ustedes dos se llevan muy bien. Pero usted no le ama ni se enamoró de él. Usted se enamoró de mí. Es decir, usted se enamoró de una proyección imaginaria de mi niñez, la que rodeaba al impostor cuando “yo” retorné a mi hogar.

—¡Caballeros, caballeros! —exclamó el señor Welkyn.

Brian Page intervino en la conversación para calmar a su anfitrión.

—Ahora quiere usted ser un psicoanalista —dijo—. Oiga usted, Burrows, ¿qué haremos con este señor?

—Sólo sé que estamos pasando una molesta media hora —replicó con frialdad el procurador—. Además, nos hemos alejado otra vez del tema.

—No del todo —le aseguró el demandante, quien parecía genuinamente dispuesto a complacer a todos—. Espero no haber dicho otra vez algo ofensivo. Apelo a usted, señor —se volvió a Page—. ¿No estoy diciendo algo razonable al decir lo que he dicho respecto a esta dama?

—No estaba pensando en eso —le contestó Page—, sino en su misteriosa profesión.

—¿En mi profesión?

—La profesión que mencionó usted sin nombrar, la que le brindó éxito en el circo. No puedo decidir si es la de adivino, psicoanalista, experto en memoria, mago, o una combinación de todas ellas. Hay en usted gestos y ademanes de todas ellas, y mucho más. Recuerda usted demasiado a Mefistófeles en este condado de Kent. Usted no pertenece aquí. Usted saca las cosas de quicio, y además, me resulta desagradable.

El demandante pareció complacido.

—¡Ah, sí! Todos ustedes necesitan un poco de movimiento —declaró—. En cuanto a mi profesión, quizá sea un poco de todo eso que dijo usted. Pero una persona seguramente soy: John Farnleigh.

Se abrió en ese momento la puerta de la habitación y entró Knowles.

—El señor Kennet Murray quiere verle, señor —dijo.

Al cabo de una pausa entró el anunciado. Era un hombre alto, delgado y algo vacilante en el andar, quien, a pesar de su inteligencia, nunca había logrado el éxito en nada. Aunque apenas tendría cincuenta años, su bigote y

barba eran grisáceos. Había envejecido, como dijera Burrows; estaba más delgado y más serio que en su juventud. Pero le quedaba mucho de su antiguo buen humor y se le notó en seguida al entrar en la biblioteca.

Se detuvo, frunciendo el ceño como si mirara un libro, y se irguió. Y, para uno de los litigantes, retornaron los recuerdos de días pasados.

Murray estudió a las personas que tenía enfrente. Frunció de nuevo el ceño, pareció complacido y luego grave. Fijó los ojos en un punto entre el actual John Farnleigh y el demandante.

—¿Bien, joven Johnny? —dijo.

CAPÍTULO V

Durante un momento ninguno de los dos litigantes se movió ni habló. Primero pareció que cada uno de ellos esperaba para ver lo que hacía el otro, y luego cada uno obró de manera distinta. Farnleigh se encogió de hombros como para significar que no quería saber nada con el debate y saludó a Murray con una inclinación de cabeza y una forzada sonrisa. El demandante, después de una ligera vacilación, habló con tranquila afabilidad:

—Buenas noches, Murray —dijo.

—Será mejor que alguien me presente —dijo Murray con voz apacible.

Fué Farnleigh el que lo hizo. Murray se sentó entonces en la cabecera de la mesa, se caló un par de anteojos y examinó a todos.

—Nunca hubiera reconocido a la señorita Bishop o al señor Burrows —prosiguió—. Al señor Welkyn lo conozco ligeramente. Fué por su generosidad que pude tomar mis primeras vacaciones en muchos años.

Welkyn, evidentemente satisfecho, pensó ya llegado el momento de aclarar de una vez las cosas.

—Exactamente. Ahora bien, señor Murray, mi cliente…

—¡Oh, tate, tate! —exclamó el señor Murray—. Deje usted que recobre el aliento y hable un poco. —Era como si realmente le hiciera falta recobrar el aliento pues respiró profundamente varias veces y luego fijó la vista en los dos rivales—. Sin embargo diría que parecen ustedes haberse metido en un enredo bastante complicado. El asunto no es del dominio público, ¿verdad?

—No —dijo Burrows—. Y, por supuesto, usted no ha dicho nada al respecto.

Murray frunció el ceño.

—Allí debo decir que soy culpable, pues se lo he mencionado a una persona; pero cuando oigan ustedes el nombre de esa persona, no creo que protesten. Era mi viejo amigo el doctor Gideon Fell, un ex maestro de escuela como yo, de cuya asociación con el trabajo detectivesco ustedes deben haber

oído hablar. Le vi cuando pasé por Londres. Y… yo… menciono esto para advertirles a ustedes. Es muy posible que el doctor Fell se presente por esta parte del mundo. ¿Saben ustedes que hay otro hombre alojado en el *Bull and Butcher*, un hombre de hábitos inquisitivos?

—¿El detective privado? —preguntó Farnleigh ásperamente, para sorpresa del demandante.

—¿De modo que se engañó usted? —dijo Murray—. Es un detective oficial de Scotland Yard. La idea fué del doctor Fell. Él aseguró que la mejor forma de ocultar la identidad de un policía oficial era hacerle obrar como un detective privado. —Aunque Murray parecía muy complacido, sus ojos vigilaban a todos atentamente—. Parece que Scotland Yard siente curiosidad respecto a la muerte de la señorita Victoria Daly, ocurrida aquí el verano pasado.

—La señorita Daly fué asesinada por un vagabundo —dijo Burrows, haciendo un vago ademán—, quien murió en las vías del tren cuando trataba de huir.

—Así lo espero. Sin embargo, me enteré del asunto cuando le mencioné mi pequeño problema de identidades confundidas al doctor Fell. —De nuevo la voz de Murray se tornó áspera—. Ahora bien, joven Johnny…

Hasta el aire de la habitación parecía estar esperando. El demandante asintió. Farnleigh también asintió, aunque a Page le pareció que había transpiración sobre la frente del último.

—No podemos seguir con esto —pidió Farnleigh—. No vale la pena seguir jugando al gato y al ratón, señor…; no vale la pena jugar al gato y al ratón, Murray. No es decente y no es propio de usted. Si tiene esas impresiones digitales, muéstrelas y veremos.

—De modo que usted lo sabe —dijo Murray—. Me lo estaba reservando. Y, ¿podría preguntar —prosiguió con tono sarcástico—, quién de los dos pensó que la prueba final serían las huellas digitales?

—Creo que yo puedo apropiarme el honor —respondió el demandante, mirando a todos—. Mi amigo Patrick Gore afirma que lo recordó después. Pero también parece estar bajo la impresión de que las tomó usted sobre una plancha de cristal.

—Y así lo hice —respondió Murray.

—Eso es mentira —dijo el demandante.

Su voz había cambiado por entero. Page se dió cuenta de que detrás de su máscara de suavidad se ocultaba un temperamento violento.

—Señor —dijo Murray, mirándole de arriba abajo—, no tengo la costumbre…

Entonces fué como si hubieran vuelto los tiempos pasados. El demandante pareció estar a punto de pedir perdón a Murray. Pero se dominó. Su rostro se suavizó de nuevo y apareció su acostumbrada expresión de burla.

—Digamos entonces que yo puedo sugerir otra cosa —dijo—. Usted tomó mis huellas digitales en un "Thumbograph". Tenía varios de esos libros, que compró en Turnbridge Wells. Y tomó usted mis impresiones y las de mi hermano Dudley el mismo día.

—Eso es cierto —admitió Murray—. El "Thumbograph" con las impresiones lo tengo aquí —se tocó el bolsillo interno de su chaqueta.

—Huelo sangre —comentó el demandante.

Era cierto que una atmósfera distinta pareció rodear al grupo reunido alrededor de la mesa.

—Al mismo tiempo —prosiguió Murray, como si no hubiera oído el comentario—, los primeros experimentos que hice con huellas digitales se llevaron a cabo sobre pequeñas chapas de cristal. Ahora bien, señor; como demandante, debe usted decirme algunas cosas. Si es usted *sir* John Farnleigh, hay ciertas cosas que yo sé y nadie más sabe. En aquellos días era usted un lector omnívoro. *Sir* Dudley, que era hombre inteligente, hizo una lista de libros que tenía usted permiso para leer. Nunca comentó usted sus ideas respecto a esos libros con nadie más que conmigo. ¿Recuerda todo eso?

—Lo recuerdo, muy bien —replicó el demandante.

—Entonces, sírvase decirme cuáles de esos libros le gustaron más, y cuáles hicieron mayor impresión en usted.

—Con gusto —respondió el demandante, bajando los ojos—. Todos los de Sherlock Holmes. Todos los de Poe. *El claustro y el hogar, El conde de Montecristo, Secuestrado, Relato en dos ciudades*. Todos los cuentos de fantasmas. Todas las novelas de piratas, asesinatos, castillos antiguos o…

—Eso es suficiente —le interrumpió Murray—. ¿Y los libros que más le desagradaron?

—Cada una de las líneas escritas por Jane Austen y George Eliot. Todas las repugnantes historias respecto al “honor de la escuela” y así por el estilo. Todos los libros “útiles” que explicaban cómo se hacían funcionar los mecanismos. Todas las historias de animales. Puedo agregar que, en general, todavía pienso así.

A Brian Page le estaba resultando simpático el demandante.

—Hablemos ahora de los niños más pequeños que vivían por aquí —continuó Murray—. Por ejemplo, la actual *lady* Farnleigh, a quien conocí como la pequeña Molly Bishop. Si usted es John Farnleigh sabrá decirme qué nombre le había puesto usted.

—La gitana —respondió instantáneamente el demandante.

—¿Por qué?

—Porque siempre fué curtida por el sol, y jugaba siempre con los niños de la tribu de gitanos que solía acampar en el otro lado del Hanging Chart.

Miró sonriendo a la furiosa Molly.

—Y al señor Burrows… ¿qué sobrenombre le había puesto usted?

—Indio.

—¿Por qué razón?

—En todos los juegos de espías y ladrones, él solía deslizarse por los matorrales sin producir ningún ruido.

—Gracias. Y ahora usted, señor —Murray se volvió a Farnleigh, y le miró como si estuviera a punto de decirle que se arreglara el moño de la corbata—. No deseo dar la impresión de qué estoy jugando al gato y al ratón. De modo que sólo tengo una pregunta que formularle antes de pasar a la prueba de las impresiones digitales. De esta pregunta, en realidad, dependerá mi juicio particular antes de ver el resultado de las impresiones. La pregunta es ésta. ¿Qué es el Libro Rojo de Appin?

Ya casi predominaba la oscuridad en la biblioteca. Una sonrisa ceñuda, casi desagradable, se esbozó en los labios de Farnleigh. Asintió y, tomando de su bolsillo un lápiz y una libreta, arrancó una hoja y escribió algunas palabras. Plegó el papel y se lo entregó a Murray.

—Nunca he caído con eso —dijo—. ¿Es ésa la respuesta correcta?

—Esta es la respuesta correcta —admitió Murray. Miró al demandante—. ¿Está usted dispuesto a replicar a esa misma pregunta?

Por primera vez, el demandante pareció indeciso. Miró a Farnleigh y luego a Murray con una expresión indescifrable en el rostro. Sin decir palabra, pidió con un ademán el lápiz y el papel y escribió sólo dos o tres palabras antes de entregárselo a Murray.

—Y ahora, caballeros —dijo Murray, poniéndose en pie—. Creo que podemos tomar las impresiones digitales. Aquí tengo el "Thumbograph" original; envejecido, como ven. Aquí está la almohadilla de tinta y dos tarjetas blancas. ¿Se pueden encender las luces?

Molly se puso de pie y encendió las luces. Murray había puesto sus aparatos sobre la mesa. El "Thumbograph", al que todos miraron primero, era un pequeño libro con cubiertas forradas en papel gris, el título en letras rojas y una enorme impresión de un pulgar debajo de las letras.

—Un viejo amigo —dijo Murray, acariciándolo—. Ahora, caballeros, quisiera solamente la impresión de su pulgar izquierdo; sólo hay una impresión para que sirva de comparación.

Al cabo de pocos minutos estuvo lista la operación.

Lo que más impresionó a Page fué la confianza de ambos rivales. Se le ocurrió a Page la extraordinaria idea de que las dos impresiones podrían ser iguales.

Recordó que la posibilidad de que ocurriera algo así era una en sesenta y cuatro mil millones. Sin embargo, ninguno se echó atrás ni protestó durante la operación.

Murray escribió el nombre de cada uno debajo de su impresión correspondiente. Luego los secó cuidadosamente, mientras los rivales se secaban las manos.

—¿Bien? —demandó Farnleigh.

—¡Bien! Ahora, si ustedes son tan bondadosos como para permitirme permanecer solo durante un cuarto de hora podré examinarlas. Perdonen mi poca sociabilidad; pero me doy cuenta tanto como ustedes de la importancia de esto.

—Pero usted no puede… es decir, ¿no piensa decirnos…? —dijo Burrows.

—Mi buen señor —respondió Murray, algo nervioso—, ¿cree usted que con una mirada a las huellas ya se puede aclarar todo? No olvide usted que

tengo para compararlas la huella de un muchacho tomada hace veinticinco años. Se necesita mucha calma para esto. Se puede hacer, pero un cuarto de hora es poco tiempo. Lo doblaremos. Ahora, ¿puedo comenzar?

El demandante rió entre dientes.

—Esperaba eso —dijo—. Pero le advierto que no es prudente. Huelo sangre. Tendrá usted que ser asesinado. No, no haga muecas. Hace veinticinco años le hubiera gustado a usted la situación y su propia importancia.

—No veo nada de gracioso en todo esto.

—En realidad, no tiene nada de gracioso. Aquí está, usted, sentado en una habitación iluminada, con toda una pared de ventanales que dan a un jardín oscuro y una cortina de árboles y un diablo susurrando detrás de cada hoja. Sea cuidadoso.

—Bueno —replicó Murray, con una débil sonrisa en los labios—, en ese caso tendré mucho cuidado. El más nervioso de ustedes dos puede vigilarme desde la ventana. Ahora, les ruego me perdonen.

Todos salieron al *hall* y Murray cerró las puertas. Entonces quedaron seis personas mirándose unas a otras. En el extenso *hall* estaban todas las luces encendidas. Knowles estaba en pie frente a la puerta del comedor que pertenecía a la nueva ala del edificio. Molly. Trató de hablar con calma.

—¿No les parece que será mejor comer algo? —dijo—. He hecho preparar una cena fría. Al fin y al cabo, no hay razón para que no procedamos como de costumbre.

—Gracias —contestó Welkyn, aliviado—. Me gustaría comer un sandwich.

—Gracias —dijo Burrows—, no tengo apetito.

—Gracias —dijo el demandante, para completar el coro—. Si aceptara o rehusara, igualmente sería tomado a mal. Me voy afuera a fumar un cigarro, y luego me ocuparé de que no le ocurra ningún daño a Murray.

Farnleigh no pronunció palabra. Detrás de él había una puerta que daba a la parte del jardín dominada por las ventanas de la biblioteca. Estudió a sus huéspedes con cuidadosa mirada; luego abrió la puerta de cristales y salió al jardín.

De la misma forma, Page se encontró muy pronto abandonado. La única

persona que permaneció a la vista fué Welkyn, quien se hallaba en el pobremente iluminado comedor y comía sandwiches con gran apetito. El reloj de Page marcaba las nueve y veinte. Al cabo de un momento de vacilación, siguió a Farnleigh hacia la frescura del jardín.

Esa parte del jardín parecía alejada del mundo, y formaba un rectángulo de unos veinticuatro metros de largo por doce de ancho. Por un lado estaba cerrado por la nueva ala del edificio; por el otro por una extensión de altos setos: A través de los árboles se veían las luces de los ventanales de la biblioteca que se hallaba sobre el costado más angosto del rectángulo. También en la nueva ala, el comedor tenía puertas de cristales que daban al jardín, con una terraza que lo dominaba desde las ventanas del dormitorio situado en el piso alto.

Los setos del jardín se elevaban hasta la altura de la cintura, y la forma en que habían sido plantados recordaba mucho a un laberinto. Aunque no se presentaba dificultad para hallar el camino por el jardín, sería éste un sitio ideal para jugar al escondite si uno se agachara como para quedar oculto por los setos.

—Me parece —dijo Page en voz alta que pasaré frente a la ventana para echar una ojeada al interior.

Así lo hizo, y se echó en seguida hacia atrás, murmurando una maldición, pues alguien más había estado mirando hacia el interior. No vió quién era la otra persona, porque ésta se alejó en seguida. Page vió a Kennet Murray adentro, sentado frente a la mesa y de espaldas a la ventana, y Murray parecía estar recién abriendo el libro gris.

Page se alejó para pasear. Pasó al lado del estanque y miró hacía la estrella más brillante (para la cual Madeline Dane tenía un nombre muy poético), la que se podía ver por entre las chimeneas de la nueva ala. Marchando por el laberinto de setos, llegó a uno de los extremos del jardín.

Allí había un banco de piedra. Tomó asiento y encendió un cigarrillo. Comenzó a pensar en Madeline Dane, quien era la causa de que su libro no progresara como debía. Pensaba en ella mucho más de lo que le convenía. Pues allí estaba él convirtiéndose en un viejo solterón…

Entonces Brian Page dió un salto, incorporándose y desechando de su mente la idea del casamiento y el recuerdo de Madeline Dane. Acababa de oír

unos ruidos raros que procedían del interior del jardín. No eran ruidos muy fuertes, pero le llegaban con una terrible claridad por entre los bajos setos. El sonido ahogado fué el peor, luego algo que se arrastraba y rozaba los pies sobre el suelo, después un chapoteo y golpes sobre el agua.

Por un momento no sintió deseos de volverse.

No creía en realidad que hubiera ocurrido nada. Nunca lo creyó. Pero dejó caer su cigarrillo, lo pisó, y luego se volvió hacia la casa casi corriendo. Se hallaba bastante lejos de la mansión, y en ese laberinto se equivocó dos veces de camino. Al principio el jardín parecía desierto, luego vió a Burrows que se acercaba corriendo hacia él con una linterna encendida en la mano. Cuando estuvo lo suficientemente cerca como para ver el rostro de Burrows, se sintió inquieto.

—Bueno, ya sucedió —dijo Burrows.

Page sintió un poco de náuseas.

—No sé a qué se refiere usted —mintió—, excepto que no puede haber sucedido.

—No hago más que decírselo, eso es todo —contestó Burrows con paciente insistencia—. Venga pronto, y ayúdeme a sacarlo. No puedo jurar que esté muerto, pero está echado de cara dentro del estanque y me parece que está sin vida.

Page miró en la dirección que el otro le indicaba. No podía ver el estanque, que se hallaba oculto entre los setos; pero ahora tenía una buena visión de la parte trasera de la casa. Desde una ventana de la habitación iluminada sobre la biblioteca, el viejo Knowles estaba asomado; y Molly Farnleigh estaba en la terraza del dormitorio.

—¡Le digo —insistió Page— que nadie se hubiera atrevida a matar a Murray! Es imposible. No tiene sentido… y, de todos modos, ¿qué está haciendo Murray en el estanque?

—¿Murray? —dijo el otro, mirándole asombrado—. ¿Por qué Murray? ¿Quién dijo nada respecto a Murray? Es *Farnleigh*, hombre; John Farnleigh. Terminó todo antes de que yo pudiera llegar allí, y ahora temo que sea demasiado tarde.

Capítulo VI

—Pero, ¿quién diablos iba a querer matar a Farnleigh? —preguntó Page.

Tuvo que ajustar sus ideas. Si era un asesinato, había sido muy ingeniosamente concebido. Como por una triquiñuela o juego de manos, todos los ojos y oídos se habían concentrado en Kennet Murray. Ninguno otro tenía otro pensamiento que Murray. Nadie sabría dónde habían estado los otros; sólo Murray tenía un paradero conocido. Una persona que atacara en ese momento, lo haría sin que nadie le viera, siempre que no atacara a Murray.

—¿Matar a Farnleigh? —repitió Burrows con voz extraña—. Oiga, despierte. Tranquilo. Vamos.

Siempre hablando como si diera instrucciones para estacionar un auto, se abrió paso en dirección al estanque. Apagó la linterna al llegar.

Alrededor del estanque había un reborde de arena endurecida de unos cinco pies de anchura. Las formas y hasta los rostros, eran todavía visibles. Farnleigh yacía extendido en el estanque, vuelto un poco hacia la derecha. El estanque era lo suficientemente profundo como para que su cuerpo se meciera sobre el agua, la que todavía golpeaba contra los bordes y subía sobre la arena. También vieron algo oscuro en el agua que se extendía alrededor del caído; pero no vieron su color hasta que tocó un grupo de flores blancas cercanas al cuerpo.

La agitación del agua comenzó de nuevo cuando Page se acercó para levantarlo. El talón de Farnleigh tocaba justamente el reborde de arena.

—No le serviremos de nada —dijo Page, incorporándose—. Le han cortado el cuello.

El primer momento de sorpresa había pasado, y ambos hablaban con más calma.

—Sí. Eso temía. Es…

—Es un asesinato —dijo Page—, o un suicidio.

Se miraron.

—Sea lo que sea —dijo Burrows—, tenemos que sacarle de allí. Esa regla de no tocar nada y esperar la llegada de la policía está muy bien; pero no podemos dejarle allí. No es decente. Además, ya ha cambiado de posición. ¿Qué le parece?

—Sí.

El traje de *tweed* parecía haber absorbido una tonelada de agua. Con dificultad hicieron rodar a Farnleigh por sobre el reborde. Page pensaba: "Éste es John Farnleigh, y está muerto. Esto es imposible". Y era imposible, excepto por algo que cada vez se hacía más claro en su mente.

—Debo tratarse de un suicidio —dijo Burrows, secándose las manos—. Nos han metido en la cabeza la idea del asesinato, pero esto me gusta menos aún. ¿Se da usted cuenta de lo que significa? Significa que, al fin y al cabo, era un impostor. Se mantuvo firme todo lo posible, y tenía la esperanza de que Murray no tuviera las impresiones digitales. Cuando, terminó la prueba no pudo enfrentarse con las consecuencias. De modo que vino aquí, se paró al borde del agua y… —Burrows se llevó la mano al cuello.

Todo concordaba perfectamente.

—Así lo temo —admitió Page—, pero es lo único en que podemos pensar. ¡Por amor de Dios! ¿Qué ocurrió aquí? ¿Le vió usted hacerlo? ¿Cómo lo hizo?

—No. Es decir, no le vi con claridad. Estaba saliendo de la puerta del *hall* trasero y tenía esta linterna en la mano —Burrows encendió y apagó la linterna— que saqué del cajón de la mesa del *hall*. Ya sabe usted que mi vista es demasiado débil para la oscuridad. En el momento en que abría la puerta, vi a Farnleigh en pie aquí, muy débilmente, eso sí, al borde del estanque, con su espalda hacia mí. Luego pareció hacer algo y moverse un poco; con mi vista, es difícil asegurar qué hacía. Usted debió haber oído los ruidos. Después oí ese chapoteo… y el pataleo, que fué lo peor. No sé qué pensar.

—Usted es el qué tiene autoridad. Todos se acercan. Molly no debe verle. ¿No puede hacer uso de su autoridad y conseguir que se aleje?

Burrows se aclaró la garganta dos o tres veces y, encendiendo la linterna, se dirigió hacia la casa. El rayo de luz iluminó a Molly y a Kennet Murray.

—Lo siento —comenzó Burrows, con voz aguda—. Pero *sir* John ha

sufrido un accidente, y será mejor, que no vayan ustedes allí…

—No sea tonto —le interrumpió Molly con dureza.

Con firmeza le hizo a un lado y se acercó al estanque. Por fortuna no se distinguía muy bien el horrible espectáculo. Aunque quería dar la impresión de calma, Page vió que se tambaleaba. Le puso un brazo sobre los hombros para sostenerla; ella se apoyó contra él y Page oyó de sus labios estas extrañas palabras:

—¡Maldito sea él por *tener razón*!

Por el tono de su voz, Page se dió cuenta de que no se refería a su esposo. Pero, por el momento, se sintió tan sorprendido que no lo comprendió bien… Luego Molly se dirigió hacia la casa con rápido paso.

—Déjenla ir —dijo Murray—. Será mejor para ella.

Pero Murray no pareció ser tan capacitado para manejar una situación como ésa. Tomando la linterna de manos de Burrows, dirigió sus rayos sobre el cadáver. Luego dejó escapar un silbido.

—¿Probó usted —le preguntó Page— que *sir* John Farnleigh no era *sir* John Farnleigh?

—¿Eh? ¿Cómo dijo?

Page repitió la pregunta.

—No he probado absolutamente nada —respondió Murray con gravedad —. Quiero decir que no he completado la comparación de las huellas; apenas había comenzado.

—Parece que… —dijo Burrows algo débilmente—… que no tiene usted ya necesidad de terminar.

Y así lo parecía. No podía haber duda razonable con respecto al suicidio de Farnleigh. Page vi o que Murray asentía, acariciándose la barba, como si estuviera pensando en otra cosa.

—Pero usted no puede tener muchas dudas, ¿verdad? —se vio obligado a preguntar Page—. ¿Cuál de los dos considera usted como el impostor?

—Ya le he informado… —declaró Murray.

—Sí, ya lo sé, pero oiga usted —le interrumpió Page—. Sólo le preguntaba cuál de los dos consideraba usted como el impostor. Seguramente habrá tenido usted alguna idea al respecto después de que habló con ellos. Si Farnleigh era el impostor, tenía entonces muy buenas razones para matarse y

podemos estar de acuerdo en que así lo hizo. Pero, si por alguna casualidad inconcebible, él no era el impostor…

—¿Se imagina usted que…?

—No, no, sólo pregunto. Si él fuera el verdadero *sir* John, no tenía motivo ninguno para cortarse la garganta. De modo que tiene que haber sido el impostor. ¿No es así?

—La tendencia a alcanzar decisiones sin siquiera examinar los detalles —comenzó Murray, en tono algo áspero y beligerante— es algo que la mente poco académica quiere…

—Tiene razón; retiro la pregunta —dijo Page.

—No, no, me interpreta usted mal —Murray movió la mano como un hipnotizador—. Usted supone que esto pueda ser un asesinato, basándose en que, si el… desgraciado caballero que aquí yace fuera el verdadero John Farnleigh, él no se hubiera suicidado. Pero, sea o no el verdadero Johnny, ¿por qué iban a matarle? Si es un impostor, ¿por qué matarle? La ley se cuidaría de él. Si es verdadero, ¿por qué asesinarle? No ha hecho daño a nadie. Ya ve usted, miro al asunto tanto de un lado como de otro.

Burrows intervino con voz apesadumbrada.

—Es toda esta charla respecto a Scotland Yard y a la pobre Victoria Daly. Siempre me he considerado a mí mismo como una persona sensata; pero esa conversación me ha dado toda clase de ideas que debo sacarme de la cabeza. Además, nunca me gustó la atmósfera maligna de este jardín.

—¿También usted la sintió? —preguntó Page.

Murray les miraba con interés.

—Callen —les dijo—. ¿Por qué no le gusta a usted el jardín, señor Burrows? ¿Tiene algún recuerdo al respecto?

—No, no son exactamente recuerdos —respondió el otro con tono reflexivo—. Es sólo que, cuando alguien solía contar un cuento de aparecidos, era dos veces más efectivo aquí que en ningún otro sitio. Empero, eso es harina de otro costal. Y tenemos trabajo que hacer. No es posible que nos quedemos aquí conversando.

Murray pareció excitarse.

—¡Ah, sí! ¡La policía! —dijo—. Sí, hay mucho que hacer. Creo que me permitirán hacerme cargo de todo. ¿Quiere usted venir conmigo, señor

Burrows? Señor Page, usted nos hará el favor de quedarse con el… cadáver hasta que retornemos, ¿verdad?

—¿Por qué? —preguntó Page.

—Es costumbre. ¡Oh, sí! En realidad, es absolutamente necesario. Haga el favor de darle su linterna al señor Page, amigo mío. Ahora, vamos ya. Debemos llamar a la policía y a un médico.

Se alejó, llevando de un brazo a Burrows, y Page quedó solo al lado de los restos mortales de John Farnleigh.

Page, ya más calmado, se quedó pensando en la inutilidad de la tragedia. Empero, el suicidio de un impostor era una cosa sencilla y explicable. Lo que le molestaba es que no había conseguido sacarle nada en claro a Murray. Este podría haber admitido sin más ni más que el muerto era un impostor y, en efecto, su acritud dió a entender tal cosa. Pero no había dicho nada. Sería, entonces, meramente su amor por los misterios.

—¡Farnleigh! —dijo Page en voz alta—. ¡Farnleigh!

—¿Me llamaba usted? —preguntó una voz a su lado.

El efecto de esa voz que emanaba de la oscuridad hizo que Page diera un salto y tropezara casi con el cuerpo. Ya la oscuridad le rodeaba por completo. El ruido de pasos en el sendero fué seguido por el raspar de un fósforo. La llama mostró la cara del demandante: Patrick Gore, John Farnleigh. Se adelantó con sus pasos extrañamente torpes.

El demandante llevaba en la boca un cigarro a medio fumar y apagado. Lo encendió cuidadosamente y luego miró a Page.

—¿Me llamó usted? —repitió.

—No —le contestó Page con seriedad—. Pero es una gran cosa que haya usted respondido. ¿Se ha enterado de lo ocurrido?

—Sí.

—¿Dónde ha estado usted?

—Paseando.

El fósforo se apagó, pero Page le oía respirar con fuerza. No cabía duda de que el hombre se sentía emocionado. Se acercó un poco más.

—Pobre pillo —dijo el demandante, mirando hacia el cadáver—. Siento haber hecho esto. No me cabe duda de que volvió a la fe puritana de sus padres y pasó muchos años arrepintiéndose de su pecado al mismo tiempo

que no soltaba lo que había caído en sus manos. Al fin y al cabo, podía haber seguido aquí y hubiera sido un mejor terrateniente de lo que seré yo. Pero le faltaba el valor proverbial de la familia, de modo que hizo esto.

—Suicidio.

—Sin duda alguna —respondió el demandante, quitándose el cigarro de la boca—. Supongo que Murray habrá finalizado de comparar las impresiones digitales. Usted estuvo presente durante el interrogatorio. Dígame una cosa, ¿notó usted el momento preciso en que nuestro difunto… amigo cometió un error, demostrando así que no era John Farnleigh?

—No.

Entonces Page se dio cuenta de que la emoción del otro se debía tanto al alivio como a cualquier otro sentimiento.

—Murray no sería Murray —dijo el otro con cierta sequedad— si no hubiera incluido en el interrogatorio una trampa. El fué siempre así. Yo lo esperaba y lo temía, pues podría muy bien ser algo que yo hubiera olvidado. ¿Recuerda usted? La pregunta fué: ¿Qué es el Libro Rojo de Appin?

—Sí. Ustedes dos escribieron algo…

—Por supuesto que no existe tal cosa. Me interesaría saber qué disparate escribió mi difunto rival. Fué aún más asombroso cuando Murray le contestó muy serio que había escrito la respuesta correcta. ¡Oh, maldición! —se interrumpió y se adelantó hacia el cadáver—. Bien, veamos qué se hizo este pobre diablo. ¿Me presta la linterna?

Page se la entregó y se alejó un poco, mientras el otro iluminaba al muerto. Al fin se incorporó el demandante.

—Mi amigo —dijo con voz cambiada—, esto no está bien.

—¿Qué es lo que no está bien?

—Esto. No me gusta lo que voy a decir. Pero juraría que este hombre no se suicidó.

—¿Por qué? —preguntó Page.

—¿Le ha examinado usted de cerca? Si no, venga y hágalo ahora. ¿Es posible que un hombre se corte el cuello con tres tajos separados, todos los cuales han cortado la vena yugular, y cualquiera de los cuales podría haber causado la muerte? Nunca he visto nada parecido desde que Barney Poole, el mejor domador de Estados Unidos, fué muerto por un leopardo.

¿Dónde estará el arma? —prosiguió. Iluminó con la linterna los alrededores—. Probablemente en el estanqué, pero será mejor que no la busquemos. Es posible que la policía sea en este asunto más necesaria de lo que creemos. Esto altera las cosas de una forma que me preocupa. ¿Qué motivo había para matar a un impostor?

—O un verdadero heredero —comentó Page.

El otro le miró con atención.

—¿No creerá usted que…?

Fueron interrumpidos por ruido de pasos que se acercaban desde la casa. El demandante volvió el haz de la linterna e iluminó al procurador Welkyn. Este, que parecía muy asustado, tenía el aspecto de quien está por decir un discurso.

—Será mejor que vuelvan a la casa, señores —dijo—. El señor Murray quiere verle a usted. Espero —agregó con énfasis— que ninguno de ustedes dos ha estado en la casa desde que ocurrió esto.

“Patrick Gore” se volvió asombrado.

—¡No me diga que ha ocurrido algo más!

—Así es —respondió Welkyn con agitación—. Parece que alguien se aprovechó de la confusión. En ausencia del señor Murray, alguien entró en la biblioteca y robó el “Thumbograph” que contenía nuestra única prueba.

Capítulo VII

Por la tarde del día siguiente comenzó a caer una lluvia incesante. Page se hallaba sentado en su estudio, pero esta vez sus pensamientos eran muy distintos.

De un lado a otro de la habitación, de una forma tan monótona como la lluvia, se paseaba el detective inspector Eliot. Y arrellanado en el sillón más cómodo y profundo, había tomado asiento el doctor Gideon Fell.

El doctor había llegado a Mallingford esa mañana y no parecía agradarle lo que encontró… Sus ojos a través de sus lentes de armadura negra, se hallaban fijos con singular concentración en una esquina del escritorio; su mostacho apuntaba para todos lados como si quisiera entrar en alguna discusión, y su mata de cabellos grises caía sobre una oreja. En una silla, a su lado, estaba su sombrero y su bastón de puño de marfil. Aunque tenía sobre la mesa un gran vaso de cerveza, no parecía interesado en la bebida. Page le halló más grande, tanto en altura como en circunferencia, de lo que le habían dado a entender en la descripción que de él le hicieran. Cuando entró en el chalet pareció llenarlo todo con su enorme humanidad.

En la aldea, ya todos se habían enterado de que el desconocido interesado en folklore y tradición era un inspector de Scotland Yard. Pero nada se decía al respecto. Como los dos cuartos de huéspedes del *Bull and Butcher* estaban ocupados, Page había ofrecido su hospitalidad al doctor Fell.

A Page también le gustó el inspector Eliot. Éste era un hombre joven, de cabellos amarillentos y persona muy seria. Le gustaban las discusiones como así también las sutilezas. Su educación le había acostumbrado a fijarse en los detalles más insignificantes de todas las cosas. Ahora, mientras paseaba por el estudio de Page, trató de explicar claramente la situación.

—Hum, sí —gruñó el doctor Fell—; pero, ¿qué es exactamente lo que se ha hecho hasta ahora?

Eliot pensó un momento.

—El capitán Marchbanks, jefe de policía local, telefoneó esta mañana a Scotland Yard y se lavó las manos del asunto —dijo—. En circunstancias normales, hubieran enviado aquí al jefe inspector; pero, ya que yo estaba en el sitio investigando algo que podría tener algo que ver con este caso…

(El asesinato de Victoria Daly, pensó Page. ¿Pero cómo podía tener algo que ver con la muerte de Farnleigh?).

—Consiguió usted aprovechar la oportunidad —dijo el doctor Fell—. ¡Excelente!

—Sí, señor. Aproveché la oportunidad —admitió Eliot—. Y tengo intenciones de lograr aclarar el asunto, si es que puedo. Pero ya sabe usted las dificultades que me saldrán al paso. La gente de los alrededores no quieren hablar de nada conmigo.

—¿Se refiere usted al otro caso? —preguntó el doctor.

—Sí, señor. La única persona que me ha sido útil fué una señorita llamada Madeline Dane —declaró el inspector—. Ésa sí que es una verdadera mujer. Me recuerda a una chica que conocí en mi pueblo.

El doctor Fell abrió ambos ojos y miró fijamente al inspector.

—Pero —continuó el inspector— usted querrá enterarse de los detalles del caso Farnleigh. He tomado declaraciones a todos los que se hallaban allí anoche; sin contar a los sirvientes todavía. Tendré que llamarlos hoy. El señor Burrows se quedó en el Close anoche, para poder recibirnos esta mañana. Pero el demandante, este señor Patrick Gore, y su procurador, llamado Welkyn, se fueron a Maidstone —se volvió hacia Page—. Tengo entendido que hubo una especie de discusión acalorada después que desapareció el “Thumbograph”.

Page asintió.

—Especialmente después que lo robaron —replicó—. Lo raro del caso es que a todos, excepto a Molly Farnleigh, les pareció más importante el hecho de que hubieran robado la prueba que el hecho de que hubiesen asesinado a Farnleigh… si es que le asesinaron.

Un cierto brillo de interés se notó en los ojos del doctor Fell.

—A propósito —intervino—, ¿cuál fué la opinión general con respecto al suicidio o asesinato?

—Muy cautelosa, lo que me sorprende mucho. La única que dijo

definidamente que se trataba de un asesinato fué *lady* Farnleigh. Por otra parte, se intercambiaron varias acusaciones de mal proceder que ahora no quiero recordar. Supongo que fué una cosa natural. Ya de antemano estábamos tan nerviosos que la reacción fué un poco violenta. Según parece, hasta los procuradores son humanos.

—Estoy tratando —dijo lentamente el doctor Fell— de aclarar el camino para la solución del problema. ¿Dice usted, inspector, que no duda mucho de que se trate de un asesinato?

Eliot fué firme.

—No señor, no dudo. Había tres cortes en la garganta de la víctima y no se pudo hallar hasta ahora el arma homicida, ya sea en el estanque o en las cercanías. Tenga en cuenta, sin embargo, que todavía no he recibido el informe médico. No digo que sea imposible que un hombre se haga él mismo esas heridas; pero la ausencia del arma parece decidir la cuestión.

Por un momento estuvieron escuchando el sonido incesante de la lluvia.

—¿No cree usted?… —sugirió el doctor—. ¡Hum! ¡Ajem! Sólo lo menciono como una sugestión. ¿No cree usted que es posible que se haya matado y luego, durante las convulsiones, haya arrojado el arma lejos, de manera que no se pueda encontrar? Creo que casos así han ocurrido antes.

—Es remotamente posible. Pero no es posible que la haya arrojado fuera del jardín, y si está en algún sitio, el sargento Burton la encontrará —miró al doctor con expresión curiosa—. Oiga usted, señor, ¿cree que se trata de un suicidio?

—No, no, no —respondió muy serio el doctor, como si la idea le escandalizara—. Pero pensando que sea un asesinato, todavía quiero saber cuál es nuestro problema.

—Calle. Todavía no se ha dado cuenta usted del laberinto en que nos hemos metido: Me preocupa este caso porque todas las reglas han sido violadas. Es así porque se eligió como víctima al hombre indebido. ¡Siquiera hubieran asesinado a Murray! Hablo académicamente, por supuesto. ¡Maldita sea, es Murray a quien debieron haber asesinado! En cualquier plan bien formado, él debió haber sido la víctima. Su presencia pedía a gritos eso. Aquí tienen ustedes a un hombre que poseía pruebas para solucionar el problema desde el principio; un hombre que podía resolver el enigma de las identidades

aun sin pruebas; bien, es él el verdadero candidato para la muerte. Empero, no le tocan, y el problema de las identidades se hace más confuso aún por la muerte de uno de los litigantes. ¿Me sigue usted?

—Sí, señor —replicó muy serio el inspector.

—Apartemos los detalles de poca importancia —insistió el doctor Fell—. ¿Será, por ejemplo, un error del asesino? ¿Habrá matado por error a *sir* John?

—Parece dudoso —dijo Eliot, y miró a Page.

—Es imposible —respondió Page—. Yo también pensé en eso. Bien, repito que es imposible. La luz era muy clara. Farnleigh no se parecía a ninguno de los otros ni tampoco se vestía igual. Aun desde cierta distancia era imposible confundirle, y menos aún desde cerca.

—Entonces, Farnleigh era la víctima elegida —dijo el doctor Fell—. Muy bien. ¿Qué otra cosa podemos quitarnos del paso? Por ejemplo, ¿es posible que este asesinato tenga algo que ver con el litigio por las propiedades? ¿No habrá sido alguna otra persona la que eligió ese momento especial para cometer el crimen sin que nadie se diera cuenta? Es posible. Pero yo no pensaré de esa forma. Estas cosas siempre están relacionadas y dependen unas de otras. Ya notarán ustedes que el "Thumbograph" fué robado al mismo tiempo en que se asesinó a Farnleigh.

—Muy bien. Farnleigh fué asesinado deliberadamente, y por alguna razón asociada con el asunto del litigio. Pero todavía no hemos decidido cuál es nuestro verdadero problema. Si la víctima no era un impostor, podría haber sido asesinado por una de tres razones. Ya se las podrán imaginar ustedes. Pero si era él el verdadero heredero, es posible que lo hayan matado por alguna razón completamente distinta. También se las podrán imaginar. Son todos motivos diferentes. Por lo tanto, ¿cuál de los dos era un impostor? Tenemos que saber eso antes de figurarnos en qué dirección tenemos que investigar.

El inspector le miró fijamente.

—¿Quiere usted decir que la clave del asunto es el señor Murray?

—Así es. Me refiero a mi viejo y enigmático conocido, el señor Kennet Murray.

—¿Cree usted que él sabe quién de los dos es el verdadero *sir* John?

—No me cabe la menor duda —gruñó el doctor.

—Ni a mí tampoco —dijo el inspector secamente—. Veamos —sacó su libreta de notas y la abrió—. Todos parecen estar de acuerdo en que el señor Murray quedó solo en el estudio alrededor de las nueve y veinte. ¿Es verdad, señor Page?

—Así es.

—El asesinato, si así podemos llamarlo, fué cometido alrededor de las nueve y media. Dos personas atestiguan eso: Murray y el procurador Welkyn. Ahora bien, diez minutos no es un lapso largo; pero la comparación de las huellas digitales no es un trabajo muy largo. ¿Cree usted que Murray tendría algún plan dañino para alguien cuando dijo que tardaría mucho para hacerlo?

—No —dijo el doctor, contestando en lugar del aludido—. Creo que el hombre sólo quería darse importancia. Y dentro de un minuto le diré lo que pienso de este caso. Dice usted que tiene una declaración de cada uno de ellos, con respecto a lo que estaban haciendo durante esos diez minutos, ¿verdad?

—Es muy poca cosa —dijo Eliot con ira—. No han hecho ningún comentario. Me dieron sólo lo que yo les pedía. Escuche usted:

»*Declaración de Lady Farnleigh*: Cuando salimos de la biblioteca me sentía inquieta, de modo que subí a mi dormitorio. Mi esposo y yo tenemos dormitorios colindantes en el primer piso de la nueva ala, sobre el comedor. Me lavé la cara y las manos y le dije a mi doncella que me prepara otro vestido, pues me sentía muy transpirada. Luego me acosté un momento, iluminada solamente por una lámpara de mi mesita de luz. Las ventanas estaban abiertas sobre la terraza de mi habitación que da al jardín. Oí algunos ruidos como de lucha, una especie de grito y luego un chapoteo. Corrí a la terraza y vi a mi marido que parecía estar tirado en el estanque. Entonces estaba solo, como lo pude ver claramente. Corrí escaleras abajo por la escalera principal y salí al jardín. No vi ni oí nada sospechoso en el jardín».

—Después tenemos —prosiguió el inspector:

»*Declaración de Kennet Murray*: Permanecí en la biblioteca entre las nueve y veinte y las nueve y treinta. Nadie entró en esa habitación y no vi a nadie más. Estaba de espaldas a la pared. Oí los ruidos (*descriptos en la misma forma que el anterior*). No creí que hubiera sucedido nada serio hasta que oí que alguien bajaba corriendo las escaleras. Oí la voz de *lady* Farnleigh

diciendo al mayordomo que temía que algo hubiera ocurrido a *sir* John. Consulté mi reloj, viendo que eran las nueve y treinta en punto. Me uní a *lady* Farnleigh en el *hall*, y juntos salimos al jardín, donde hallamos a un hombre muerto con la garganta cortada. Todavía no tengo ningún comentario que hacer con respecto a las huellas digitales ni a mi comparación de ellas».

—Muy útil, ¿no les parece? —dijo el inspector—. Luego tenemos:

»*Declaración de Patrick Gore, demandante*: Paseé por el jardín. Estuve en el parque delantero fumando. Luego me dirigí a la parte sur de la casa y hacia este jardín. No oí ningún ruido, excepto el chapoteo y muy débilmente. Creo que lo oí en el momento en que daba la vuelta a la casa. No se me ocurrió que hubiera ocurrido nada serio. Cuando llegué a este jardín, oí voces que hablaban alto. No sentía deseos de compañía, de modo que me mantuve en uno de los senderos que limitan el jardín. Luego oí lo que decían. Escuché un momento. No me acerqué al estanque hasta que todos ellos se habían ido, excepto un señor llamado Page».

—Finalmente, tenemos:

»*Declaración de Harold Welkyn*: Permanecí en el comedor y no salí de allí en ningún momento. Comí cinco sandwiches y bebí un vaso de oporto. Admito que el comedor tiene puertas de cristales que dan al jardín, y que una de esas puertas no está lejos del estanque. Pero las luces estaban todas encendidas en el comedor, y no podía ver nada en el jardín debido al contraste de las luces…».

—Un testigo muerto en la escena. Piso bajo; setos altos hasta la cintura; no más de seis pies donde debe haber estado parado Farnleigh —dijo Eliot, moviendo la libreta de notas—. Pero este testigo es sordo y ciego por “el contraste de las luces”. Concluye así:

»A las nueve y treinta y uno, de acuerdo con el reloj del comedor oí ciertos ruidos que parecían golpes y un grito ahogado. A esto siguió una serie de chapoteos. También oí cierto ruido de hojas removidas en los setos, y me pareció ver que me miraban a través de uno de los paneles de la puerta; uno de los paneles más cercanos al suelo. Temí que hubieran ocurrido ciertas cosas que no eran asunto mío. Tomé asiento y esperé hasta que el señor Burrows entró y me dijo que el impostor *sir* John Farnleigh habíase suicidado. Durante ese tiempo no hice nada, excepto comer otro sandwich».

—¡Por Baco! —exclamó, el doctor Fell con voz ronca—. Hay algo en la declaración de nuestro amigo Welkyn que no me gusta nada. ¡Un momento! ¡Welkyn! ¡Welkyn! ¿No he oído ese nombre en otra parte? Estoy seguro de ello… Bueno, no recuerdo. ¿Tiene usted algo más?

—Bien, había otros dos huéspedes. El señor Page y el señor Burrows. Ya ha oído usted la declaración del señor Page, y también la de Burrows.

—No importa. Léala de nuevo, ¿me hace el favor?

El inspector Eliot leyó:

"*Declaración de Nathaniel Burrows*: Podría haber comido algo, pero Welkyn estaba en el comedor y no me pareció propio conversar con él entonces. Entré en la sala al otro lado de la casa y esperé. Entonces se me ocurrió que mi lugar era al lado de *sir* John Farnleigh, que había salido al jardín del sur. Tomé una linterna eléctrica del cajón de la mesa del *hall*. Lo hice así porque mi vista es débil. Cuando abría la puerta que da al jardín, vi a *sir* John. Estaba en pie al borde del estanque. Parecía estar haciendo algo, o moviéndose un poco. Desde la puerta hasta el borde del estanque hay unos diez metros. Oí los ruidos descriptos. Y luego el chapoteo en el agua. Me acerqué corriendo y le encontré. No podría jurar si había o no alguien con él. No puedo dar una descripción exacta de sus movimientos. Era como si algo le hubiera aferrado por los pies".

—Y allí tiene todo, señor. Note usted ciertas cosas, excepto el señor Burrows, nadie vió a la víctima antes de que la atacaran y cayera o fuera arrojada dentro del estanque. *Lady* Farnleigh no le vió hasta que estuvo tirado en el estanque; el señor Gore, el señor Page, el señor Murray y el señor Welkyn le vieron después… o así lo dicen. ¿Hay otras cosas —agregó— que usted no haya notado?

—Pues, le diré lo que estaba pensando —dijo el doctor Fell—. ¿Qué es lo que pasó después del asesinato? Tengo entendido que robaron el "Thumbograph" de la biblioteca cuando Murray salió para ver qué había ocurrido. ¿Tomó usted declaraciones de todas las personas, con respecto a lo que estaban haciendo entonces?

—Así lo hice —contestó Eliot—. Pero no se la leeré, señor. ¿Por qué? Porque no tiene nada en claro. Analizando cuidadosamente, se llega a la conclusión de que cualquiera pudo haber robado el "Thumbograph", y que en

la confusión general nadie lo habría notado.

—¡Oh, Dios! ¡Ya la tenemos! Lo que yo había estado temiendo —dijo el doctor—. Es un enigma casi puramente psicológico. No hay diferencia en las declaraciones ni en las horas ni aun en las varias posibilidades. Ninguna incongruencia hay que explicar, excepto la psicológica incongruencia de por qué se asesinó tan cuidadosamente al hombre que no debió ser asesinado. Por sobre todo, existe una casi completa ausencia de indicios materiales: ningún gemelo de camisa, colillas, plumas o papel. ¡Hum! A menos que podamos echarle mano a algo tangible, tendremos que tratar con algo tan elusivo como la conducta humana. ¿Qué persona, entonces, sería la más dispuesta a matar a ese hombre? ¿Y por qué? ¿Y qué persona se ajusta mejor, psicológicamente, al enigma del asesinato de Victoria Daly?

Eliot comenzó a silbar por lo bajo.

—¿Tiene alguna idea, señor? —preguntó.

—Veamos —murmuró el doctor Fell—, si he comprendido los hechos principales en el caso de Victoria Daly. Edad 35, soltera, agradable, no inteligente, vivía sola. ¡Hum! Sí. Asesinada alrededor de las 11 y 45 p. m. de julio 31. ¿Correcto, muchacho?

—Correcto.

—La alarma fué dada por un granjero que pasaba frente a la casa. Oyó los gritos. El policía de la aldea siguió al granjero. Ambos vieron a un hombre, un vagabundo conocido en el distrito, que salía por una ventana trasera. Ambos le siguieron por un cuarto de milla. El vagabundo, al tratar de huir por la vía férrea, fué eliminado por el tren. ¿Correcto?

—Correcto.

—A la señorita Daly se la halló en el suelo de su dormitorio. Se la había estrangulado con un cordón de zapato. Cuando la atacaron se estaba por acostar. Caso aparentemente claro de asesinato por robo, excepto por una cosa. Al examinar el cadáver se encontró el cuerpo untado por una sustancia oscura que también se halló en las uñas, ¿eh? Esta sustancia resultó estar compuesta por jugo de chirivía acuática, acónito, cincoenrama, la venenosa dulcamara, y hollín.

—Oiga usted —protestó Page—. Esta es la primera vez que oigo una cosa así. ¿Hallaron ustedes que ella tenía el cuerpo untado con una sustancia que

contenía dos venenos poderosos?

—Sí —contestó Eliot, con una sonrisa—. El doctor de la aldea no lo analizó, por supuesto; pero en la Jefatura se tomaron esa molestia.

Page, se sintió inquieto.

—¡Acónito y dulcamara venenosa! ¿Eso no la hubiera matado sin haberlo tragado?

—¡Oh, no! Pero, de todos modos, es un caso muy claro. ¿No lo cree así, doctor?

—Un caso desgraciadamente claro —admitió el doctor Fell.

En ese momento se oyó un golpe en la puerta. Page la abrió para que pasara el sargento Burton que traía algo envuelto en un papel. Lo que dijo el recién llegado quitó de la mente de Page el caso Daly.

—¿Puedo ver al inspector Eliot y al doctor Fell, señor? —preguntó Burton—. He encontrado el arma, y …

Señaló con la cabeza. Frente al portal del jardín estaba un viejo automóvil en cuyo interior se hallaban dos personas. El inspector Eliot se acercó apresuradamente a la puerta.

—¿Decía usted…?

—Que he encontrado el arma con la que mataron a *sir* John, inspector. Y algo más. —De nuevo, el sargento Burton señaló con la cabeza en dirección al automóvil—. Son la señorita Madeline Dane y el viejo señor Knowles que trabaja en el Close. Él trabajaba antes para el amigo del padre de la señorita Dane. Cuando se sintió inseguro por algo que quería hacer, fué a ver a la señorita Dane, y ella le envió a mí. Tiene algo que decirle con respecto al caso.

CAPÍTULO VIII

Pusieron el paquete sobre el escritorio de Page y al desenvolverlo apareció el arma. Era un cortaplumas de muchacho del modelo común; y, en las circunstancias presentes, un arma de aspecto peligroso.

Era un cortaplumas viejo. La hoja principal, de más de diez centímetros de larga, tenía dos muescas de forma triangular y el acero estaba dentado en algunas partes, pero no estaba herrumbrado y sí muy bien afilada. Desde el extremo de la hoja hasta el de la empuñadura, el cortaplumas estaba manchado de sangre seca.

Cierta inquietud se apoderó de todos al mirar el arma. El inspector Ellis preguntó:

—¿Dónde lo encontró?

—En lo más profundo de uno de los setos del jardín —respondió el sargento—. Más o menos a unos tres metros del estanque.

—¿Hacia qué dirección del estanque?

—Hacia la izquierda, si se mira desde la casa. Hacia el seto alto que forma límite sur del jardín. Verá usted, señor —explicó el sargento—, fué una suerte el encontrarlo. Podríamos haberlo buscado durante meses sin hallarlo. A menos que hubiésemos arrancado todos los setos. Fué por la lluvia. Yo estaba pensando dónde buscar y, distraído, caminaba por el jardín apoyando la mano en los setos. Estos estaban húmedos y al mirarme la mano vi que estaba manchada de un color pardusco. Era donde el cortaplumas había dejado un poco de sangre en la parte superior del seto. Metí la mano y lo encontré al fin.

—¿Cree usted que alguien lo metió dentro del seto? —Sí, así debe ser. Estaba clavado en la tierra, en el medio del seto. Oh… ya ve usted que es un cortaplumas pesado, señor. La hoja es más pesada que la empuñadura. Si alguien lo hubiera arrojado al aire, es seguro que hubiera caído punta para abajo, entrando como entró en el seto.

El doctor Fell se volvió al sargento.

—¡Hum! —dijo—. ¿Lo arrojaron? ¿Quiere usted decir después del suicidio?

Burton frunció el ceño, pero no dijo nada.

—No hay duda que es el arma que buscamos —admitió el inspector—. Recuerdo las heridas desgarradas de la víctima. Este debe ser.

—¿Verá usted a la señorita Dane y al señor Knowles, señor…?

—Sí, dígales que pasen. Le felicito, sargento. Vaya usted a ver si el doctor tiene alguna novedad para mí.

El doctor Fell y el inspector estaban comenzando a discutir, cuando Page tomó un paraguas y salió para acompañar a Madeline desde el auto hasta la casa.

Ni la lluvia ni el barro podían alterar la pulcritud de Madeline ni hacerle perder su buen humor. Su cabello rubio estaba peinado en hermosos rulos; tenía un rostro pálido y saludable; su nariz y boca un poco anchos, los ojos un poco grandes; empero, era la suya una belleza que llamaba la atención.

—Me alegro muchísimo de que sea en su casa —dijo ella con voz suave —. Será más fácil todo. Realmente no sabía qué hacer y me pareció la mejor manera…

Volvió la cabeza para mirar a Knowles, que estaba descendiendo del vehículo.

Page los presentó al doctor Fell y al inspector. El doctor sonrió complacido a la joven y la ayudó a quitarse el impermeable.

—¿Sí, señorita Dane? —dijo el inspector—. ¿Qué se le ofrece?

Madeline se miró las manos y luego levantó la vista hacia el inspector.

—Verá usted, es algo difícil de explicar —dije—. Sé que debo hacerlo. Empero, no me gustaría que Knowles tuviera dificultades. ¡Señor Eliot…!

—Si hay algo que la preocupa, dígamelo —contestó Eliot—, y nadie estará en dificultades.

La joven le miró agradecida.

—Entonces, quizá… Será mejor que se lo cuente a usted Knowles, lo que me dijo a mí.

—Siéntese, amigo —dijo el doctor.

—No, gracias, señor, yo…

—¡Siéntese!

Knowles obedeció entonces. Era él un hombre honesto. Tomó asiento en el borde de una silla, y dió vueltas y vueltas a su galera. El doctor Fell trató de darle un cigarro, pero el mayordomo rehusó.

—¿Podré hablar con toda franqueza? —preguntó.

—Se lo aconsejo —dijo Eliot secamente—. ¿Bien?

—Por supuesto que sé que debía haber hablado directamente con *lady* Farnleigh. Pero no podía decírselo a ella. Verá usted; fué ella quien me dió el empleo en el Close después que murió el coronel Mardale…

—Sí, apreciamos eso. Pero le ruego que me dé esos informes que tiene.

—Se trata del difunto *sir* John Farnleigh, señor —contestó Knowles—. Se suicidó. Yo lo vi cuando lo hacía.

El silencio subsiguiente fué sólo interrumpido por el caer incesante dé la lluvia. El inspector miraba fijamente al mayordomo.

—¿Usted… le… vió… hacerlo? —preguntó el inspector.

—Sí, señor. Podría habérselo dicho esta mañana; sólo que usted no me interrogó. Yo estaba en la ventana del Cuarto Verde anoche. Es la habitación que está sobre la biblioteca, y da al jardín. Desde allí vi todo.

Page recordó que eso era verdad. Cuando él fué con Burrows a mirar el cadáver, vió a Knowles en la ventana de la habitación que estaba sobre la biblioteca.

—Cualquiera le dirá que tengo muy buena vista —prosiguió Knowles—. Tengo setenta y cuatro años de edad, y puedo ver la patente de un automóvil a sesenta metros de distancia.

—¿Vió usted a *sir* John Farnleigh cortarse su propio cuello?

—Sí, señor. Casi.

—¿Casi? ¿Qué quiere decir con eso?

—Quiero decir esto, señor. No le vi exactamente cortarse, porque él estaba de espaldas a mí; pero le vi levantar las manos. Y no había un ser viviente cerca de él. Recuerde que yo le estaba mirando desde arriba y desde allí dominaba todo el estanque y sus alrededores. Nadie podía habérsele acercado sin que yo le viera. Y le aseguro que él estaba solo allí.

—*Tous les oiseaux du monde* —murmuró el doctor entre dientes—, *viennent y faire leurs nids*… —Luego habló en voz alta—: ¿Qué motivo

había para que *sir* John Farnleigh se suicidara?

Knowles pareció hacer un esfuerzo.

—Porque no era *sir* John Farnleigh, señor. El otro caballero lo es. Lo supe en cuanto le vi anoche.

—¿Qué razones tiene usted para decir eso?

—Es muy difícil de explicar, señor —se quejó Knowles—. Ahora tengo setenta y cuatro años. No era ningún chiquillo cuando el señor Johnny se fué de su casa en 1912. Para la gente grande los jóvenes nunca cambian. Siempre parecen ser los mismos, ya tengan quince o treinta o cuarenta y cinco años. Tenga en cuenta que no digo que me diera cuenta de la impostura cuando el difunto caballero vino aquí. No. En absoluto. Pensé que habría cambiado. Me dije que había estado en América y que yo me estaba volviendo viejo. De modo que nunca sospeché que no fuera el verdadero amo, aunque debo admitir que de vez en cuando decía cosas que…

—Pero…

—Ahora dirá usted —prosiguió Knowles muy serio— que yo no estaba en el Close en aquella época. Eso es verdad. Sólo he estado allí desde hace diez años. Pero, cuando yo servía al viejo coronel Mardale, el joven señor Johnny acostumbraba pasar mucho tiempo en la huerta que está entre la del coronel y la del mayor…

—¿El mayor?

—El mayor Dane, señor, el padre de la señorita Madeline. Él era amigo íntimo del coronel. Bien, el joven señor Johnny gustaba jugar en esa huerta que está cerca del Hanging Chart. Fingía ser un mago y un caballero medioeval y no sé qué más. De todos modos, en seguida le conocí cuando le vi anoche, aun antes de que empezara a preguntarme respecto a los conejos. Él se dió cuenta de que yo le había conocido. Es por eso que me hizo llamar. Pero, ¿qué podía decir *yo*?

Page recordaba muy bien la entrevista de la noche, anterior. Pero también recordaba otras cosas, y se preguntó si Eliot las sabría también. Miró a Madeline.

El inspector abrió su libro de notas.

—De modo que se mató, ¿eh?

—Sí, señor.

—¿Vió usted el arma usada?

—No, temo que no la vi.

—Quiero que me diga exactamente qué vió. Por ejemplo, dice usted que estaba en el Cuarto Verde cuando ocurrió el asunto. ¿Cuándo y por qué fué allí?

—Bien, señor, debe haber sido dos o tres minutos antes de que ocurriera. Yo estaba en el *hall*, cerca del comedor, por si me necesitaban, aunque no había nadie en el comedor, excepto el señor Welkyn. Entonces salió de la sala el señor Burrows, y me preguntó dónde podía hallar una linterna eléctrica. Le dije que me parecía que había una en el Cuarto Verde, el que el difunto… caballero usaba como estudio, y fui a buscarla. No sabía que había una linterna en el cajón de la mesa del *hall*.

—Prosiga.

—Subí las escaleras y entré en el Cuarto Verde…

—¿Encendió la luz?

—No en seguida —contestó Knowles, algo amoscado—. No hay llave en la pared en ese cuarto. Hay que encender la luz en la misma lámpara. La mesa, donde creía yo que había una linterna, se halla entre las ventanas. Me dirigí hacia esa mesa, y al pasar frente a la ventana, miré hacia afuera.

—¿Cuál ventana?

—La de la derecha que da sobre el jardín.

—¿Estaba abierta?

—Sí, señor. Debe usted haber notado que hay árboles a lo largo de la parte trasera de la biblioteca, pero están podados, de modo que no obstaculizan la vista desde las ventanas del piso alto. De manera, que me hallaba yo sobre el jardín y mirando hacia abajo.

Al llegar a ese punto, Knowles se puso en pie y prosiguió:

—Allí estaba yo. Las ventanas de la biblioteca arrojaban su luz sobre las cercanías de la casa. Además, el jardín estaba muy bien iluminado a pesar de ser de noche. Allí vi al caballero conocido como *sir* John. Tenía las manos en los bolsillos.

Knowles se volvió a sentar.

—Eso es todo —dijo.

—¿Esto es *todo*? —repitió el inspector Eliot.

—Sí, señor.

Eliot le miró asombrado.

—Pero, ¿qué ocurrió, hombre? ¡Eso es lo que quiero que me diga!

—Eso es todo. Me pareció oír un movimiento debajo mío y miré hacia abajo. Cuando levanté de nuevo la vista…

—¿Piensa usted decirme —dijo Eliot— que usted no vió tampoco lo que ocurrió?

—No, señor. Le vi caer de cara al estanque.

—Sí, pero ¿qué más?

—Bien, señor, no había tiempo, ni antes ni después, para que nadie le cortara el cuello y huyera. Imposible. Estuvo solo todo el tiempo, antes y después. De modo que tiene que haberse suicidado.

—¿Qué usó para suicidarse?

—Algún cuchillo, creo.

—Usted cree. ¿Vió el cuchillo?

—No, señor, no.

—¿Lo vió en su mano?

—No muy bien. Estaba demasiado lejos para verle con tanto detalle. Señor, estoy tratando de decir la verdad de todo lo que vi…

—Está bien, ¿qué hizo después con el cuchillo? ¿Lo dejó caer? ¿Qué pasó?

—No lo noté, señor. Le juro que no. Le estaba mirando con atención y parecía que algo pasaba frente a él.

—¿Es posible que haya arrojado el cuchillo lejos?

—Es posible. No lo sé.

—¿Lo hubiera visto usted si él lo hubiese arrojado?

Knowles pensó un momento.

—Eso depende del tamaño del cuchillo —contestó al fin. Se irguió un poco y prosiguió—: Lo siento, señor. Si usted no me cree, ¿puedo retirarme?

—¡Oh, maldición, no se trata, de eso! —dijo Eliot—. Sólo quiero que me aclare una cosa por ahora. Si es que dominaba usted con la vista todo el jardín, ¿vió a alguien más al mismo tiempo en que ocurrió el… ataque?

—¿En el momento en que ocurrió? No, señor. Pero, inmediatamente después había una cantidad de personas en el jardín. Pero antes, en el

momento del… ¡Perdone usted, señor, sí, había! Alguien estaba allí cuando eso ocurrió. ¡Yo le vi! ¿Recuerda usted que dije que oí un ruido debajo mío cerca de las ventanas de la biblioteca?

—Sí. ¿Y bien?

—Miré hacia abajo. Eso fué lo que llamó mi atención. Había un caballero mirando hacia la biblioteca. Le pude ver muy claramente a la luz que salía por las ventanas.

—¿Quién era?

—El nuevo caballero, señor. El verdadero señor Johnny. El que ahora se llama Patrick Gore.

Sobrevino un momento de silencio.

Eliot dejó el lápiz sobre la mesa y miró al doctor Fell. Este no se había movido. Hubiera parecido completamente dormido si uno de sus ojos no estuviera abierto.

—¿Le he entendido bien? —preguntó Eliot—. En el momento mismo del ataque o suicidio, o lo que sea, el señor Patrick Gore estaba frente a las ventanas de la biblioteca, ¿no es así?

—Sí, señor. Estaba un poco hacia la izquierda. Por eso es que pude verle la cara.

—¿Juraría usted eso?

—Sí, señor, por supuesto —respondió Knowles con dignidad.

—¿Eso fué en el momento mismo que se oyeron todos esos ruidos y el chapoteo?

—Sí, señor.

Eliot asintió con expresión distraída y revisó varias páginas de su libreta de notas.

—Le leeré parte de la declaración del señor Gore con respecto a ese mismo momento. Escuche: *Estuve en el parque delantero, fumando. Luego me dirigí a la parte sur de la casa y hacia este jardín. No oí ningún ruido, excepto el chapoteo y muy débilmente. Creo que lo oí en el momento en que daba la vuelta a la casa*. Sigue diciendo que estuvo luego en los senderos que limitan el jardín… Ahora usted nos dice que él estuvo frente a las ventanas de la biblioteca cuando se oyeron los ruidos. Su declaración contradice a la de usted.

—No tengo la culpa de lo que él haya dicho, señor —replicó Knowles—. Lo siento, pero no puedo. Acabo de decirle la verdad.

—Pero, ¿qué hizo él después que usted vió a *sir* John caer dentro del estanque?

—No sabría decirle, señor. Yo seguí mirando hacia el estanque.

Eliot vaciló un momento, murmurando entre dientes, y luego miró al doctor.

—¿Quiere usted formularle alguna pregunta, doctor?

—Sí —respondió el aludido.

Se movió un poco, dirigiendo una sonrisa a Madeline, quien le correspondió con otra.

—Hay varias cosas poco claras con respecto a su teoría, señor —dijo, dirigiéndose a Knowles—. Entre ellas, si es que Patrick Gore es el verdadero heredero, está la de: ¿quién robó el "Thumbograph" y por qué? Pero consideraremos el caso de suicidio versus asesinato. *Sir* John Farnleigh… es decir, el muerto, usaba siempre su mano derecha, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿A usted le pareció que él tenía el cuchillo en su mano derecha, cuando se suicidó?

—¡Oh, sí, señor!

—¡Hum! Sí. Ahora bien, quisiera que me dijese usted qué hizo con las manos después de que se las llevó al cuello. ¡No importa el cuchillo! Admitimos que usted no lo vió bien. Sólo díganos qué hizo con las manos.

—Bien, señor, se las llevó a la garganta… así —dijo Knowles, ilustrando sus palabras—. Luego se movió un poco, y luego las levantó sobre la cabeza y hacia arriba, así —Knowles hizo un ademán extendiendo sus brazos hacia arriba—. Eso ocurrió un segundo antes de que cayera al estanque y comenzara a retorcerse allí.

—¿No cruzó los brazos? ¿Simplemente los levantó y los apartó hacia cada lado? ¿Es así?

—Así es, señor.

El doctor Fell se puso en pie y tomó el cortaplumas, mostrándoselo a Knowles.

—El caso es éste —arguyó—. Farnleigh tiene el cuchillo en su mano

derecha, suponiendo que se trate de un suicidio. No hace otro ademán que extender los brazos hacia arriba y a los costados. Aun si hubiera sostenido el cuchillo con ambas manos, su derecha lo estaría empuñando. El cuchillo vuela de su mano derecha en el momento en que la extiende hacia un costado. ¡Excelente! ¡Bien! Pero, ¿quiere alguien explicarme cómo diablos ese cuchillo altero su vuelo en el aire, pasó por sobre el estanque, y cayó dentro de un seto que se halla a unos tres metros hacia la *izquierda*? Y todo esto, tengan en cuenta, después que se había infligido no una, sino tres heridas fatales. No cuela, no, no.

Sin darse cuenta de que tenía el cuchillo en la mano casi al lado de la cara de Madeline, el doctor Fell lo miró frunciendo el ceño. Luego dirigió su vista al mayordomo.

—Por otra parte, ¿cómo podernos dudar de la buena vista de este señor? Él dice que Farleigh se hallaba solo cerca del estanque, y tenemos confirmación para eso. Nathaniel Burrows admite que estaba solo el muerto. *Lady* Farnleigh, que salió a la terraza inmediatamente después de chapoteo, no vió a nadie cerca del estanque. Tendremos que escoger. Por una parte tenemos este suicidio algo increíble; pero por otra, por desgracia, tenemos un asesinato más que increíble. ¿Quiere alguien darme alguna idea?

Capítulo IX

El doctor Fell había estado hablando consigo mismo. No esperaba una respuesta, ni la recibió. Durante un momento permaneció callado e inmóvil. Pareció despertar cuando Knowles se aventuró a formularle una pregunta.

—Perdone usted, señor, ¿es ése el…? —señaló hacia el cortaplumas.

—Así lo creemos. Se halló en un seto a la izquierda del estanque. ¿Lo vió usted antes?

—No, señor.

—¿Y usted, señorita Dane?

Madeline sacudió la cabeza, negando. Luego se adelantó un poco.

—Temo que no tengo derecho a estar aquí en absoluto —dijo Madeline —. Pero algo tengo que decirles —se volvió hacia Knowles—. ¿Tendría inconveniente en esperarme en el auto?

Knowles saludó a todos y se retiró.

—Sí —dijo el doctor Fell, tomando asiento—. Era usted a quien quería yo formular algunas preguntas, señorita Dane. ¿Qué piensa usted de lo que nos dijo Knowles? Me refiero al verdadero heredero.

—Sólo que es mucho más difícil de lo que ustedes piensan.

—¿Cree usted en lo que él dice?

—¡Oh, sí! Él es completamente sincero; eso ya lo habrán visto ustedes. Pero es un hombre viejo. Y, de los chicos de la aldea, quería especialmente a Molly y a John Farnleigh. Cuando pasó todo esto, no se aventuró a decir nada Molly, de modo que vino a verme.

—Todos vienen a pedirme consejo. Y yo trato de ayudarles en lo que puedo.

El doctor Fell frunció las cejas.

—Sin embargo, pensaba…; hum…, ¿conocía usted a John Farnleigh bien en aquella época? Tengo entendido —sonrió— que hubo una especie de romance juvenil entre ustedes dos.

La joven hizo una mueca.

—Me recuerda usted que he pasado mi juventud. Tengo treinta y cinco años, más o menos. No, nunca hubo nada entre los dos. No le interesaba a él. Me… me besó una o dos veces, en la huerta y en el bosque; pero solía decir que yo no era lo bastante grande como para él.

—¿Pero usted nunca se casó?

—¡Oh, eso es injusto! —gritó Madeline, sonrojándose y riendo luego—. Habla usted como si fuera una vieja solterona.

—Señorita Dane —la interrumpió el doctor con retumbante solemnidad —. No es así. No me extrañaría que sus pretendientes se pararan en su puerta, extendiéndose como la gran muralla de China…; hum…, dejemos eso…

—Si cree usted que yo sentí una pasión romántica por John Farnleigh en aquellos años, temo que está muy equivocado —dijo Madeline—. Siempre le temí un poco, y no estoy muy segura de que me gustara… entonces.

—¿Entonces?

—Sí. Me gustó después, pero solamente me gustó.

—Señorita Dane —dijo el doctor, moviendo la cabeza de un lado a otro —, algo me dice que usted quiere darme a entender algo. Todavía no me ha contestado mí pregunta. ¿Cree usted que Farnleigh era un impostor?

Ella hizo una mueca.

—Doctor Fell, no trato de parecer misteriosa. Le aseguro que no, y creo que puedo decirle algo. Pero, antes de hacerlo, ¿quiere usted decirme qué ocurrió en el Close anoche? Quiero decir, antes de que ocurriera eso tan horrible. Me refiero a lo que se hizo y dijo mientras los dos, litigantes afirmaban ser el verdadero Farnleigh.

Page le contó todo. Madeline asintió varias veces durante el relato.

—Dígame, Brian, ¿qué fué lo que más le llamó la atención durante toda la entrevista?

—La completa seguridad de ambos demandantes —dijo Page—. Farnleigh vaciló una o dos veces, pero en cosas que parecían ser insignificantes; cuando se mencionó alguna prueba de importancia, él se mostró ansioso por que se hiciera. Sólo una vez le vi sonreír y parecer aliviado. Fué cuando Gore le acusó de intentar asesinarlo con un mazo de marino a bordo del *Titanic*.

—Una cosa más, por favor —pidió Madeline—. ¿Dijo alguno de ellos algo respecto al muñeco?

Sobrevino una pausa. El doctor Fell, el inspector Eliot y Brian Page se miraron asombrados.

—¿El muñeco? —preguntó Eliot, aclarándose la garganta—. ¿Qué muñeco?

—¿O respecto a traerlo a la vida? ¿O algo respecto al "Libro"? —Entonces pareció que una máscara le cubría el rostro—. Lo siento. No debí haber mencionado eso; sólo que pensé que sería lo primero que mencionarían. Por favor, no lo tomen en cuenta.

Una expresión de placer se reflejó en el rostro del doctor Fell.

—Mi querida señorita Dane —dijo—, pide usted un milagro. Pide usted un milagro mayor que cualquiera que pueda haber ocurrido en ese jardín. Piense usted en lo que nos pide. Menciona cierto muñeco, o la posibilidad de que se le diera vida, y algo que llama usted el "Libro", todo lo cual tiene, posiblemente, algo que ver con este misterio. Admite usted que es lo primero que debió haber sido mencionado. Y luego nos pide que no lo tomemos en cuenta. ¿Cree usted que la curiosidad de un ser humano ordinario…?

Madeline adoptó una expresión obstinada.

—Pero no debió usted haberme preguntado nada al respecto —protestó —. No es que sepa nada, en realidad. Debió usted haberles preguntado a ellos.

—El "Libro" —musitó el doctor—. ¿Se refiere usted al "Libro Rojo de Appin"?

—Sí, creo que se llamaba así. No es un libro, en realidad, sino un manuscrito, según me dijo John en cierta oportunidad.

—Espere un momento —intervino Page—. Murray hizo esa pregunta y ambos escribieron las respuestas en un papel. Gore me dijo después que era una trampa de Murray, y que no existía ningún "Libro Rojo de Appin". Si existe tal cosa, eso prueba que Gore es un impostor, ¿no es verdad?

El doctor. Fell pareció a punto de hablar con cierta agitación, pero dejó escapar un suspiro y se contuvo.

—Quisiera saberlo —comentó Eliot—. Nunca creí que dos personas podían causar tanta confusión y duda. Una vez está uno seguro que uno de

ellos es el verdadero, y luego se cambia de opinión. Y, como dice el doctor, no podremos adelantar mucho hasta que no comprobemos eso. Espero, señorita Dane, que no tratará usted de eludir la respuesta. Todavía no nos ha contestado. ¿Cree usted que el difunto Farnleigh era un impostor?

—No puedo decirlo —dijo ella—. *No puedo*. Por lo menos hasta que haya visto a Molly.

—Pero, ¿qué tiene que ver *lady* Farnleigh con nosotros?

—Sólo que él… me contó algunas cosas. Cosas que no le confió ni siquiera a ella. ¡Oh, por favor, no se muestren escandalizados! Ni crean todas las habladurías que puedan haber oído. Pero primero debo decírselo a Molly. Ella creía en él. Es claro que Molly sólo tenía siete años cuando él partió. Todo lo que ella recordaba vagamente era a un muchacho que la llevó a un campamento de gitanos, en el que le enseñaron a cabalgar y arrojar piedras mejor que un hombre. Además, cualquier disputa con respecto a las propiedades o el nombre de Farnleigh no la molestarían en absoluto. El doctor Bishop murió dejándole casi medio millón de libras. También a veces me pareció que no le gustaba mucho ser la dueña de aquella casa; parece que no le importan las responsabilidades de esa clase. No se casó por su posición o su dinero, y realmente no le importaría que su nombre fuera Gore o Farnleigh o cualquier otro. De modo que, ¿qué motivo tenía él para decirle nada?

Eliot pareció un poco aturdido, y tenía razones para estarlo.

—Un momento, señorita Dane —dijo—. ¿Qué está usted tratando de decirnos? ¿Era o no era un impostor?

—¡Pero, no lo sé! ¡No sé si lo era o no!

—La extraordinaria falta de información con la que nos enfrentamos procede de todos lados y colma el vaso —comentó el doctor con pena—. Bien, dejemos eso por el momento. Pero en una cosa insisto en que se satisfaga mi curiosidad. ¿Qué es eso que dijo respecto a un muñeco?

Madeline pareció vacilar.

No sé si todavía lo tienen —respondió al fin, mirando hacia la ventana—. El padre de Johnny lo guardaba bajo llave en el desván, junto con los… libros que no le gustaban. Los antiguos Farnleigh eran mala gente, y *sir* Dudley temía siempre que John siguiera el mismo camino que ellos. Aunque parece

que nada había de malo o desagradable en su figura.

”Yo…, yo sólo lo vi una vez. John le robó la llave a su padre y me llevó por esas escaleras para que lo viera. Dijo que la puerta no se había abierto durante generaciones. Se decía que cuando nuevo, la figura era tan real y hermosa como una verdadera mujer, sentada sobre una especie de cajón almohadillado y luciendo ropas de la época de la Restauración. Pero cuando yo la vi, era vieja y negra y parecía consumida, y me asustó horriblemente. Supongo que no la habían tocado por más de cien años. Pero no sé cuál era la historia que hacía que la gente la temiera”.

Algo en su voz inquietó a Page, porque no podía comprender el motivo. Nunca había oído hablar así a Madeline. Y nunca había oído hablar de esa “figura” o “muñeco”.

—Debe haber sido algo muy ingenioso —explicó Madeline—; sin embargo, no puedo entender por qué había algo de malo en ella. ¿Oyeron hablar alguna vez del jugador de ajedrez automático de Kempelen y de Maelzel, o de “Psycho” el jugador de cartas mecánico?

Eliot sacudió la cabeza; el doctor Fell pareció muy interesado.

—Esos a los que usted se refiere eran autómatas de tamaño natural que tuvieron intrigada a toda Europa durante doscientos años. ¿No oyeron hablar nunca del clavicordio, exhibido ante Luis XIV, que tocaba solo? ¿O del muñeco inventado por Kempelen, exhibido por Maelzel, que fué de propiedad de Napoleón, y se perdió más tarde durante el incendio del museo de Filadelfia? Para todos los fines prácticos, el autómata de Maelzel estaba vivo. Jugaba ajedrez con los jugadores, y por lo general ganaba las partidas. Se han dado varias explicaciones con respecto a la forma en que funcionaba. Poe escribió una; pero para mí todavía no se explicado satisfactoriamente. Actualmente se exhibe a “Psycho” en el museo de Londres. ¿Dice usted que hay uno en Farnleigh Close?

—Sí. Por eso es que pensé que el señor Murray hubiera preguntado por él —dijo Madeline—. Como le dije, no conozco su historia. El autómata sé exhibió en Inglaterra durante el reinado de Carlos II, y fué comprado por un Farnleigh de aquella época. No sé si jugaba naipes o ajedrez, pero se movía y hablaba. Como le decía, cuando lo vi era viejo y estaba negro y en malas condiciones.

—¿Y el asunto ese de…, hum…, traerlo a la vida?

—Eso no era más que una tontería que John solía decir cuando era un chiquillo. No hablaba en serio al respecto. Sólo quería saber qué era lo que recordaba él de los tiempos pasados. El cuarto donde guardaban el autómata estaba lleno de libros perniciosos, y eso era lo que atraía a John. El secreto de hacerlo funcionar había sido olvidado.

En ese momento sonó la campanilla del teléfono. Page lo atendió. Era Burrows quien hablaba.

—¡Por amor de Dios! —decía el procurador—. Venga al Close en seguida y traiga con usted al inspector Eliot y al doctor Fell.

—¡Tenga calma! —le contestó Page—. ¿Qué pasa?

—Por una parte, hemos encontrado el "Thumbograph"…

—¿Qué? ¿Dónde?

Todos le miraban.

—Una de las mucamas, Betty, ¿la conoce usted?… Burrows vaciló.

—Sí, prosiga.

—Betty desapareció y nadie supo qué había sido de ella. La buscaron por todas partes, es decir, la buscaron por donde creyeron que la podrían encontrar. Toda la casa estaba desorganizada, pues Knowles tampoco estaba. Finalmente, la doncella de Molly la halló en el Cuarto Verde, en el que Betty no tenía ningún motivo de estar. La chica estaba tirada en el suelo, con el "Thumbograph" en las manos. Pero eso no es todo. Tenía un color tan raro y respiraba tan mal, que llamamos al doctor. El viejo King está preocupado. Betty todavía no ha recobrado el conocimiento, y no podrá decirnos nada por algún tiempo. King dice que no está herida físicamente y que no le cabe ninguna duda con respecto a lo que causó el estado en que se encuentra.

—¿Y bien?

De nuevo vaciló Burrows.

—El miedo —dijo al fin.

CAPÍTULO X

En la biblioteca de Farnleigh Close, Patrick Gore estaba sentado en el alféizar de la ventana y fumaba un cigarro. Cerca de él se hallaban Burrows, Welkyn y Kennet Murray. El inspector Eliot, el doctor Fell y Brian Page estaban sentados a la mesa.

Al llegar al Close habían hallado la casa atemorizada y en completo estado de desorden. El grupo de sirvientes al que interrogó Eliot no sabía nada. La mucama Betty había desaparecido desde la comida del mediodía. Cuando llegó el momento en que debía lavar las ventanas, la fueron a buscar y no se la halló hasta las cuatro de la tarde. Estaba en el Cuarto Verde, tirada en el suelo y con un libro en la mano. Se había llamado al doctor King, de Mallingford, y todos estaban preocupados por el estado de la joven. El doctor estaba todavía encerrado con su paciente.

La llegada de Knowles había apaciguado a la servidumbre y la de Madeline tendría buen efecto en Molly Farnleigh. Page había acompañado a Madeline a la salita, mientras los hombres se miraban unos a otros. Patrick Gore y Madeline no fueron presentados, Madeline pasó frente a él en compañía de Molly; ella y el demandante se miraron, y Page creyó ver una expresión de regocijo o reconocimiento en los ojos de Gore, pero ninguno de los dos habló.

Y fué Gore quien explicó lo ocurrido al inspector, cuando se reunieron en la biblioteca, y poco antes de que el doctor Fell arrojara una granada de terrible poder explosivo.

—No le servirá de nada, inspector —dijo, encendiendo de nuevo su cigarro—. Usted formuló las mismas preguntas esta mañana, y esta vez le aseguro que no le valdrá de nada. Cuando me preguntó, le respondí que no sé dónde, estaba en ese momento. Todos estábamos aquí. Usted nos ordenó qué nos quedáramos aquí. Pero puede usted estar seguro de que no buscábamos la compañía de ningún otro, y no tenemos la más remota idea de la hora en que

le ocurrió algo a la joven.

—Oiga usted —dijo el doctor Fell bruscamente—, una parte de esto debe ser finiquitada.

—Espero que usted pueda finiquitarla, amigo —respondió Gore, quien parecía haber simpatizado sinceramente con el doctor—. Pero, inspector, ya tiene usted nuestras declaraciones. Hemos pasado por lo mismo y…

El inspector Eliot se mostró alegre.

—Eso es verdad, señor —dijo—. Y, si es necesario, repetiremos el procedimiento.

—¡Caramba!… —intervino Welkyn.

El demandante tomó asiento de nuevo.

—Pero, si está usted tan interesado en los viajes de ese “Thumbograph”, ¿por qué no prestar un poco de atención a lo que tiene adentro? —Miró al viejo libro gris, que ahora estaba sobre la mesa—. ¿Por qué no definir el asunto en seguida? ¿Por qué no deciden ustedes, entre el muerto y yo, cuál es el verdadero heredero?

—¡Oh! Yo se lo puedo decir —contestó el doctor afablemente.

Se hizo un silencio profundo. Kennet Murray se quitó la mano de sobre los ojos, y comenzó a acariciarse la barba.

—¿Sí, doctor? —dijo.

—Además —continuó el doctor Fell, golpeando con los dedos el libro—, no vale la pena consultar este “Thumbograph”. Es falso. No, no, no quiero decir que no tienen ustedes pruebas. Solamente digo que este “Thumbograph”, el que fué robado, es falso. El señor Gore afirmó anoche que usted tenía varios “Thumbograph” —sonrió a Murray—. Muchacho, sigue usted teniendo la afición al melodrama que tenía en su juventud, cosa que me alegra. Usted se figuró que habría algún intento de robar el “Thumbograph”, de modo que vino anoche a la casa equipado con dos de ellos…

—¿Es verdad eso? —inquirió Gore.

Murray pareció estar al mismo tiempo complacido y amoscado; pero asintió.

—… Y —prosiguió el doctor Fell— el que mostró usted a esta gente en la biblioteca era apócrifo. Por eso es que tardó tanto en comenzar la

comparación, ¿eh? Después que despidió a todos de la biblioteca, tenía que sacar el verdadero "Thumbograph", de su bolsillo y guardar el falso. Pero ellos habían dicho que le estarían vigilando. Y, con todas las ventanas que tiene la habitación, temió usted que alguien le viera y creyese que había mala fe. De modo que, para asegurarse de que nadie le observaba…

—Me vi finalmente obligado —le interrumpió Murray con gravedad— a meterme en ese armario para hacerlo —señaló un viejo armario de libros embutido en la pared en la que estaban las ventanas.

El inspector no dijo nada. Después de mirar a todos, comenzó a escribir en su libro de notas.

—¡Hum! Sí. Se demoró —dijo el doctor Fell—. El señor Page, al pasar frente a las ventanas, poco antes del asesinato, le vió a usted que recién "abría" el "Thumbograph". De modo que apenas habrá tenido tiempo para trabajar…

—Tres o cuatro minutos —le dijo Murray.

—Muy bien. Apenas tuvo tiempo de comparar las impresiones digitales antes de que se produjera la alarma —el doctor Fell pareció apesadumbrado —. Mi querido joven Murray, usted no es un simple. Una alarma así podía ser una treta, especialmente una treta que hubiera despertado sus sospechas. Nunca hubiera salido usted dejando el "Thumbograph", abierto e incitante, sobre la mesa. No pude creerlo cuando me lo dijeron. No, no, no. El verdadero fué a su bolsillo, y sacó usted el falso. ¿Eh?

—Así es —contestó Murray.

—Por lo tanto, decidió usted callar y aplicar sus facultades detectivescas cuando robaron el libro. Probablemente ha estado toda la noche escribiendo un informe respecto a las impresiones digitales, con el verdadero "Thumbograph" frente a usted, junto con su declaración de que el verdadero heredero…

—¿El verdadero heredero quién es? —preguntó tranquilamente Patrick Gore.

—Es *usted*, por supuesto —gruñó el doctor Fell.

Miró a Murray.

—¡Maldición! —agregó con tono plañidero—, ¡usted debe haberlo sabido! Él era su alumno. Yo me di cuenta en cuanto él abrió la boca…

El demandante, que se había puesto en pie, volvió a sentarse con cierta torpeza. Su rostro reflejaba su placer.

—Doctor Fell, le agradezco —dijo, llevándose la mano al corazón—. Pero debo agregar que usted no me ha formulado una sola pregunta.

—Oigan todos —dijo el doctor—. Ustedes tuvieron oportunidad de escucharle anoche. Mírenle ahora. Escúchenle. ¿No les recuerda a alguien? No me refiero a su apariencia, me refiero a su forma de hablar, a sus ideas y la manera de expresarse. Bien, ¿a quién les recuerda? ¿Eh?

Al fin se hizo la luz en el cerebro de Page.

—A Murray —replicó Page, en medio del silencio.

—A Murray. La acertó en una sola respuesta. Nublado por el tiempo, por supuesto; un poco fuera de carácter, pero inconfundible. A Murray, que le tuvo a su cargo durante los años más impresionables de su vida, y fué la única influencia que dió forma a su carácter. Escuchen sus frases. Es sólo superficial, lo reconozco; no se parecen más en su naturaleza de lo que yo me parezco a Eliot o a Burrows; pero el eco permanece vivo. Les diré que la única pregunta importante que Murray formuló anoche fué la de qué libros eran los que gustaron más a Johnny Farnleigh y cuáles fueron los que más le desagradaron. Ningún impostor hubierase atrevido a responder a esa pregunta con la seguridad que lo hizo usted ante la persona a quien había confiado su alma años atrás. En un caso así, los hechos son insignificantes. Cualquiera puede enterarse de ellos. Murray, será mejor que desembuche y nos diga la verdad. Está muy bien jugar al detective, pero esto ya ha pasado de los límites.

Murray fruncía el ceño. Parecía un poco avergonzado. Algo tenía que discutir.

—Le aseguro que los hechos no son insignificantes —dijo.

—Yo le digo —rugió el doctor Fell— que los hechos son… —se dominó —. ¡Hum! Bien. No, quizá no. ¿Pero tengo razón o no?

—Él no reconoció el “Libro Rojo de Appin”. Escribió que no existía tal cosa.

—Ese libro; lo conoció como manuscrito. ¡Oh, no soy un campeón! Sólo quiero establecer algo. Y repito: ¿Tengo razón?

—Maldito sea usted, Fell, que arruina los placeres de uno —se quejó

Murray—. Sí, él es el verdadero Johnny Farnleigh. ¡Hola, Johnny!

—Hola —le contestó Gore. Y por primera vez, desde que Page le conociera, su rostro perdió algo de su dureza.

Tanto Gore como Murray tenían los ojos fijos en el suelo, pero ambos parecían divertidos. Fué la voz de Welkyn la que se elevó ahora.

—¿Está usted dispuesto a probar eso, señor? —preguntó.

—Aquí se termina mi vacación —dijo Murray. Puso la mano en el bolsillo de su chaqueta y de nuevo se tornó austera la expresión de su rostro —. Sí. Aquí tiene usted. El "Thumbograph" y las impresiones, digitales, junto con la firma de John Newnham Farnleigh, de muchacho, y la fecha. En caso de que hubiera alguna duda con respecto a que no fuera éste el original, hice tomar fotografías y las deposité en manos del Comisionado de Policía de Hamilton. Dos cartas de John Farnleigh, dirigidas a mí en 1911.

—Muy bien, muy bien —dijo Welkyn.

Page miró a Burrows y notó que su rostro estaba pálido. Luego se dió cuenta de que Molly Farnleigh estaba en la habitación. Había entrado ella, en compañía de Madeline, sin que la viera nadie, y debió de haber oído todo. Todos se pusieron en pie.

—Dicen que usted es un hombre honrado —le dijo a Murray—. ¿Era justa la reclamación?

Murray se inclinó.

—Señora, lo siento mucho, pero así es.

—¿Era un impostor?

—Era un impostor que no podía haber engañado a nadie que le conociera verdaderamente.

—Y ahora —intervino Welkyn suavemente—, tal vez sería mejor que el señor Burrows y yo conversáramos a solas…, sin prejuicios, por supuesto…

—Un momento —contestó Burrows con la misma suavidad—. Esto es muy irregular, y puedo afirmar que no tengo ninguna prueba todavía. ¿Puedo examinar esos documentos? Gracias. *Lady* Farnleigh, quisiera conversar a solas con usted.

Molly tenía una expresión intrigada en sus ojos.

—Sí, eso sería lo mejor —admitió—. Madeline me ha estado contando algo.

Madeline le puso una mano sobre el brazo, pero Molly lo retiró con un pequeño sacudón. La ira parecía ahora oscurecer su rostro. Luego, entre Madeline y Burrows, Molly salió de la habitación.

—¡Dios! —exclamó Patrick Gore—. ¿Y ahora qué?

—Si lo toma usted con calma, y me escucha —dijo Eliot muy serio—, yo se lo diré. Tenemos un impostor que fué muerto de alguna forma cerca del estanque. Por qué o por quién, no lo sabemos. Tenemos a alguien que robó un "Thumbograph" que no valía nada —levantó el libro—… y lo devolvió más tarde. Posiblemente porque se dió cuenta de que no tenía ningún valor. Tenemos a la doncella, Betty, a quien nadie vió desde mediodía y que fué hallada a las cuatro de la tarde, medio muerta de miedo, en la habitación que está sobre esta biblioteca. Quién o qué la asustó, no lo sabemos, como tampoco sabemos cómo llegó a sus manos el "Thumbograph". A propósito, ¿dónde está ahora el doctor King?

—Creo que está todavía con la desgraciada Betty —respondió Gore—. ¿Qué más?

—Finalmente tenemos algunas pruebas nuevas —le dijo Eliot—. Como usted dice, ustedes han estado repitiendo pacientemente lo que me dijeron anoche. Ahora bien, señor Gore. En la declaración que hizo usted con respecto a sus movimientos durante el momento del asesinato, ¿nos decía usted la verdad? Piense usted antes de responder. Alguien contradice sus declaraciones.

—¿Contradice mis declaraciones? ¿Quién las contradice? —preguntó Gore, quitándose el cigarro de la boca.

—Eso no importa, si no tiene inconveniente. ¿Dónde estaba usted cuando oyó a la víctima caer dentro del estanque?

El otro lo contempló con regocijo.

—Supongo que tendrá usted un testigo. Estaba observando a Murray por la ventana. De pronto se me ocurre que no hay razón para que guarde ningún secreto. ¿Quién me vió?

—¿Se da cuenta, señor, de que, si lo que dice es verdad, tiene usted una coartada?

—En lo que concierne a las sospechas, sí.

—¿Puedo preguntar por qué no me lo dijo desde el principio?

—Sí, señor. Y al hacerlo puede preguntarme también qué vi por la ventana.

—No le entiendo.

Eliot siempre se cuidaba de ocultar su inteligencia. Algo de exasperación se mostró en el rostro de Gore.

—Desde el momento en que entré anoche en esta casa —dijo Gore—, sospeché que se haría alguna mala jugada. Este caballero entró —señaló a Murray, sin saber cómo tratarle—. Él me conocía. Yo me di cuenta de eso. Pero no dijo una sola palabra.

—¿Bien?

—¿Qué ocurrió? Vine hacia la casa, como lo descubrió usted, un minuto o dos antes del asesinato, miré aquí dentro, y vi a Murray sentado de espaldas a la ventana y sin moverse siquiera. Inmediatamente oí los ruidos que ya se han descripto tantas veces, y me alejé de la ventana, en dirección a la izquierda, y traté de ver lo que ocurría en el jardín. Pero no me acerqué. En ese, momento salió Burrows de la casa y corrió hacia el estanque. De modo que me retiré de nuevo de vuelta hacia las ventanas. Ya parecía que había cundido la alarma en el interior de la casa. Y esta vez, ¿qué vi? Vi a este distinguido y venerable caballero —de nuevo señaló a Murray— cuidadosamente cambiando los “Thumbograph” y guardando uno en su bolsillo…

Murray había estado escuchando con interés.

—¡Ajá! —exclamó—. ¿Creyó usted que trabajaba en contra suya?

—Naturalmente. Y, como de costumbre, lo dice usted con demasiada suavidad —replicó Gore—. De modo que no quise decir dónde había estado. Me reservé lo que había visto para usarlo en caso de que se me jugara una mala pasada.

—¿Tiene algo más que agregar?

—No, inspector, creo que no. El resto de lo que he dicho es verdad. Pero, ¿puedo preguntar quién me vió?

—Knowles estaba mirando desde la ventana del Cuarto Verde —respondió Eliot, y el otro comenzó a silbar entre dientes. Eliot se volvió hacia los otros—. ¿Alguno de ustedes ha visto esto antes?

Del bolsillo sacó un cortaplumas envuelto en papel.

Gore y Welkyn miraron, sin reconocer el cortaplumas; pero Murray se acercó interesado.

—¿Dónde lo hallaron? —preguntó Murray.

—Cerca del lugar del hecho. ¿Lo reconoce usted?

—Hum. ¿Comprobaron si tiene impresiones digitales? No. Es una pena —dijo Murray—. ¿Me permiten tocarlo, si lo manejo con cuidado? —miró a Gore—. ¿No acostumbraba usted, joven Johnny, a tener uno de éstos? ¿No se lo regalé yo? ¿No lo tuvo durante años?

—Seguramente que sí. Siempre llevo un cortaplumas encima —admitió Gore, metiendo la mano en el bolsillo y sacando un viejo cortaplumas—. Pero…

—Por una vez —intervino Welkyn— debo insistir en que me permita ejercer los derechos que usted mismo me ha concedido, señor. Esas preguntas son absurdas e impropias y, como su consejero legal, le aconsejo que no las responda.

—Pero, ¿qué tiene de malo la pregunta? —dijo Gore, intrigado—. Tuve un cortaplumas como ése. Lo perdí con el resto de mis ropas y efectos personales en el *Titanic*. Pero es absurdo suponer que sea ése…

Antes de que nadie pudiera impedírselo, Murray limpió con su pañuelo una parte de la hoja. En el acero pudieron verse varias letras, escritas con la punta de un alfiler, y formando la palabra: *Madeline*.

—Es el suyo, Johnny —dijo Murray, satisfecho—. Usted le puso ese nombre en la hoja en cierta oportunidad.

—Madeline —repitió Gore.

Abriendo la ventana a sus espaldas, arrojó el cigarro afuera. Page vió su rostro reflejado en los cristales, y le llamó la atención la expresión indescifrable que vió en él. Al volverse otra vez hacia los ocupantes de la habitación, Gore dijo:

—¿Pero qué hay del cortaplumas? ¿Insinúa usted que ese pobre hombre lo tuvo durante tantos años y finalmente se cortó la garganta con él? Parecen ustedes haber decidido que se trata de un asesinato, y sin embargo…, sin embargo…

Se golpeó la rodilla con la mano.

—Yo les diré de qué se trata, señores —dijo Eliot—: se trata de un

crimen absolutamente imposible.

Les contó en detalle la declaración de Knowles. El interés que demostraron, tanto Gore como Murray, contrastaba con el evidente disgusto de Welkyn. Cuando Eliot describió el hallazgo del arma, todos parecieron inquietarse.

—Solo, y sin embargo asesinado —comentó Gore, reflexivamente. Miró a Murray—. Maestro, éste es un asunto de los que le gustan a usted. Me parece que no le conozco. Quizá nos hemos separado demasiado; pero en los tiempos pasados usted hubiera llenado la cabeza del inspector con extrañas teorías y conclusiones…

—Ya no soy un tonto, Johnny.

—Sin embargo, oigamos su teoría. Cualquier teoría. Hasta ahora, es usted el único que ha guardado silencio respecto al asunto.

—Secundo esa moción —dijo el doctor Fell.

Murray se arrellanó en la silla y comenzó a mover la mano derecha.

—El ejercicio de la lógica pura —comenzó— se puede comparar a menudo a hacer una interminable operación aritmética y hallar al final que uno ha olvidado llevarse uno o multiplicar por dos. Por lo tanto, no diré que lo que sigue es lógica pura. Hago una sugestión… ¿Sabe usted, inspector, que la investigación preliminar seguramente llamará a éste un caso de suicidio?

—No puedo decir eso, señor. No es necesario —declaró Eliot—. Se robó un “Thumbograph” y luego se devolvió; una joven ha sido atemorizada terriblemente…

—Usted sabe, tan bien como yo —dijo Murray—, qué veredicto dará el jurado de la investigación. Es remotamente posible que la víctima se haya matado a sí misma y luego arrojado el cuchillo; es imposible que lo hayan asesinado. Pero yo supongo que esto es un asesinato.

—Ajá, ajá —exclamó el doctor Fell, restregándose las manos—. ¿Y la sugestión?

—Suponiendo que se trate de un asesinato —dijo Murray—, sugiero que la víctima no fué muerta con ese cuchillo. Más bien parece que las marcas de su garganta se parecen más a colmillos o garras.

CAPÍTULO XI

—¿Garras? —repitió Eliot.

—El término fué usado como ilustración —dijo Murray—. No me refiero a verdaderas garras. ¿Quieren que les explique mi idea?

—Usted dirá —le contestó Eliot sonriendo—. Ya se sorprenderá usted de todo lo que hay que discutir.

—Suponiendo que sea un asesinato, y suponiendo que fuera ésta el arma usada —dijo Murray—, hay algo que me preocupa mucho. ¿*Por qué el asesino no arrojó al estanque el cuchillo una vez consumado el hecho*?

El inspector seguía mirándole en forma inquisitiva.

—Considere usted las circunstancias. El asesino tenía el… Bueno, le llamaremos escenario perfecto para un suicidio. Si hubiera arrojado el arma al estanque, nadie hubiese dudado luego de que se trataba de un suicidio. Este hombre, un impostor, estaba por ser desenmascarado; ése hubiera sido su camino para huir de las consecuencias. Aun como están las cosas, es dificultoso creer que no fué un suicidio. Con el cuchillo en el estanque, hubiera sido un caso clarísimo. Hasta las impresiones digitales hubieran sido borradas por el agua.

»Ahora bien, caballeros, no podrán decirme que el asesino *no quería* que esto pareciera un suicidio. No podrán decirme que ése no es el mejor escape para los asesinos. ¿Por qué no se arrojó el cuchillo al estanque? El cortaplumas no culpa a nadie…, excepto al muerto; otra indicación de suicidio y probablemente la razón de que el asesino la eligiera. Empero, el asesino se lleva el arma y la arroja en el interior de un seto situado a tres metros del estanque».

—¿Lo que prueba…? —dijo Eliot.

—Lo que no prueba nada —dijo Murray, levantando un dedo—. Pero sugiere muchas cosas. Ahora considere usted esa conducta en relación con el crimen. ¿Cree usted en la declaración de Knowles?

—Está usted diciendo sus teorías, señor.

—No, ésa es una pregunta correcta —le contestó Murray—. Así no llegaremos a ninguna parte.

—La declaración de Knowles está ratificada por… evidencia que la confirma. Por continuar el argumento diremos que yo creo en que él dice la verdad. ¿Qué ocurre entonces?

—Pues ocurre que Knowles no vió nada, porque no había nada que ver. Eso no puede ser puesto en tela de juicio. Este hombre está solo, en medio de un círculo de arena. Por lo tanto, ningún asesino se le acercó. Y por lo tanto, el asesino no usó ese cortaplumas manchado de sangre; y, en realidad, ese cuchillo fué puesto en el seto después para que creyeran ustedes que fué usado para cometer el crimen. Ya que el cuchillo no puede haber aparecido de la nada, es evidente que no fué usado en absoluto. ¿Es claro ese argumento?

—No del todo —objetó el inspector—. ¿Dice usted que se usó otra arma? Entonces fué otra cosa la que apareció de la nada y luego se desvaneció en el aire. No, señor. No puedo creer eso. Eso es peor que creer en el cuchillo.

—Apelo al doctor Fell —dijo Murray, algo amoscado—. ¿Qué dice usted, doctor?

—Me quedo con el cuchillo —contestó el doctor—. Además, había algo que se movía por el jardín; algo endiablado, si se me permite el término. Oiga usted, inspector. Usted tomó las declaraciones. Pero, ¿le molestará si les echo una ojeada? Me gustaría hacerle algunas preguntas al señor Welkyn.

—¿Me hablaba usted a mí, señor? —preguntó el aludido.

—Le estaba diciendo al inspector, no hace mucho —respondió el doctor Fell—, que su nombre me parecía conocido. Ahora lo recuerdo. ¿Tiene usted un interés general por lo oculto? ¿O es usted un coleccionista de clientes raros? Me imagino que habrá coleccionado a nuestro amigo —señaló a Gore — de la misma forma que coleccionó a ese egipcio, no hace mucho.

—¿Egipcio? —preguntó Eliot.

—¡Piense! Ya recordará el caso de Ledwige versus Ahriman, ante el juez Rankin. Se trataba de calumnias. El señor Welkyn era el defensor.

—¿Se refiere usted a ese vidente, o lo que fuera?

—Sí —respondió el doctor Fell complacido—. Era un individuo

pequeñito; poco más que un enano. Leía el porvenir, o así lo afirmaba. Estuvo de moda en Londres, y todas las mujeres iban a consultarlo. Por supuesto que podría haber sido condenado, de acuerdo con la Ley contra la Brujería, que todavía está en vigencia…

—¡Una ley infame, señor! —declaró Welkyn, golpeando sobre la mesa…

—… Pero fué un asunto de calumnia, y la ingeniosa defensa del señor Welkyn logró salvarle. Además, tenemos que madama Duquesne, la médium, que fué acusada de homicidio porque uno de sus clientes murió de miedo en su casa. En ese caso también fué el señor Welkyn el defensor. Hubo otro caso más: el de una joven rubia, muy guapa. Las acusaciones contra ella nunca progresaron, porque el señor Welkyn…

Patrick Gore miraba a su procurador con interés.

—¿Es verdad eso? —preguntó—. Créanme, señores, que yo no lo sabía.

—Es verdad, ¿eh? —dijo el doctor Fell—. ¿Es usted el mismo?

—Por supuesto que es verdad —respondió Welkyn—. ¿Y qué hay con eso? ¿Qué tiene que ver con el caso presente?

—Verá usted, señor Welkyn —dijo el doctor Fell con su voz de trueno—, tenía otra razón para preguntárselo. Usted fué el único que vió u oyó algo extraño anoche en el jardín. ¿Quiere usted leer esa parte de la declaración del señor Welkyn, inspector?

Eliot asintió, y comenzó a leer:

“También oí cierto ruido de hojas removidas en los setos, y me pareció ver algo que me miraba a través de uno de los paneles de la puerta; uno de los paneles más cercanos al suelo. Temí que hubieran ocurrido ciertas cosas que no eran asunto mío”.

—Exactamente —dijo el doctor Fell, y cerró los ojos.

Eliot se inclinó un poco hacia adelante y dijo, dirigiéndose a Welkyn:

—Muy bien, señor, no quise preguntarle demasiado esta mañana, hasta que… supiéramos algo más. ¿Qué significa esta declaración?

—Lo que dice.

—Usted estaba en el comedor, a sólo cinco metros más o menos del estanque; empero, no abrió ninguna de esas puertas para mirar afuera. Ni siquiera cuando oyó los ruidos que nos ha descripto.

—No.

—“Temí que hubieran ocurrido ciertas cosas que no eran asunto mío” —leyó Eliot—. ¿Se refiere esto al asesinato? ¿Creyó usted que se estaba cometiendo un asesinato?

—No, ciertamente que no —respondió Welkyn algo agitado—. Y no lo creo tampoco ahora. Inspector, ¿está usted loco? Le presentan claras pruebas de un suicidio, y todo lo que usted hace es buscar otra cosa…

—¿Creyó entonces que se estaba cometiendo un suicidio anoche?

—No, no tenía ningún motivo para sospecharlo.

—Entonces, ¿a qué se refería usted? —preguntó Eliot.

El rostro de Welkyn no traicionó sus emociones. No replicó a la pregunta.

—Trataré de preguntárselo de otra forma, señor Welkyn: ¿cree usted en lo sobrenatural?

—Sí —respondió Welkyn, brevemente.

—¿Cree usted que alguien estaba tratando de producir fenómenos sobrenaturales en esta casa?

Welkyn le miró.

—¿Y usted, de Scotland Yard? ¿*Usted* dice eso?

—¡Oh, no es tan malo como eso! —respondió Eliot—. Dije *tratando*, y hay varias formas de hacer eso. Créame, señor, es posible que ocurran cosas raras en esta casa. Vine aquí porque habían asesinado a la señorita Daly; y es posible que haya algo más detrás de ese asesinato, aparte del robo. De todos modos, yo no fui el que sugirió que hubiera nada sobrenatural aquí. Fué usted.

—¿Yo?

—Sí: “Me pareció ver que algo me miraba a través de uno de los paneles de la puerta; uno de los paneles más cercanos al suelo”. Usted dice *algo*. ¿Por qué no dijo *alguien*?

Las gotas de transpiración aparecieron en la frente de Welkyn. Esa fué su única señal de agitación.

—No conocí quién era. Si hubiese reconocido a la persona, hubiera dicho *alguien*. Solamente trataba de ser justo en mis declaraciones.

—¿Fué una persona, entonces? ¿Un *alguien*?

El otro asintió.

—Pero, para poder mirarle a usted a través de los paneles más bajos, esa

persona debió haber estado agachado o tirado en el suelo.

—No del todo.

—¿No del todo? ¿Qué quiere decir con eso, señor?

—Se movía rápidamente… y a saltos. Apenas si puedo expresar lo que quiero decir.

—¿No puede describirlo?

—No. Sólo recibí la impresión de que estaba muerto.

El horror invadió la mente de Page. Welkyn sacó un pañuelo y se enjugó la frente.

—Un momento, inspector —dijo, antes de que Eliot pudiera hablar—. He tratado de decirle con toda sinceridad lo que vi y sentí. Usted me pregunta si yo creo en… esas cosas. Le digo que sí. Francamente, le aseguro que no iría a ese jardín después de la oscuridad ni por mil libras. Parece sorprenderle que un hombre de mi profesión tenga esas ideas.

Eliot consideró un momento.

—A decir verdad, así es. No sé por qué, pues, al fin y al cabo, hasta un abogado puede creer en lo sobrenatural.

—Hasta un abogado puede creerlo —admitió Welkyn secamente—, y no dejar de ser un buen hombre de negocios por ello.

Madeline había entrado en la habitación en puntas de pie. Sólo Page notó su presencia. Aunque él trató de darle su sillón, ella tomó asiento en el brazo.

Kennet Murray fruncía el ceño.

—Me imagino, señor Welkyn —dijo—, que es usted sincero al respecto. Es algo extraordinario. Ese jardín ha tenido una mala reputación desde hace siglos. ¿Recuerda usted, joven Johnny, cómo trató usted de ejercer sus estudios de satanismo allí?

—Sí —respondió Gore. Estuvo a punto de agregar algo, pero se contuvo.

—Y al volver a su hogar —prosiguió Murray—, se encuentra usted con algo que se arrastra sin piernas por el jardín y con una doncella que sufre de un ataque de terror. Oiga, Johnny, no estará usted haciendo sus viejas tretas otra vez, ¿eh?

Para sorpresa de Page, el rostro de Gore se había tornado pálido. Parecía que Murray fuera la única persona capaz de sacarle de quicio.

—No —dijo Gore—. Usted sabe dónde estaba yo. Le estaba vigilando a

usted desde las ventanas de la biblioteca. Y algo más tengo que decirle. ¿Quién diablos es usted, para hablarme como si yo fuese todavía un muchachito de quince años? Usted hizo lo que quiso con mi padre, pero le aseguro que a mí me respetará o le pegaré con un bastón como lo hacía usted conmigo.

La explosión fué tan inesperada que hasta el doctor Fell gruñó. Murray se puso en pie.

—¿Ya sé le está subiendo el título a la cabeza? —dijo—. Como guste. Mi utilidad ha terminado. Ya tiene usted sus pruebas. Si me necesitan para algo más, inspector, estaré en la posada.

—John —intervino Madeline con suavidad—, eso estuvo muy mal, ¿no te parece? Perdona que haya interrumpido.

Por primera vez, tanto Murray como Gore la miraron de frente, y ella a ellos.

Gore sonrió.

—Tú eres Madeline —dijo.

—Así es.

—Mi antigua luz de amor —dijo Gore. Detuvo a Murray con la mano y le dijo con tono de disculpa—: No vale la pena, maestro. No podemos retornar al pasado, y ahora estoy seguro de que no quiero hacerlo. Me conmueve el hecho de que siempre pensé que me emocionaría ante la vista de la casa de mis padres o un cuadro o espectáculos familiares, y ahora no me resultan más que cosas extrañas. Ahora quisiera no haber venido. Algo parece haberse desviado del camino. ¡Inspector Eliot! ¿No dijo hace un momento que había venido aquí porque “la señorita Daly había sido asesinada”?

—Así es, señor.

Murray había tomado asiento otra vez, evidentemente curioso, mientras que Gore se volvía hacia el inspector.

—Victoria Daly. ¿No sería ella la jovencita que vivía con su tía, Ernestine Daly?

—No sé nada respecto a su tía —replicó Eliot—, pero vivía al otro lado del Hanging Chart. La estrangularon la noche del 31 de julio del año pasado.

—Entonces, por lo menos allí tengo una coartada —dijo Gore—. En aquella época estaba en América. ¿Y qué tiene que ver el asesinato de

Victoria Daly con nosotros?

Eliot le dirigió una mirada inquisitiva al doctor Fell. Este asintió violentamente. Eliot sacó de su portafolio un libro. Estaba encuadernado en cuero oscuro y parecía no tener más de cien años de vejez. En su lomo se veía el título: *Historia Admirable*. El inspector se lo entregó al doctor, quien lo abrió. Entonces Page vió que era un volumen mucho más antiguo de lo que parecía. Una traducción del francés publicada en Londres en 1613. El papel era pardo y estaba muy ajado, y a través de la primera página se veía una insignia muy curiosa.

—¡Hum! —exclamó el doctor Fell—. ¿Ha visto alguien este libro?

—Sí —contestó Gore.

—¿Y esta insignia?

—Sí. Esa insignia no se ha usado en la familia desde el siglo dieciocho.

—¿Estuvo este libro alguna vez en la biblioteca del Close?

—No. Ciertamente que no —respondió Gore con sorna—. Este es uno de los libros de ciencias ocultas que mi padre, y mi abuelo antes que él, guardaba en un cuartito del desván. Una vez le robé la llave e hice hacer duplicados, para poder entrar a leer. Siempre subía allí con el pretexto de ir a buscar una manzana al cuarto de la fruta que está al lado —se dió vuelta—. ¿Recuerdas, Madeline? Te llevé allí arriba una vez para que vieras a la *Bruja de Oro*. Hasta te di una llave. Pero temo que no te gustó… Doctor, ¿de dónde sacó usted ese libro? ¿Cómo es que escapó de su cautiverio?

El inspector Eliot se puso en pie y llamó a Knowles.

—Haga el favor de llamar a *lady* Farnleigh —le dijo al mayordomo.

El doctor Fell sacó su pipa y la encendió antes de hablar.

—¿Ese libro? —dijo—. Debido a su título ordinario, nadie lo miró siquiera. En realidad contiene uno de los documentos más horribles de la historia: las confesiones de Madeleine de la Palaud, en Aix, en el año 1611, respecto a su participación en ceremonias de brujería y la adoración de Satán. Se encontró sobre la mesa de luz de la señorita Daly. Lo había estado leyendo poco antes de ser asesinada.

CAPÍTULO XII

En el silencio que reinaba en la biblioteca, Page oyó claramente los pasos de Molly Farnleigh y de Burrows que se acercaban.

Murray se aclaró la garganta.

—¿Eso qué quiere decir? —preguntó—. Tenía entendido que la señorita Daly murió a manos de un vagabundo.

—Muy posiblemente así fué.

—¿Y entonces?

Fué Molly Farnleigh la que habló.

—He venido para decirles —dijo— que pienso discutir esa ridícula demanda, *su* demanda —su mirada se volcó fríamente en Gore— hasta el fin. Nat Burrows dice que probablemente me llevará años y que perderemos todos, pero me puedo permitir ese lujo. Mientras tanto, lo importante es averiguar quién mató a John. Pactaremos una tregua por ahora, si usted quiere. ¿De qué les oí hablar cuando entré?

—¿Cree usted que tiene probabilidades de ganar, *lady* Farnleigh? —preguntó Welkyn—. Debo advertirle…

—Tengo más probabilidades de las que usted se imagina —replicó Molly, dirigiendo una mirada significativa a Madeline—. ¿De qué hablaban cuando entré?

El doctor Fell, muy interesado, fué el que habló.

—Estábamos examinando un aspecto importante del caso, señora —dijo —, y nos agradaría que nos ayudara usted. ¿Existe todavía en esta casa un cuartito en el que se guarda una colección de libros sobre brujería y temas parecidos?

—Sí, ¿pero a qué viene eso?

—Mire este libro, señora. ¿Puede decirnos con certeza si pertenece a esa colección?

Molly se acercó a la mesa. Todos se habían puesto de pie, pero ella les

hizo un ademán papa que volvieran a tomar asiento.

—Así lo creo. Sí, estoy casi segura. Todos ellos tenían esta insignia. ¿De dónde sacó este libro?

El doctor Fell se lo dijo.

—Pero, ¡eso es imposible!

—¿Por qué?

—Porque se tenían muy bien guardados. Mi esposo era el que no quería que se vieran. Nunca supe la razón de su actitud al respecto. Cuando entré en esta casa, recién casada, él me dió todas las llaves menos la de ese cuarto. Es claro que se las entregué todas a la señora Apps, el ama de llaves; pero ya conoce usted la costumbre. Me interesó bastante.

—¿Como a la esposa de Barba Azul? —preguntó Gore.

—Nada de discusiones, por favor —dijo el doctor Fell con brusquedad, volviéndose airado hacia el demandante.

—Muy bien —dijo Molly—. Supe que mi esposo quería quemar toda la colección. Parece que estaban avaluando la propiedad poco antes de que él viniera aquí. Un experto dijo que los libros del cuartito valían varios miles de libras. Entre ellos, afirmaba el experto, había un ejemplar único que se perdió en los comienzos del siglo diecinueve. Lo llamaban el Libro Rojo de Appin. Lo recuerdo muy bien porque anoche estuvieron discutiendo al respecto, y este hombre —señaló a Gore—, ni siquiera sabía de qué se trataba.

—Como sugiere el doctor Fell, nada de discusiones —dijo Gore. Pero se dirigió en seguida a Murray—. Le aseguro, maestro, que nunca conocí el libro bajo ese nombre. Pero le puedo decir cuál es y lo puedo identificar si todavía está arriba. Se decía que cualquiera que lo leyese sabría la respuesta a cualquier pregunta antes de que se le formulara.

—Eso le debió haber sido muy útil anoche —dijo Molly.

—Como prueba de que había leído el libro, sí. También se decía que confería el poder para dar vida a objetos inanimados.

El doctor Fell intervino entonces.

—Me imagino que usted no cree en las cualidades mágicas del Libro Rojo de Appin —le dijo a Molly.

—¡Oh, más o menos! —respondió Molly.

—Ajá. ¿Qué decía usted?

—Bien, mi esposo no gustaba en absoluto de esos libros y quería quemarlos. Yo le dije que en cambio era preferible venderlos si quería desprenderse de ellos. Me interesó su odio hacia los libros, y una vez los hojeé, pero no tenían nada de interesante. Nunca más me molesté por mirarlos y estoy segura de que el cuarto no se ha abierto en mucho tiempo.

—Pero, ¿este libro pertenece a esa colección? —preguntó el doctor Fell.

—Sí, estoy segura.

—Y su esposo siempre guardaba la llave de ese cuarto. Empero, de alguna forma salió el libro de allí y fué a parar a manos de la señorita Daly. ¡Hum! En consecuencia, tenemos un vínculo que une la muerte de la señorita Daly con la de su esposo, ¿eh?

—¿Pero, cuál es el vínculo?

—Por ejemplo, señor, ¿podría él haber dado a la señorita Daly ese libro?

—¡Pero, ya le he dicho lo que mi marido pensaba respecto a esos libros!

—Esa no fué la pregunta, señora —dijo el doctor—. ¿Sería posible? Al fin y al cabo, sabemos que cuando era muchacho, si es que era el verdadero John Farnleigh, como usted dice, a él le gustaban mucho esos libros.

—Me ha puesto usted en un aprieto —le dijo entonces Molly—. No sé qué decir.

—Todo lo que queremos es una respuesta sincera, señora —le contestó el doctor—. O, mejor dicho, su opinión sincera. ¡Que el cielo tenga piedad de la persona que trate de decir toda la verdad! Pero, escuche usted, ¿conocía él bien a Victoria Daly?

—Muy bien. La pobre Victoria hacía obras de caridad.

—¿Diría usted que estaría interesada en brujerías? —preguntó Fell.

Molly se restregó las manos.

—Pero, ¿quiere usted decirme qué tiene que ver con nosotros este asunto de las brujerías? El hecho de que ella estuviese leyendo ese libro, ¿prueba algo?

—¡Hum! Hay otras pruebas, créame. Su propia inteligencia le demostrará, señora, que lo más importante es la asociación de la señorita Daly con una biblioteca cerrada con llave y con ese libro. Considere usted el comportamiento de su esposo anoche. Confírmeme esto: Aparece un demandante de esta propiedad. La posesión de todo esto, correcta o

incorrectamente, es lo más importante de su vida. ¿Es verdad que él estaba muy preocupado en esos momentos por el hecho de que había en la aldea un detective que investigaba la muerte de Victoria Daly?

Eso era verdad. Page lo recordaba muy bien. Y Molly se vió obligada a admitirlo.

—De modo que vemos muy claramente cierta relación entre los dos casos. Me interesa mucho ese cuarto cerrado. ¿Hay allí alga más, aparte de los libros?

Molly reflexionó.

—Sólo ese autómata —contestó—. Lo vi una vez cuando era niña, y me gustó bastante.

—¡Ah!, el autómata —repitió el doctor, poniéndose de pie—. ¿Qué nos puede decir al respecto?

Fué Kennet Murray el que replicó, cuando Molly sacudió la cabeza.

—Eso sí que sería bueno investigarlo —dijo—. Yo traté de estudiar el asunto hace años, y también lo hizo el joven Johnny.

—¿Y bien?

—Pues, no es más que un muñeco mecánico que compró *sir* Thomas Farnleigh —dijo Murray—. Nunca pude averiguar la causa de que todos, le temieran. Pero algo ocurrió, algo que no se menciona en los libros. Eso no es razón suficiente para, explicar el horror que inspiraba durante el siglo dieciocho. Tal vez el viejo Thomas aprendió el secreto de hacerlo funcionar, pero nunca lo supo nadie más. ¿Eh, joven John… Perdone usted y *sir* John?

Ante la cortesía, Gore demostró algo de desdén. Pero estaba interesado en otras cosas.

—No, nunca se conoció —admitió—, ni se conocerá tampoco. Podría explicarles por qué ninguna de las explicaciones respecto a su secreto… —pareció sorprendido—. ¡Por Dios! ¿Por qué no ir arriba y echarle una ojeada? Recién se me ocurre. Estaba ideando toda clase de excusas para poder ir allí arriba. Pero, ¿por qué no? ¿Por qué no hacerlo a la luz del día?

—Un momento, señor —intervino. Eliot—. Esto es muy interesante, y podremos ocuparnos de ello algo más adelante: pero no veo que tenga nada que ver…

—¿Está seguro? —preguntó el doctor Fell.

—¿Cómo dice, señor?

—¡Pregunté si está seguro! —repitió el doctor muy serio—. ¿Qué aspecto tiene ese autómata?

—Está bastante arruinado, por supuesto. Por lo menos lo estaba hace veinticinco años…

—Lo estaba —admitió Madeline Dane, estremeciéndose—. No vayan allí, por favor.

—¿Por qué no? —preguntó Molly.

—No lo sé. Tengo miedo.

Gore la miró con indulgencia.

—Sí, recuerdo ahora que ejercía un efecto poderoso sobre ti. Pero preguntaba usted qué aspecto tenía, doctor. Debe haber sido muy parecido a una mujer viva cuando fué nuevo. El armazón es de hierro y la "carne" era cera, con ojos de vidrio y cabello verdadero. El tiempo no lo ha mejorado en nada. Es algo gordo y tenía un vestido de brocado. Las manos y dedos son de hierro pintado. Son largos y agudos, casi como… Solía sonreír, pero la sonrisa se perdió toda cuando la vi por última vez.

—Y Betty Harbottle —dijo el doctor Fell, bruscamente—, Betty Harbottle, como Eva, tiene afición por las manzanas.

—¿Cómo dice?

—Así es —insistió el doctor—. Betty Harbottle, la mucama asustada, es aficionada a las manzanas. Eso fué lo primero que se nos dijo cuando interrogamos a la servidumbre. Usted mismo me dijo que acostumbraba decir que iba a buscar manzanas cuando quería ver a la Bruja de Oro.

Fué Murray el que habló primero.

—¡Ah, sí! Ahora recuerdo. Es muy interesante la teoría. Las escaleras que van al desván se hallan en la parte trasera del pasaje vecino al Cuarto Verde. ¿Insinúa usted que la joven fué llevada escaleras abajo y dejada en el Cuarto Verde?

El doctor Fell sacudió la cabeza.

—Sólo sugiero que usemos la cabeza o nos vayamos a dormir —contestó —. Todos los caminos nos llevan a ese cuarto. Es el corazón del laberinto y la causa de los disturbios. Será mejor que le hagamos una visita.

El inspector Eliot habló lentamente.

—Me parece que sí. Ahora mismo. ¿Tiene inconveniente, *lady* Farnleigh?

—No, ninguno en absoluto, excepto, que no sé dónde está la llave. ¡Oh, no importa! Rompan el candado. Si creen que eso servirá de algo, pueden romper… pueden romper… —Molly se pasó la mano por los ojos y recobró el dominio de sí misma—. ¿Quieren que les enseñe el camino?

—Gracias —dijo Eliot—. ¿Quién más ha estado en ese cuarto? ¿Sólo la señorita Dane y el señor Gore? ¿Quieren venir con nosotros, por favor? Y el señor Page. Los demás permanecerán aquí.

Eliot y el doctor abrieron la marcha escaleras arriba, conversando en voz baja. Molly se puso entonces frente a ellos y les precedió. Page seguía a Madeline.

—Si prefiere usted no subir… —le dijo él a Madeline.

Ella le apretó el brazo.

—No, por favor. *Quiero* subir. Quiero ver si puedo entender qué pasa. Temo que algo que le dije a Molly la ha inquietado muchísimo, pero tenía que decírselo; no había forma de evitarlo, Brian. ¿No pensará que soy mala?

Él se sorprendió.

—¡Dios mío, no! —respondió—. ¿De dónde ha sacado esa idea?

—No, no es nada. Pero ella no le amaba de veras. Sólo hace todo esto porque cree que es lo correcto. A pesar de todas las apariencias, le aseguro que no eran el uno para el otro. Él era idealista y ella es una mujer práctica. Espere; ya sé que él era un impostor, pero no sabe usted todo, de otro modo comprendería…

—Entonces me quedo con la persona práctica —la interrumpió Page.

—¡Brian!

—Lo digo de veras. ¡No era ningún idealista! Si hizo todo lo que dicen de él y lo que usted admite, nuestro difunto amigo era un pillo de siete suelas y usted lo sabe. ¿Le amaba usted acaso?

—¡Brian! ¡No tiene usted derecho a decir eso!

—Sé que no; pero, ¿le amaba?

—No —dijo Madeline con la vista fija en el suelo—. Si tuviera usted buena vista y entendiese mejor las cosas, no preguntaría eso —vaciló, se notaba que quería cambiar de tema—. ¿Qué creen de esto el doctor Fell y el inspector?

Él abrió la boca para responder, y se dió cuenta de que no tenía la menor idea.

El grupo había llegado al piso superior, internándose luego en el pasaje de la izquierda. Las escaleras que llevaban al desván se hallaban en el extremo de ese corredor, y la puerta de entrada a la escalera se hallaba sobre la pared izquierda.

—¿En qué cuarto está? —preguntó Eliot en voz baja.

Molly indicó la puerta más lejana, cerca de la puerta del desván. Eliot golpeó con los nudillos, y desde el interior se oyó una voz quejumbrosa.

—Betty —susurró Madeline.

—¿Allí dentro?

—Sí. La pusieron en el dormitorio más cercano —dijo Madeline—. Parece que no está muy bien.

El doctor King abrió la puerta del dormitorio y salió al corredor.

—No —anunció—. No la pueden ver todavía. Quizá esta noche, mañana o el día siguiente. Me gustaría que los sedativos le hicieran efecto.

Eliot pareció sorprendido y preocupado.

—Sí, pero, doctor, ¿seguramente no será…?

—¿Serio, quería decir usted? —preguntó King, bajando más la voz—. ¡Dios mío! Perdonen.

Abrió de nuevo la puerta.

—¿Ha dicho algo?

—Nada que usted deba anotar, inspector. Está delirando. Quisiera averiguar qué vió.

El grupo guardaba silencio. Molly, cuya expresión se había alterado, parecía querer obrar de acuerdo a sus ideas de lo correcto. El doctor King había sido un amigo íntimo de su padre, y ambos se trataban con mucha confianza.

—Tío Ned —le dijo al doctor—, quiero saber. Haría cualquier cosa por Betty. Pero nunca creí que le pasara algo tan serio. No es posible que esté grave. ¿Es peligroso su estado?

—No —respondió el otro—, no es peligroso. Ya se sabe lo que es el miedo. Quizá no fuera más que un ratón o un poco de viento que pasó por la chimenea. Sólo espero no verme frente a lo que la asustó a ella, sea lo que

fuere —bajó un poco la voz—. No, no hay peligro —repitió—, pronto estará bien. Haz enviar un poco de té.

Cerró la puerta.

—Parece que ha ocurrido algo serio —comentó Patrick Gore—. ¿Seguimos camino?

Se adelantó y abrió la puerta al extremo del pasaje.

La escalera que se presentó a su vista era muy empinada y tenía ese olor peculiar de lo que está mucho tiempo encerrado entre paredes. Page sabía que las habitaciones de la servidumbre se hallaban en el otro extremo de la casa. Allí no había ventanas, y Eliot tuvo que encender su linterna eléctrica. Gore le seguía, luego iban el doctor Fell y Molly, y Madeline y Page cerraban la marcha.

Esa parte del desván no había sido alterada desde que Iñigo Jones diseñó sus pequeñas ventanas e hizo erigir sus paredes. Sobre el descanso de la escalera, el piso se inclinaba de tal modo en dirección a los escalones, que un paso mal dado podría costar una caída. Una luz débil y grisácea penetraba por las ventanitas.

La puerta del cuartito de los libros se hallaba en el extremo más lejano. Era una puerta de madera oscura y muy pesada. Las bisagras pertenecían al siglo dieciocho, el picaporte había desaparecido y estaba asegurada por una cadena y candado modernos. Pero no fué la cerradura ni el candado lo que Eliot iluminó con su linterna. Algo había caído y estaba en parte destrozado por la puerta al cerrarse.

Era una manzana a medio comer.

Capítulo XIII

Con la ayuda de una moneda, Eliot destornilló cuidadosamente el aro del candado. Cuando cayó la cadena, la pesada puerta se abrió por su propio peso.

—La cueva de la Bruja de Oro —dijo Gore con gusto, y dió un puntapié a la manzana.

—¡Un momentito, señor! —le dijo Eliot bruscamente.

—¿Qué? ¿Cree usted que esa manzana sea una prueba?

—Nunca se puede saber —le contestó el inspector—. Cuando entren allí, hagan el favor de no tocar nada.

"Cuando entren" era algo muy optimista. Page había esperado ver un cuarto. Lo que halló fué una especie de armario de unos dos metros cuadrados escasos, con un techo en pendiente en el que un panel de cristal grueso y cargado de hollín y suciedad dejaba penetrar una luz muy débil: Había muchos espacios libres en los anaqueles, en los cuales se mezclaban los libros antiguos con los más modernos. Por sobre todo se veía una capa de polvo. En el centro, una silla antigua… y la bruja misma pareció dar un salto cuando la luz de la linterna la iluminó.

Aun Eliot retrocedió un poco. La bruja no era una belleza. Es posible que en otro tiempo fuera encantadora, pero sólo un ojo le quedaba en su media cara; el otro lado del rostro estaba completamente arruinado, como los restos del vestido de brocado que en otro tiempo había sido amarillo. Su aspecto no resultaba nada agradable ahora, que varias rajaduras le cruzaban la cara.

Si hubiera estado de pie, hubiese sido algo más baja que la estatura normal de una mujer. Estaba sentada sobre una caja rectangular, no mucho, más ancha ni profunda que la bruja misma, y colocada sobre cuatro ruedas que evidentemente eran más modernas que el autómata. Las manos estaban algo levantadas. Toda la impresionante máquina debía pesar unos dos o tres quintales.

Madeline lanzó una risita nerviosa. Eliot frunció el ceño y el doctor Fell maldijo entre dientes.

—¡Diablos! ¿Será esta la causa? —dijo el doctor.

—¿Señor?

—Ya sabe usted lo que quiero decir. ¿Entró esa chica en el cuarto de Barba Azul, vió esto por primera vez, y… —se interrumpió atusándose los mostachos—. No. No; me parece que no.

—A mí también —admitió Eliot con seriedad—. *Si* algo le ocurrió aquí, ¿cómo entró? ¿Y quién la llevó escaleras abajo? ¿Y de dónde sacó ella el "Thumbograph"? No podrá decir usted que con sólo ver esta cosa ella se puede haber afectado tanto. Podría gritar, o algo por el estilo; pero no reaccionar de esa forma, a menos que sea una histérica. *Lady* Farnleigh, ¿conocían los sirvientes la existencia de este muñeco?

—Por supuesto —replicó Molly—. Nadie la había visto, excepto Knowles o posiblemente la señora Apps, pero todos sabían que existía.

—Entonces, ¿no sería una sorpresa para ninguno?

—No.

—Si, como digo, se asustó por algo en este cuartito… de lo que no tenemos ninguna prueba…

—Mire allí —dijo el doctor Fell, señalando con su bastón.

La luz de la linterna iluminó el suelo cerca del autómata. Se veía un bulto formado por algún género. Cuando Eliot lo tomó, comprobó que era un delantal de mucama. Aunque se había lavado recientemente, estaba sucio de polvo, y en una parte tenía dos rasgaduras. El doctor Fell lo tomó y se lo entregó a Molly.

—¿Es de Betty? —le preguntó.

Molly examinó la marca y asintió.

—¡Un momento! —dijo el doctor Fell, cerrando los ojos. Al cabo de un instante de reflexión, agregó—: Muy bien. No puedo probarlo, por supuesto, pero puedo decirle lo que ocurrió aquí con tanta seguridad como si lo hubiera visto. Ya no se trata de rutina; es lo más importante del caso el que averigüemos a qué hora sufrió la joven ese susto, y lo que estaba haciendo la gente de la casa a esa hora. Porque, muchacho, el asesino estaba aquí, en este cuarto. Betty Harbottle le encontró aquí. No sé lo que estaba haciendo el

asesino; pero era importante que nadie se enterase de que había estado aquí. Algo sucedió. Después él usó el delantal de la mucama para quitar todas las huellas de sus pisadas y las impresiones digitales y las marcas que había dejado en el polvo. Se llevó o arrastró a la chica escaleras abajo. Puso el inservible "Thumbograph" en su mano. Y luego se alejó, como lo hacen todos, y dejó el delantal en el medio del cuarto, ¿eh?

Eliot levantó la mano.

—No tan rápido, señor, —pensó un momento—. Temo que hay dos inconvenientes graves para esa teoría.

—¿Que son?

—Una: si era tan importante ocultar el hecho de que había estado en este cuarto, haciendo lo que estuviera haciendo, ¿cómo cubría las apariencias llevándose a la joven de un sitio a otro? No evitaba así que le descubrieran; solamente posponía el descubrimiento. La chica está viva y mejorará. Y nos dirá quién estaba aquí, y qué estaba haciendo.

—No me sorprendería que la respuesta a esa aparente contradicción fuera la respuesta a nuestro problema —replicó el doctor—. ¿Cuál es el otro inconveniente?

—Betty Harbottle no fué dañada. Físicamente, no la tocaron. Se llevó un susto y una impresión por algo que vió. Empero, todo lo que podía haber visto es un ser humano común haciendo algo que no debía. No es razonable, señor; las jóvenes son bastante valerosas estos días… ¿Qué pudo haberle puesto en ese estado?

El doctor Fell le miró atentamente.

—Algo que hizo el autómata —respondió—. ¿Qué le parece si estirara ahora el brazo y le tomara a usted de la mano?

Es tal el poder de la sugestión que todos se echaron hacia atrás y miraron curiosos al viejo muñeco y a sus manos.

Eliot se aclaró la garganta.

—¿Quiere decir que él hizo funcionar al autómata?

—No lo hizo funcionar —intervino Gore—. Yo quise hacerlo hace años. Es decir, no lo hizo funcionar, a menos que hayan instalado algún aparato eléctrico u otra cosa en su interior desde aquellos tiempos. Nueve generaciones de Farnleighs han tratado de descubrir qué era lo que lo hacía

funcionar. Pagaré mil libras esterlinas a cualquiera que pueda hacerlo funcionar en las mismas condiciones en que fué exhibido hace doscientos cincuenta años.

—La oferta es bastante generosa —dijo alegremente el doctor Fell—. Bien, empujémoslo afuera y le echaremos una ojeada.

Eliot y Page tomaron la caja sobre la que estaba sentado el autómata y, con algo de esfuerzo, lo sacaron del cuartito hacia el descanso de la escalera. Las ruedas se movieron con sorprendente facilidad. La acercaron cerca de la ventana para que le diera la luz.

—Empiece ya. Demuestre sus habilidades —dijo el doctor Fell.

Gore examinó la figura cuidadosamente.

—Para comenzar —dijo— verán ustedes que el cuerpo está lleno de aparatos de relojería. No soy un experto en mecánica, y no puedo afirmar que todas las ruedas y engranajes sean genuinos, o si se han colocado allí para mayor efecto. El caso es que todo el cuerpo está ocupado en su interior. Hay una larga mirilla en la parte trasera. Si todavía se puede abrir, puede uno poner la mano dentro. Lo que quiero probar es que el cuerpo está completamente ocupado y nadie podría esconderse en su interior.

Eliot estaba tan serio como siempre. El vidrio había desaparecido de la mirilla hacía mucho tiempo. Con la ayuda de su linterna, el inspector examinó el mecanismo y metió la mano en el interior. Algo pareció sorprenderle, pero sólo dijo:

—Sí, es verdad. No hay sitio para nada allí dentro. ¿Quiere decir que se creyó que alguien se escondía en el interior y lo hacía funcionar?

—Fué la única idea que se le ocurrió a la gente. La única otra parte libre queda aquí. Observen.

Abrió la parte delantera del cajón en el que descansaba el muñeco. Page vió que todo se abría como si fuera una puerta. El interior de la caja de hierro, tenía un poco menos de noventa centímetros de largo por no más de cuarenta de alto.

—Recordarán ustedes —dijo Gore— la explicación que quiso darse al autómata jugador de ajedrez de Maelzel. La figura estaba sentada sobre una caja parecida a ésta y el exhibidor abría la puerta para demostrar que no había nada en su interior. Se dijo, sin embargo, que en el interior podía ocultarse un

niño pequeño. También se comentó algo parecido con respecto a esta bruja. Pero varios espectadores han afirmado que eso no era posible. No necesito señalar que tendría que ser un niño muy pequeño y, además, nadie hubiera podido viajar por toda Europa con un niño sin que alguien se diera cuenta de ello. Sin embargo, esta bruja se ponía en movimiento cuando el exhibidor se lo ordenaba. ¿Se extrañan entonces de que mi antecesor la hubiera comprado? Pero siempre me pregunté qué le habrá hecho cambiar de opinión cuando supo el secreto. Gore hizo una pausa y agregó:

—Ahora, díganme cómo funciona.

—Me extraña que ustedes, hombres grandes, estén entretenidos con un muñeco en un momento como éste —intervino Molly—. ¿No se dan cuenta de que anoche mataron a un hombre aquí?

—Muy bien —replicó Gore—. Cambiemos de tema. Dígame entonces cómo funcionó el mecanismo de lo que ocurrió ayer.

—Supongo, que usted dirá que fué un suicidio.

—Señora —dijo Gore, con un ademán de desesperación—, no cambiará en nada lo que yo diga. Si afirmo que es un suicidio, me atacan A y B y C. Si digo que es un asesinato, me asaltan D y E y F. Y si afirmo que fué un accidente me veo enfrentado a G y H, y así sucesivamente.

—No está mal —comentó ella—. ¿Y usted qué dice, señor Eliot?

—*Lady* Farnleigh —contestó el aludido—, estoy tratando de aclarar en lo posible el asunto más difícil que se me ha presentado en mi carrera, cosa a la que ustedes no me ayudan. Si piensa un momento, se dará cuenta de que esta máquina tiene mucho que ver con el caso. Sólo les pido que no discutan. Algo más tendremos que hacer con este aparato.

Apoyó una mano sobre el hombro del autómata.

—No sé si los engranajes y ruedas del aparato sirven de algo o no, como dice el señor Gore. Me gustaría examinarlo en mi laboratorio y averiguarlo. No sé si el mecanismo podrá funcionar después de doscientos años, aunque es muy posible que sí. Pero esto he averiguado: el mecanismo ha sido aceitado recientemente.

Molly frunció el ceño.

—¿Y bien?

—Dígame, doctor —Eliot se volvió—. ¡Ea! ¿Dónde está usted, señor?

El doctor Fell estaba en el interior del cuarto, examinando los anaqueles de libros.

—¿Eh? ¿Me hablaba usted?

—¿No estaba escuchando?

—¡Oh, sí! —respondió el doctor—. Es difícil que pueda ofrecer yo una explicación lógica siendo que tantas generaciones de la familia han fracasado, pero me gustaría saber cómo se vestía el exhibidor original.

—¿Cómo se vestía?

—Sí. Me imagino que sería con los ropajes tradicionales de los magos. Entre estos libros he hallado uno que describe la forma en que se exhibía el autómata, el que espero me prestarán, ¿eh? Gracias. Pero, en especial, he hallado esto.

Mientras Gore le miraba con interés, el doctor salió del cuarto con un viejo cajón de madera.

En ese momento, Kennet Murray y Nathaniel Burrows llegaban junto a ellos. Parecía que se habían cansado de esperar. El doctor Fell movió el cajón y lo apoyó lo mejor que pudo sobre el borde del asiento que ocupaba el autómata.

—¡Tengan firme este aparato! —dijo de pronto—. Este piso está muy inclinado y no será nada agradable que este muñeco se vaya escaleras abajo. Ahora, echen una ojeada. Es una colección extraña, ¿no les parece?

En el cajón había cierta cantidad de bolitas de vidrio, de las que usan los niños para jugar, un viejo cuchillo con empuñadura pintada, algunos anzuelos, una pequeña y pesada bola de plomo de la qué sobresalían cuatro ganchos afiladísimos. Pero ellos no miraron ésas cosas. Sus ojos se clavaron en una doble máscara construida de cantón armado sobre alambres, y que formaba una especie de cabeza con una cara adelante y otra en la parte trasera, como las imágenes del dios Jano. Estaba ennegrecida y casi no se podían reconocer las facciones. El doctor Fell no la tocó.

—Es horrible —susurró. Madeline—. ¿Pero, qué es?

—La máscara del dios —dijo el doctor.

—¿Qué?

La máscara que se usaba en las ceremonias de brujería. Aquí tenemos un ejemplo de lo que es el satanismo. Era una horrible parodia del ritual

cristiano; pero tenía sus antiguas raíces en el paganismo. Dos de sus deidades eran Jano, el dios de doble cabeza que bendecía la fertilidad y los cruces de caminos; y Diana, patrona de la fertilidad y la virginidad. El maestro de ceremonias se ponía la máscara de Satán o una máscara como ésta. ¡Bah!

—¿Quiere decir que existe un grupo de adoradores de Satán en estos contornos? —preguntó Madeline con voz queda.

—Eso es lo cómico del asunto —declaró el doctor Fell—. La respuesta es: *no*.

Sobrevino una pausa. El inspector Eliot miró a su alrededor. Hallábase tan sorprendido que olvidó que estaba ante testigos.

—¡Un momentito, señor! No lo dirá en serio. Nuestras pruebas…

—Lo digo en serio. Nuestras pruebas no valen para nada.

—Pero…

—¡Oh, Dios! ¿Por qué no pensé en esto antes? —exclamó, el doctor con vehemencia—. Es un caso de los que me gustan y recién se me ocurre la solución. Eliot, no se han llevado a cabo siniestras reuniones en el Hanging Chart. No es cierto que un grupo de aldeanos hayan empezado a practicar la brujería. Ahora veo la verdad. Sólo existe un pillo en todo el asunto. Uno sólo. Todo esto, desde la crueldad mental hasta el asesinato, es el trabajo de una sola persona.

—Parece usted excitado —dijo Murray secamente.

El doctor lo miró.

—Bien, lo estoy. No lo tengo todo solucionado todavía. Pero ya empiezo a ver con claridad, y dentro de poco algo les podré decir. Es… un asunto de motivos. Además, es algo novedoso. Para decir verdad, el satanismo es algo decente y sincero comparado son los placeres intelectuales que cierta persona ha inventado. Perdonen ustedes, quiero ver algo en el jardín. Siga usted, inspector.

Bajó las escaleras antes de que el inspector Eliot, pudiera responderle.

—Muy bien —dijo el inspector entonces—. ¿Qué deseaba, señor Murray?

—Quería ver el autómata —respondió el otro con algo de aspereza—. ¡De modo que ésta es la bruja! ¿Me permite que le eche una ojeada?

Levantó la caja de madera y la acercó a la ventana para ver mejor su contenido. Eliot le estudió con atención.

—¿Ha visto estas cosas antes, señor? —le preguntó.

Murray sacudió la cabeza.

—Había oído hablar de la máscara; pero no la conocía. Pensaba.

En ese momento se movió el autómata.

Hasta el momento presente, Page jura que nadie lo empujó. Es posible que sea cierto. Había siete personas caminando en ese descanso viejísimo que se inclinaba hacia las escaleras. Pero la luz que penetraba por la ventana era muy débil, y Murray les había hecho fijar su atención, en la máscara que tenía en su mano derecha. Nadie supo si alguien tocó o no al muñeco. Pero tampoco nadie vió que el viejo autómata se adelantó suave y rápidamente hacia la escalera y los tres quintales de hierro se lanzaban hacia abajo. Oyeron el ruido de las ruedas, el golpear del bastón del doctor Fell en la escalera, y el grito de Eliot:

—¡Cuidado allí abajo!

Luego el estruendo de la máquina al bajar velozmente.

Page logró tocar la caja de hierro, pero era imposible detenerla, aunque logró con su mano hacer que se mantuviera erecta en lugar de comenzar a caer dando vueltas. Page vió que el doctor Fell miraba hacia arriba horrorizado y levantaba la mano como para detener, a la mole que se le venía encima. El autómata pasó a escasa distancia del doctor, sin tocarlo. Luego, el autómata siguió por la puerta abierta y fué a dar en el pasaje inferior. Una de sus ruedas se había desprendido, pero su impulso era demasiado grande para que se detuviera. Se lanzó contra la otra puerta y la abrió con su envión.

Page bajó corriendo la escalera. No oyó ruidos ni ningún grito en la habitación. Recordó quién estaba en ese dormitorio, y por qué se hallaba allí Betty Harbottle, y lo que acababa de entrar a visitarla. Al cabo de un momento de silencio, se oyó el ruido de la puerta al abrirse nuevamente y apareció el doctor King con el rostro pálido.

—¿Qué diablos han hecho allí arriba? —dijo.

CAPÍTULO XIV

La investigación sobre la muerte de *sir* John Farnleigh se llevó a cabo el día siguiente, y produjo gran sensación eh los círculos periodísticos.

Al inspector Eliot, como a la mayoría de los policías, no le agradaban las investigaciones. Pero ésa, que se realizó la mañana del viernes 31 de julio, no se condujo de acuerdo a las normas establecidas. Por supuesto que se esperaba un veredicto de suicidio. Empero fué lo suficientemente espectacular como para que se produjera una discusión acalorada antes de que los primeros testigos hubieran dicho más de diez palabras y finalizó de una forma que dejó aturdido al inspector.

Mientras tomaba su desayuno, Page agradecía al cielo que no se veían obligados a asistir a otra investigación por lo ocurrido la tarde anterior. Betty Harbottle no había muerto. Pero había estado muy cerca de perder la vida por el efecto de ver de nuevo a ja bruja, y todavía no se hallaba en condiciones de hablar. Después de lo ocurrido, el inspector Eliot se cansó de interrogar a los presentes sin lograr ningún resultado.

Eliot presentó la situación al doctor y a Page más tarde, cuando estaban tomando cerveza y fumando sus pipas.

—Estamos vencidos —decía el inspector—. No tenemos absolutamente nada tangible entre manos, y sin embargo, considere usted la cantidad de cosas que han sucedido. Victoria Daly es asesinada; quizá por un vagabundo, quizá no; pero con indicaciones de que hubo alguna otra cosa que no necesitamos discutir ahora. Eso ocurrió hace un año. *Sir* John Farnleigh muere con la garganta destrozada. Betty Harbottle es atacada y luego la llevaron al piso bajo, y su delantal se encuentra en el cuarto de los libros. El "Thumbograph" es robado y luego reaparece. Finalmente, se lleva a cabo un intento deliberado de matarle a usted, empujando esa máquina por la escalera. Un intento de asesinato del que escapó usted por milagro de Dios.

—Créame que eso me agradó —dijo el doctor Fell—. Fué uno de los

momentos peores de mi vida. Fué culpa mía por hablar demasiado. Sin embargo…

Eliot le miró inquisitivamente.

—De todos modos, señor, demostró eso que usted estaba en la pista correcta. El asesino se dió cuenta de que usted sabía demasiado. En cuanto a la pista que usted tiene, sería bueno que me la dijera. Ya sabe que me llamarán de vuelta a la ciudad, a menos que se pueda hacer algo aquí.

—Se lo puedo decir en seguida —respondió gruñendo el doctor—. No quiero parecer misterioso. Aunque se lo diga, y aunque tenga razón, todavía no podremos probar nada. Además, no estoy muy seguro respecto a otra cosa. No estoy muy seguro de que empujaran al autómata con el propósito deliberado de matarme.

—¿Para qué, entonces? No es posible que se haya hecho para asustar otra vez a la joven, señor. El asesino no pudo haber sabido que iría a dar contra esa puerta.

—Ya sé —respondió el doctor—. Y sin embargo… sin embargo… prueba…

—Eso es lo que quiero decir. Aquí tenemos una serie de acontecimientos y ni siquiera una sola prueba. Nada que pueda presentar a mi jefe. Ni siquiera puedo demostrar en qué forma están vinculados los hechos unos con otros. El veredicto será de suicidio…

—¿No puede hacer que se suspenda la investigación?

—Por supuesto que sí. En circunstancias ordinarias, eso es lo que haría, y seguir suspendiéndola hasta que hubiera pruebas de asesinato o se desechara el caso para siempre. Pero, ¿qué puedo esperar, como están las cosas? Mi jefe está convencido de que se trata de un suicidio. Cuando supieron que había las huellas digitales del muerto en la empuñadura del portaplumas, todo quedó finiquitado —dijo Eliot—. ¿Qué otra cosa puedo buscar?

—Betty Harbottle —sugirió Page.

—Muy bien; supongamos que mejore y nos cuente lo que vió. ¿Qué tiene que ver lo que ocurrió en ese cuarto con lo que sucedió en el jardín? ¿Dónde están las pruebas? ¿Algo respecto al “Thumbograph”? Nunca se dijo nada de que el “Thumbograph” estuviera en posesión del muerto, de modo que nada lograremos con eso. No. No lo mire desde el punto de vista de la sensatez,

señor; mírelo desde el punto de vista legal. Apuesto cien contra uno a que me llamarán hoy y el caso se mandará a los archivos. Usted y yo sabemos que existe un asesino por aquí. Pero nadie puede probarlo.

—¿Qué piensa hacer?

Eliot bebió su vaso de cerveza antes de replicar.

—Hay una posibilidad. Podremos hacer una investigación muy estricta. Es posible que alguno de los testigos cometa un desliz y entonces podremos hacer algo. Esa es la única oportunidad de triunfar que nos queda cuando todo ha fracasado.

—¿Cree usted que el investigador le ayudará?

—No sé —contestó Eliot pensativo—. Ese hombre Burrows tiene algo preparado. Pero no quiere decirme nada. Algo le ha dicho al investigador, quien, según me parece, no le quiere mucho, como tampoco le era simpático el difunto "Farnleigh" y está convencido de que se trata de un suicidio. Pero obrará correctamente y todos se pondrán en contra del "forastero" que soy yo.

—Vamos, vamos —le tranquilizó el doctor Fell—. A propósito, ¿dónde está ahora el autómata?

—¿El autómata? —repitió Eliot, mirándole sorprendido—. Lo metí dentro de una alacena. Después del golpe que se dió no sirve más que para hierro viejo. Pensaba examinarlo, pero dudo de que se pueda sacar nada en claro.

—Sí —dijo el doctor Fell, tomando su vela con un suspiro—. Esa fué la razón por la que el asesino lo tiró escaleras abajo.

Page pasó una noche agitada. Muchas cosas habría el día siguiente aparte de la investigación oficial. Tendría que ocuparse él del funeral, pues Nat Burrows parecía estar ocupado en otro aspecto del caso. Además, quedaba la cuestión de no dejar sola a Molly en esa casa.

Al día siguiente, la aldea se vió atestada de automóviles de los representantes de la prensa, quienes se dirigieron de inmediato a la hostería del *Bull and Butcher* en cuyo *hall* se llevaría a cabo la investigación.

A las once de la mañana se comenzaron los procedimientos oficinales de la investigación e interrogatorio de los testigos.

El largo *hall* estaba lleno por completo. El investigador, un procurador muy correcto que no aceptaría tonterías de parte de los Farnleigh, estaba

sentado detrás de una pila de documentos en el extremo de la mesa. A su lado había una silla para los testigos.

Primero de todo *lady* Farnleigh declaró la identificación de su marido. Aun esto, que por lo general no es más que formalidad, fué puesto en tela de juicio. Apenas había comenzado Molly a hablar cuando, se puso de pie Harold Welkyn para protestar que el muerto no era *sir* John Farnleigh y que, como se debían probar también las causas del suicidio, pedía que se tomara en cuenta esta circunstancia.

Siguió una larga discusión, durante la cual el investigador, ayudado por el señor Burrows, abrumó, al señor Welkyn. Este se sentó satisfecho. Había conseguido llamar la atención sobre la identidad del muerto.

Page comenzó a darse cuenta de cómo irían las cosas, cuando el investigador, en lugar de pedir evidencias, en cuanto al hallazgo del cadáver, llamó a Kennet Murray. Todo el asunto salió a luz y, con las palabras calmosas de Murray, la impostura del difunto salió a luz con toda claridad. Burrows luchó desde el principio, pero sólo logró hacer enojar al investigador.

La declaración sobre el hallazgo del cadáver fué presentada por Burrows y Page. Luego se pidió el testimonio médico. El doctor Theophilus King declaró que la noche del miércoles 29 de julio había ido a Farnleigh Close, en respuesta a un llamado telefónico que le hiciera el sargento Burton. Había hecho un examen preliminar y se había asegurado de que el hombre estaba muerto. Al día siguiente, en la morgue, practicó la autopsia por orden del investigador, verificando la causa de la muerte.

El interrogatorio, entonces, prosiguió como sigue:

Investigador: Ahora bien, doctor King, ¿quiere describir las heridas que halló en la garganta del difunto?

El doctor: Había tres heridas de poca profundidad, que comenzaban en la parte izquierda de la garganta y terminaban debajo de la parte derecha de la mandíbula, de arriba abajo. Dos de las heridas se habían cruzado.

Pregunta: ¿El arma se pasó a través de la garganta de izquierda a derecha?

Respuesta: Así es.

P: ¿Así hubieran sido las heridas si él mismo se hubiera matado?

R: Si el muerto usara su mano derecha, sí.

P: ¿Usaba el difunto siempre su mano derecha?

R: Que yo sepa, sí.

P: ¿Diría usted que era imposible que el muerto se haya infligido él mismo esas heridas?

R: No, señor.

P: Por la naturaleza de las heridas, doctor, ¿qué clase de arma cree usted que se usó?

R: Diría que fué una hoja dentada o mellada de unos diez centímetros de largo. Había gran laceración de los tejidos. Es muy difícil precisar exactamente.

P: Nos damos cuenta de eso, doctor. Dentro de un momento pediré que se presente un cortaplumas como el que usted describe. Fué hallado a poca distancia del muerto. ¿Ha visto usted el cuchillo al que me refiero?

R: Sí, señor.

P: ¿Opina usted que esa arma pueda haber causado las heridas en la garganta del difunto?

R: Sí, señor.

P: Finalmente, doctor, llego a un punto que debe ser dilucidado con mucho cuidado. El señor Nathaniel Burrows ha declarado que un momento antes de la caída del difunto éste se hallaba en pie al lado del estanque que se encuentra en el jardín trasero de la casa. El señor Burrows no nos puede asegurar si el difunto estaba solo en ese momento, aunque le he pedido que así lo haga. Ahora bien, en caso de que el difunto estuviera solo, ¿podría haber arrojado el arma a una distancia de unos tres metros?

R: Está dentro de las posibilidades físicas.

P: Supongamos que tuviera el arma en su mano derecha. ¿Podría esta arma haber sido arrojada hacia la izquierda?

R: No puedo aventurarme a imaginar las convulsiones de un hombre que está agonizando. Sólo puedo decir que eso es físicamente posible.

Después de ese interrogatorio, la declaración de Knowles dejó pocas dudas. Todo el mundo conocía al viejo mayordomo y sabían que era hombre honrado. Él relató lo que había visto desde la ventana, el hombre solo en medio de un círculo de arena, la imposibilidad del crimen.

P: ¿Está usted completamente seguro de que vió al difunto suicidándose?

R: Así lo temo, señor.

P: Entonces, ¿cómo explica usted el hecho de que el cuchillo que sostenía en su mano derecha fuera arrojado hacia la izquierda?

R: No estoy seguro de poder describir exactamente los ademanes del difunto caballero, señor. Al principio creí que sí, pero lo he estado pensando y ahora no estoy seguro. Pasó todo con mucha rapidez.

P: ¿Pero usted no vió el cuchillo que él arrojó?

R: Sí, señor, tengo la impresión de que lo vi.

Interrogado por Burrows, que actuaba por cuenta de la viuda, Knowles dijo que no podía jurar haber visto al difunto arrojar el cuchillo. Tenía buena vista, pero no para tanto. Y su sinceridad le ganó las simpatías del jurado. Knowles admitió que hablaba solamente de las impresiones que había recibido esa noche y admitía la remota posibilidad de un error, con lo que Burrows tuvo, que contentarse.

Siguió luego la extensa declaración de los policías y las pruebas con respecto a los movimientos de la víctima en la noche del suceso. Luego dijo el investigador:

—Miembros del jurado, existe otro testigo a quien desearía que ustedes escucharan, aunque no tengo idea del testimonio que presentará ese testigo. A pedido del señor Burrows y del suyo, la testigo se presentará para hacer una declaración de importancia, la que espero será de utilidad para cumplir con nuestro penoso deber. Llamo, por lo tanto, a la señorita Madeline Dane.

—¿Quiere usted darnos su nombre, por favor? —dijo el investigador.

—Madeline Elspeth Dane —respondió la joven.

—¿Su edad?

—Tre… treinta y cinco.

—¿Su dirección, señorita Dane?

—Monplaisir, cerca de Frettenden.

—Ahora bien, señorita Dane —dijo el investigador, con gentileza—, creo que deseaba usted formular una declaración con respecto al difunto, ¿no es verdad?

—Se trata de *sir* John Farnleigh —dijo Madeline con mucha seriedad—, y respecto a si era o no *sir* John Farnleigh. Quiero explicar la razón de que él

estuviera tan ansioso por recibir al demandante y a su procurador, y por qué no les expulsó de la casa, y por qué se prestó a la prueba de las impresiones digitales.

—Señorita Dane, si desea usted nada más que expresar su opinión respecto al difunto, temo que…

—No, no, no. No sé si era o no *sir* John Farnleigh. Pero eso es lo difícil del caso. Verá usted, *él mismo no lo sabía*.

CAPÍTULO XV

Parecía que ésa sería la sensación del momento. El investigador se aclaró la garganta.

—Señorita Dane, éste no es un tribunal de leyes, es sólo una investigación, y por lo tanto puedo permitirle declarar lo que guste, siempre que tenga algo que ver con el caso. ¿Quiere hacerme el favor de explicarme qué quiere decir?

Madeline respiró profundamente.

—Sí, si usted me deja explicar, verá cuán importante es, señor Whitehouse. Lo difícil es decir frente a todos ustedes cómo él llegó a confiarme a mí todas esas cosas. Pero tenía que confiar en alguien. Quería demasiado a *lady* Farnleigh como para decírselo a *ella*; eso era parte de su preocupación y a veces le afligía tanto que ustedes habrán notado su aspecto de enfermo. Ya se ha dicho cómo se reunieron anteanoche para discutir respecto a las propiedades y a las huellas digitales. Yo no estuve allí, pero supe todo. Lo que más impresionó a todos fué la completa seguridad de ambos litigantes hasta llegar a tomarse las impresiones digitales y después. La única vez que *sir* John sonrió fué cuando el demandante habló respecto a lo ocurrido en el *Titanic*, y respecto a que le pegaron con un mazo de marino.

—Sí, ¿y bien?

—Le contaré lo. Que me dijo *sir* John hace algunos meses. Después del naufragio del *Titanic*, siendo muchacho, despertó en un hospital de Nueva York. Pero no sabía que estaba en Nueva York ni se acordaba para nada del *Titanic*. No sabía dónde estaba ni cómo había llegado allí, ni siquiera quién era. Tenía una conmoción cerebral por haber recibido golpes en la cabeza durante el naufragio, y sufría de lo que se llama amnesia. ¿Entiende usted lo que quiero decir?

—Perfectamente, señorita Dane, continúe:

—Le dijeron que por sus ropas y papeles le habían identificado como

John Farnleigh. En el hospital estaba un hombre que dijo ser el primo de su madre y le dijo luego que se durmiera y que ya mejoraría.

»Pero ya sabe usted cómo son los muchachos de esa edad. Estaba muy asustado y terriblemente afligido. Pues no sabía nada respecto a sí mismo. Y lo peor de todo era que no se atrevió a contárselo a nadie por temor de que le creyeran loco y le encerraran.

»Así le parecía a él. No tenía ninguna razón para creer que *no era* John Farnleigh, ni tampoco para creer que no le decían la verdad en todo lo que le decían respecto a su persona. Tenía un vago recuerdo de gritos y confusión, frío y el mar embravecido; pero eso era todo lo que podía recordar. De modo que nunca le dijo una palabra a nadie. Fingió ante su primo que se acordaba de todo y aquél nunca sospechó la verdad.

»Durante años guardó su secreto. Siempre leía su diario para tratar de recordar todo. Me solía decir que a veces se pasaba horas enteras con la cabeza entre las manos, concentrándose. Todo lo que le venía a la mente era la imagen de una bisagra, una bisagra rota».

El silencio más absoluto reinaba entre los presentes.

—¿Una bisagra rota, señorita Dane? —preguntó el investigador.

—Sí. No sé qué significado tendría ni él tampoco lo sabía.

—Prosiga, por favor.

—En aquellos años que pasó en Colorado, nunca se atrevió a decirle su secreto a nadie, pues temía que le encerraran en una cárcel. El escribir no le sirvió de nada para comprobar su identidad, pues dos de sus dedos habían sido aplastados durante el siniestro y nunca más pudo sostener la pluma bien. Temía escribir a su casa, por eso es que nunca lo hizo. Temía ver a un médico pues le horrorizaba la idea de que le dijeran que estaba loco. A pesar de que un psicópata, que él consultó, le aseguró que estaba perfectamente bien, nunca perdió por completo el horror que sintiera durante tantos años.

»Luego se reavivó todo con la muerte del pobre Dudley. Él tuvo que volver a Inglaterra. Pensó que al fin recordaría todo. Sin embargo, no fué así. Les aseguro que no dudaba verdaderamente de su identidad; pero quería estar completamente seguro.

»A veces trataba yo de ayudarlo mostrándole algunos pequeños detalles de la casa. Como por ejemplo: En la biblioteca hay una especie de armario

que tiene una puerta en el fondo, por la que se puede pasar al jardín. Le persuadí a que buscara el resorte que abre esa puerta. Me dijo que durmió bien desde qué lo pudo encontrar. Pero todavía tenía que asegurarse de la verdad. Dijo que no sería tan malo todo si supiera la verdad, aunque resultara que no era en realidad John Farnleigh. Decía que haría frente a los acontecimientos con toda calma.

»Fué a Londres y consultó a otros dos médicos. Verán ustedes lo afligido que estaba que llegó hasta a consultar a una persona de quien se decía que tenía poderes psíquicos…, un horrible hombrecillo llamado Ahriman, en la calle Half-Moon. En aquella época estaba de moda el consultarlo. Nos llevó a un grupo de amigos bajo el pretexto de reírnos del asunto. Pero le contó a ese adivino todos los detalles de su caso».

Madeline se mordió los labios.

—Siento mucho —dijo— si estoy haciéndoles perder el tiempo.

—No estoy tan seguro de que usted nos está haciendo perder el tiempo —respondió el investigador—. ¿Tiene usted algo más que decirnos?

—Sí —respondió Madeline, volviéndose hacia el jurado—. Una cosa más.

—¿De qué se trata?

—Cuando me enteré que había un demandante, me di cuenta de lo que estaría pensando John. Todos ustedes ya saben lo que se le revolvía en la mente. Podrán seguir cada uno de sus pensamientos y cada una de las palabras que dijo. Ya saben cómo sonrió y el alivio que demostró cuando oyó que el demandante hablaba del mazo de marino y de los golpes que le dió el otro muchacho durante el naufragio. Pues *él* era el que sufrió de conmoción cerebral a causa de los golpes y de la pérdida de la memoria.

»¡Por favor, un momento! No afirmo que las declaraciones del demandante no fueran verdad. No lo sé ni soy yo quien lo decidirá. Pero *sir* John, el que ustedes llaman el difunto, como si nunca hubiera existido, debe haber sentido enorme alivio cuando oyó algo que para él no podía ser verdad. Por fin vió su sueño realizado, y su identidad probada sin lugar a dudas. El probar la verdad, de una forma u otra, fué el sueño de su vida. Si era *sir* John Farnleigh, seguiría viviendo feliz hasta el fin dé sus días. Si no lo era, no le importaría tanto su aflicción una vez que supiera la verdad. Él creyó entonces

que había ganado, y ahora la gente trata de probar que se suicidó. No lo piensen ni por un momento. ¿Pueden ustedes creer que se hubiera matado media hora antes de saber la respuesta al enigma que le preocupó toda la vida?».

Se produjo una algarabía sin igual, que el investigador. Hizo acallar en seguida. El señor Welkyn se puso en pie y habló, jadeante.

—Señor investigador —dijo—. Como discurso de defensa es sin duda muy interesante. No me tomaré la libertad de recordarle sus deberes. Ni señalaré el hecho de que no se ha formulado una sola pregunta en diez minutos. Pero si esta señorita, ha terminado su extraordinaria declaración, que de ser verdad prueba aún más la falacia del difunto, pediré permiso para interrogarla.

—Señor Welkyn —repuso el investigador—, hará usted sus preguntas cuando yo le dé permiso, y permanecerá callado hasta entonces. Muy bien, señorita Dane…

—Déjele que me pregunte —dijo Madeline—. Recuerdo haberlo visto en la casa de ese horrible egipcio, Ahriman, en la calle Half-Moon.

El señor Welkyn se enjugó la frente con un pañuelo.

Y luego se formularon preguntas. Y el investigador resumió todo el caso. Y el inspector Eliot salió a otra habitación y bailó solo. Y el jurado, dejándole el caso a la policía, presentó un veredicto de asesinato perpetrado por persona o personas desconocidas.

CAPÍTULO XVI

El inspector Eliot levantó su vaso de cerveza y lo inspeccionó.

—Señorita Dane —declaró—, es usted un diplomático de nacimiento. No sé por qué. Pero presentó usted el caso magistralmente.

Caía ya la noche y Eliot, el doctor Fell y Page estaban cenando con Madeline, en la casa de esta última, en Monplaisir. La mesa se hallaba ubicada cerca de las ventanas del comedor, y las ventanas se abrían sobre el jardín de laureles. En un extremo había una huerta de manzanos. En una dirección, un sendero llevaba a través de la huerta rumbo a la antigua propiedad del coronel Mardale. En otra, cruzaba un arroyo y atravesaba luego el Hanging Chart, cuyos enormes árboles se dibujaban negros sobre el cielo, al que ya se acercaban las sombras de la noche. Si se seguía el último sendero, a través del bosque, se llegaba a los jardines traseros de Farnleigh Close.

Madeline vivía sola, y tenía una sirvienta que venía durante el día para hacer la limpieza y cocinar. Su casa era pequeña y se hallaba aislada de todas las demás, siendo la más cercana. La de la desgraciada Victoria Daly.

Ella estaba sentada a la cabecera de la mesa, al lado de las ventanas. Terminada la cena, el doctor Fell encendió un enorme cigarro; Page había encendido, un cigarrillo para Madeline y, al oír las palabras de Eliot, Madeline lanzó una carcajada.

—Realmente, no fui yo quien pensó en prestar esa declaración, sino Nat Burrows. Él la escribió y me la hizo aprender de memoria, como si fuera una recitación. Le aseguro que todo lo que dije era verdad. Nat me dijo que ésa era la única forma de arreglar las cosas. ¿Me porté muy mal?

Todos la miraban asombrados.

—No —dijo el doctor Fell, muy serio—, estuvo usted muy bien. Pero, ¡oh, Dios! ¿Burrows fué el que preparó todo? ¡Caracoles!

—Sí, estuvo anoche aquí por eso.

—¿Burrows? Pero, ¿cuándo estuvo? —preguntó Page sorprendido—. Yo la acompañé a usted aquí.

—Vino después que usted se fué. Estaba terriblemente excitado por lo que yo le había dicho a Molly.

—¿Saben ustedes, amigos, que no debemos descuidar a Burrows? —comentó el doctor Fell—. Page ya nos ha dicho que es un hombre muy inteligente. Welkyn parecía ser el que mejor llevaba el asunto desde el principio, pero todo el tiempo tuvo Burrows la investigación donde él quería. Es natural que luche para que la firma de Burrows y Burrows siga manejando las propiedades de Farnleigh.

Eliot pensaba en otra cosa.

—Oiga, señorita Dane —dijo con obstinación—. No niego que nos ayudó usted bastante. Es una victoria para nosotros el que no se haya archivado el caso. Pero lo que quiero saber es por qué no se presentó a mí con toda esa información.

Lo cómico del caso, según pensó Page, es, que parecía estar ofendido.

—Quería hacerlo —dijo Madeline—, se lo aseguro. Pero primero tenía que decírselo a Molly. Entonces Burrows me hizo jurar que no diría una sola palabra antes de la investigación.

—Muy bien, no tiene importancia —dijo Eliot—. El caso es que pronto nos tendremos que ir —agregó—. Burrows nos llevará a Paddock Wood y el doctor Fell y yo tomaremos el tren de las diez para Londres. El doctor tiene una idea.

—¿Respecto a lo que se debe hacer aquí? —preguntó ansiosa Madeline.

—Sí —respondió el doctor—. He estado pensando. Esa investigación de hoy nos sirvió un doblé propósito. Esperábamos que se diera un veredicto de asesinato y teníamos también la esperanza de que uno de los testigos cometiera un desliz. Tenemos el veredicto de asesinato; y alguien cometió un error.

—¿Que fué?

—Por cierto precio —contestó gravemente el doctor—, el inspector y yo le diremos cuál fué el desliz, o por lo menos le daremos una insinuación al respecto. He dicho: por cierto precio. Al fin y al cabo, debería usted hacer por nosotros lo que hizo por el señor Burrows, y con la misma promesa de

guardar el secreto. Quisiéramos saber qué tiene entre manos el señor Burrows. ¿Ha concebido alguna idea respecto al misterio?

Madeline reflexionó un momento. Luego dijo:

—Creo que esto deben ustedes saberlo. Nat Burrows sospecha de alguien, y tiene la esperanza de probar su culpabilidad.

—¿Y? —insistió el doctor.

—Y sospecha de Kennet Murray —contestó Madeline.

Eliot golpeó con el puño en la mesa.

—¡Murray! ¿Murray? —dijo.

—¿Por qué, señor Eliot? —preguntó Madeline, mirándole—. ¿Le sorprende?

La voz del inspector era impersonal cuando replicó:

—Murray es la última persona de quien se debe sospechar. A él todo el mundo le vigilaba. ¡Burrows está muy equivocado! ¡Si el hombre tiene una coartada más grande que una casa!

—No lo entiendo muy bien —dijo Madeline, arrugando la frente—, pues no me lo dijo todo. ¿Realmente tiene una coartada? Sólo le digo lo que Nat me dijo a mí. Nat dice que si se siguen con calma todas las pruebas y evidencias, ninguno estaba vigilando a Murray, excepto el señor Gore.

El inspector y el doctor Fell se miraron. No hicieron comentario alguno.

—Prosiga, por favor.

—Recordarán ustedes que mencioné hoy en mis declaraciones que hay un armario para libros empotrado en la pared de la biblioteca. Ese tiene una puerta que se abre sobre el jardín.

—Sí —dijo el doctor—. Murray mencionó ese sitio cuando dijo que entró allí para cambiar los ejemplares del “Thumbograph”, de modo que nadie le viera desde las ventanas. Ahora comienzo a comprender.

—Sí. Eso se lo dije a Nat, y él se demostró muy interesado. Dijo que lo mencionara durante la investigación para que se asentara en los registros. Él dice que todo esto no es más que una conspiración contra el pobre John. Dice que porque ese “Patrick Gore” es tan astuto y tiene tanta facilidad de palabra, todos le han confundido con el jefe del grupo. Pero Nat mantiene que el señor Murray es el verdadero jefe de la banda compuesta por Gore, Welkyn y Murray.

—Prosiga, —dijo el doctor.

—Bien, Nat ha pensado una teoría respecto a cómo se habrá llevado a cabo el plan. El señor Murray estaba en contacto con un procurador de asuntos dudosos, que era Welkyn. Este estaba en situación de decirle (por medio de lo que averiguó uno de los adivinos que componen su clientela) que *sir* John Farnleigh sufría de la pérdida de la memoria. De modo que Murray, el antiguo tutor, concibió la idea de presentar un impostor con credenciales falsificadas. Por intermedio de Welkyn encontró a uno apropiado (Gore) entre los clientes del procurador. Murray le enseñó durante seis meses. Nat dice que ésa es la razón de que Gore se conduzca y hable como Murray. Cosa que el doctor Fell notó.

El doctor Fell había apoyado la cabeza en las manos y la miraba sin decir palabra.

La joven prosiguió.

—Nat dice que pensaron matar a John para que nadie quedara, que les discutiera la demanda, y debían hacerlo de una forma que pareciera suicidio. Tal como la mayoría de la gente lo cree. Welkyn y Gore vigilaron las dos partes de la casa. El procurador estaba en el comedor y Gore frente a las ventanas de la biblioteca. Ésto se hizo por dos razones: primera, para darle una coartada a Murray, y segunda, para evitar que nadie mirara por las ventanas mientras Murray no estaba en la biblioteca.

»Esperaron hasta último momento para ver si John se abatía y confesaba que había perdido la memoria y que podría no ser el verdadero heredero. Cuando vieron que no ocurría eso, Murray le siguió hasta el estanque y le mató. Pero Murray tenía que explicar su tardanza en comparar las impresiones digitales, de modo que inventó la historia de cambiar los dos "Thumbograph", y luego robó uno, y más tarde lo devolvió. Y Nat dice —concluyó casi sin aliento— que usted, doctor Fell, cayó en la trampa que le había preparado Murray».

El inspector Eliot apagó su cigarrillo.

—Así es la cosa, ¿eh? ¿No explicó el señor Burrows cómo Murray cometió el asesinato sin ser visto, cuando Knowles estaba mirando y el mismo Burrows también?

Ella sacudió la cabeza.

—No me dijo nada al respecto —contestó Madeline—. Quizá no quiso hacerlo, o quizá no lo tiene pensado todavía.

—No lo tiene pensado todavía… —repitió el doctor—. ¡Oh, mi Dios! Esto es espantoso.

—¿Qué le parece a usted? —preguntó Madeline.

El doctor Fell reflexionó.

—Tiene muchas fallas —contestó al fin.

—Eso no importa —dijo Madeline, mirándole de frente—. Yo misma no lo creo. Pero le he dicho lo que usted quería saber. ¿Qué era lo que me iba a decir usted?

Él la miró en forma curiosa.

—¿Nos ha dicho usted todo, señorita? —preguntó.

—Todo lo que me atreví a decirles. No me pregunte más, por favor.

—Sin embargo —insistió el doctor Fell—, a riesgo de parecer más curioso aún, le voy a formular otra pregunta. Usted conoció al difunto Farnleigh muy bien. El punto es nebuloso y psicológico; pero encuentre la respuesta a esa pregunta y se acercará usted a la verdad. ¿Por qué estuvo Farnleigh preocupado durante veinticinco años? ¿Por qué le afligía tanto la ceguera de su memoria? La mayoría de las personas se hubieran preocupado durante algún tiempo, pero no tanto. ¿Estaba torturado, quizá, por el recuerdo de algún crimen?

Ella asintió.

—Sí, creo que eso era.

—¿Pero él no podía recordar precisamente de qué se trataba?

—No…, excepto esa imagen de la bisagra rota.

—¿Sería una versión amable de un tornillo flojo, quizá? —preguntó Page, que creía que se refería eso a una figura de retórica.

—No. No lo creo. Quiero decir que no era una figura de retórica. A veces le parecía ver una bisagra sobre una puerta, una bisagra *blanca*. Se iba rompiendo poco a poco mientras él la miraba, y terminaba por romperse del todo.

—Una bisagra blanca —dijo el doctor Fell, y miró a Eliot—. Eso parece interesante, ¿eh, muchacho?

—Sí, señor.

—Muy bien —prosiguió el doctor—. Veamos si hay algo de verdad en eso. Yo les diré algo.

»Primero. Se ha hablado mucho desde el principio con respecto a quién fué o no fué golpeado en la cabeza con lo que se ha descripto como un “mazo de madera, de marinero”. Ha habido mucha curiosidad respecto al hecho, pero poca respecto al mazo. ¿De dónde sacó alguien ese instrumento? Un artículo así no serviría de mucho a un marinero a bordo de un barco moderno. Sólo una cosa se me ocurre que responda a esa descripción.

»Probablemente habrán visto esos mazos, si han cruzado el Atlántico. Uno de ellos cuelga al lado de las puertas de acero que se hallan a intervalos regulares en los pasajes debajo de cubierta en los vapores modernos. Estas puertas de acero son, o se supone que son, herméticas. En caso de ocurrir un desastre se pueden cerrar para formar una serie de compartimientos y evitar que el agua inunde la embarcación. Y el mazo de cada puerta es para usarse como arma en caso de pánico por parte de los pasajeros, Según recuerdo, el *Titanic* era famoso por sus compartimientos herméticos».

—¿Y bien? —le urgió Page, al ver que el doctor se interrumpía.

—¿No le sugiere eso nada?

—No.

—Segundo punto —dijo el doctor—. Ese interesante autómata: la Bruja de Oro. Averigüe qué era lo que hacía funcionar al aparato en el siglo diecisiete, y tendrá usted el secreto esencial de este caso.

—¡Pero eso no tiene ningún sentido! —protestó Madeline—. Por lo menos, no tiene nada que ver con lo que yo estaba pensando. Yo creí que usted tenía la misma idea que yo, y ahora…

El inspector consultó el reloj.

—Tendremos que irnos, señor —anunció—, si queremos tomar el tren y detenernos de paso en el Close.

—No se vayan —dijo Madeline de pronto—. Por favor. Usted se quedará, ¿verdad, Brian?

—Pensé que en algún momento tendríamos que retirarnos, señorita —dijo el doctor Fell—. ¿Qué es lo que pasa?

—Tengo miedo —dijo Madeline.

El doctor Fell dejó su cigarro en un platillo y encendió las velas que

estaban sobre la mesa. Parecía inquieto.

—Temo que no podremos quedarnos, señorita Dane. Volveremos mañana, pues hay algo que tendremos que aclarar en la ciudad. De todos modos, Page podría…

—Por supuesto que me quedaré —exclamó Page—. Aunque estoy seguro de que no hay nada que temer.

—¿No se olvida usted de la fecha?

—¿La fecha?

—El aniversario. Hoy es 31 de julio. Victoria Daly murió hace exactamente un año.

—También es —agregó el doctor, mirando a todos la noche en que los poderes de las tinieblas están exaltados. Bien. Soy un aguafiestas, ¿eh?

—Ya lo creo que lo es —dijo Page airado—. ¿De qué vale meter ideas raras en la cabeza de la gente? Ya está Madeline bastante inquieta. Pero no hay ningún peligro aquí. Si veo a alguien rondando por el jardín le apretaré el cuello y luego pediré permiso a la policía.

—Lo siento —dijo el doctor, y tomó su bastón y sombrero.

—Si es que no me equivoco —dijo Eliot—, podremos tomar el sendero de la izquierda y, cruzando el bosque, iremos a parar directamente a Farnleigh Close. ¿Qué le parece?

—Muy bien.

—Bien; entonces, buenas noches. Gracias por todo, señorita Dane. Tenga los ojos bien abiertos, señor Page.

—Sí. Y ustedes tengan cuidado con los duendes del bosque —les gritó Page desde la puerta.

Se quedó parado, mirándoles alejarse por el jardín. Era una noche muy calurosa.

—Siento haberme portado tan tontamente, Brian —le dijo Madeline ya calmada—. Sé que no hay peligro ninguno —se puso en pie—. ¿Me perdona un momento? Quiero ir arriba para arreglarme un poco. No tardaré mucho.

Ya solo, Page encendió un cigarrillo. Comenzó a pensar que una noche pasada a solas con Madeline era algo muy placentero. Un bichito de luz entró por la ventana y se acercó a una de las velas. Se le ocurrió entonces que podrían encender la luz eléctrica, y se acercó a la pared. Al encenderlas notó

que la casa estaba rodeada por la oscuridad y la soledad. Se acercó a la ventana y miró hacia el jardín. Permaneció inmóvil durante un momento.

En el jardín, poco más allá de la luz que emanaba de las ventanas, estaba el autómata de Farnleigh Close.

CAPÍTULO XVII

Durante un momento se quedó mirándolo, tan inmóvil como el mismo muñeco.

La luz de las ventanas llegaba casi hasta la base de la figura. Se inclinaba un poco a causa de la caída. Vieja y arruinada y medio ciega, le miraba malignamente desde las sombras del jardín.

Tuvo que hacer un esfuerzo para hacer lo que hizo. Salió de la casa y se acercó lentamente hacia el autómata. Estaba completamente solo, o lo parecía. Notó que las ruedas habían sido compuestas. Después de examinar al muñeco un momento, se alejó de nuevo hacia la casa pues había oído que Madeline bajaba ya.

Cuidadosamente cerró todas las ventanas. Luego levantó la pesada mesa de roble y la llevó al centro de la habitación. Madeline le vió que estaba tratando de ponerla allí.

—Están entrando muchos bichos —explicó él.

—¿Pero no hará mucho calor? ¿No sería mejor dejar una…?

—Yo lo haré —dijo él, abriendo un poco una de las ventanas.

—¡Brian! No pasa nada, ¿verdad?

—¡Oh, no! —le respondió Page—, no pasa nada en absoluto. Sólo que los bichitos molestan mucho, eso es todo. Por eso cerré las ventanas.

—¿Quiere que vayamos a la otra habitación?

—No. Quedémonos aquí a fumar otro cigarrillo.

—Por supuesto. ¿Quiere tomar otro poco de café?

—No se moleste.

—No es molestia. Lo tengo preparado sobre la cocina.

Ella le sonrió y se alejó hacia la cocina. Mientras estuvo solo, Page no miró por la ventana. Le pareció que la joven tardaba mucho y se levantó para ir a buscarla, hallándola en la puerta con una cafetera en la mano. Habló con voz queda.

—Brian, algo pasa. La puerta trasera está abierta. Yo sé que la dejé cerrada, y María siempre la cierra cuando sale.

—María se habrá olvidado.

—Sí, así será. Me parece que me estoy poniendo tonta. Alegrémonos un poco.

Se acercó a un rincón del cuarto y puso en marcha el radio. Los acordes de la música alegre llenaron la habitación. Madeline retornó a la mesa y sirvió café. Estaba de espaldas a la ventana. Page pensaba qué podría hacer si la cara del autómata se asomaba a la ventana.

Mientras tanto, su cerebro comenzaba a pensar con claridad. Ese autómata no era más que un mecanismo de hierro y su único propósito era aterrorizar. Pero ese propósito se debía a una mente humana y no al autómata en sí. No había cruzado solo el espacio que le separaba de Farnleigh Close. Lo habían llevado allí para aterrorizar a alguien. Y le pareció que el autómata se ajustaba a los hechos del caso desde el principio mismo, cosa que él debió haber imaginado también desde el principio…

—Sí —dijo Madeline de pronto—. Hablemos del asunto. Sería mejor.

—¿De qué?

—De este caso tan raro —dijo ella—. Es posible que yo sepa más de lo que usted cree.

—No sé si sabrá usted lo que yo he imaginado —dijo él.

Mantuvo la vista fija en la ventana abierta. Le pareció que estaba hablando con alguna persona que estuviera allí fuera y no con Madeline.

—Probablemente será mejor que me lo quite de encima —prosiguió—. Déjeme que le pregunte algo. ¿Sabe usted si se practica la hechicería por estos sitios?

Ella vaciló un poco.

—Sí. Algo he oído decir. ¿Por qué?

—Se trata de Victoria Daly. Ayer me enteré de los detalles esenciales del caso por el doctor Fell y el inspector. Ahora se me ha aclarado todo. ¿Sabía usted que se halló el cuerpo de Victoria embadurnado con una sustancia compuesta de jugo de chirivía acuática, acónito, cincoenrama, dulcamara venenosa y hollín?

—Pero, ¿para qué? ¿Qué tienen que ver todas esas cosas con el crimen?

—Mucho. Esa es una de las fórmulas de un famoso ungüento con que los satanistas se cubrían antes de realizar sus cultos. Le falta uno de los ingredientes originales: la carne de un niño; pero supongo que hay límites que un criminal no se atreverá rebasar.

—¡Brian!

—¡Oh, sí, es verdad! Sé algo sobre ese tema, y no me explico cómo no lo recordé desde el principio. Ahora quiero que piense usted sobre las deducciones obvias que se pueden sacar de esos detalles, las deducciones que el doctor Fell y el inspector Eliot sacaron desde el principio. No me refiero a las prácticas satanistas de Victoria. Eso está bastante claro sin deducciones.

—¿Por qué?

—Escúcheme. Ella usó ese ungüento en la noche en que se supone que los demonios visitan la tierra. La asesinaron a las 11,45, y el Sabbath comienza a medianoche. Está claro que ella se había aplicado el ungüento algunos minutos antes de que el asesino la atacara. La asesinaron en su dormitorio del piso bajo, cuya ventana estaba abierta; tradicionalmente, la forma en que los satanistas salían, o creían salir, de sus casas para esas reuniones.

Aunque él no la miraba directamente, le pareció notar que la joven fruncida el ceño.

—Creo que me doy cuenta a qué se refiere, Brian. Usted dice: “creían salir” porque…

—A eso voy. Pero, primero, ¿qué deducción podemos tener respecto a su asesino? La más importante es ésta: Ya sea que el vagabundo la mató o no a Victoria Daly, *había una tercera persona en esa casa en el momento en que se cometió el crimen, o poco después*.

Ella se puso en pie de un salto y le clavó sus ojos en el rostro.

—¿Cómo, así, Brian? No lo entiendo.

—Debido a la naturaleza del ungüento. ¿Se da usted cuenta del efecto que produce una substancia así?

—Sí, creo que sí. Pero dígamelo.

—Desde hace seiscientos años —prosiguió él— hemos tenido declaraciones de aquellos que afirman haber asistido a las ceremonias de las brujas y haber visto a Satán. Lo que más le impresiona a uno es la sinceridad

absoluta, el detalle preciso, con los que esa gente ha descripto cosas que no podrían nunca ser verdad. No, podemos negar que el culto de Satán realmente existió y fué una fuerza poderosa desde la Edad Media hasta el siglo diecisiete. Pero esos misteriosos viajes en el aire, esas maravillas y fantasmas, esos demonios, que ellos aseguran haber visto, no pueden ser aceptados por las personas sensatas; y, sin embargo, lo presentan como verdad un gran número de personas que no eran histéricas ni estaban locas… Bien, ¿qué es lo que haría creer esas cosas a una persona?

Madeline le respondió con voz queda:

—El acónito y la belladona, o la dulcamara venenosa. Se miraron.

—Creo que ésa es la explicación —dijo él, siempre con la mirada fija en la ventana—. Muchas veces se comprobó que la "bruja" no salió para nada de su propia casa o de su habitación siquiera. Creía haber asistido a la reunión, debido a que los dos ingredientes principales del ungüento eran acónito y belladona. ¿Sabe usted algo respecto al efecto que pueden producir esos venenos cuando se friega con ellos la piel?

—Mi padre tenía un libro de medicina aquí —dijo ella—. Pensaba…

—La belladona, absorbida por los poros y debajo de las uñas, produciría rápidamente un estado tal de excitación que finalmente serían seguidas por las alucinaciones y él desmayo. Agregue a esos síntomas los producidos por el acónito y tendrá usted un resultado extraordinario para una mente ya envenenada por las lecturas de un libro como el que se halló sobre la mesa de luz de Victoria Daly.

—Está bien, Brian. Suponiendo que eso fuera verdad, ¿cómo se comprueba que había otra persona en la casa la noche en que murió? Me refiero a otra persona aparte de Victoria y el vagabundo que la mató.

—Ella estaba vestida con una bata de noche y tenía puestas unas zapatillas cuando la encontraron muerta. Ese es el asunto. Imposible que se hubiera puesto esas ropas sobre el ungüento ése, tan pegajoso y sucio. Además, la costumbre de esas reuniones de satanistas exigía nada más que unos pocos harapos que no impidieran los movimientos, cuando no se asistía desnudo.

Brian hizo una pausa.

»¿Se da cuenta de lo que ocurrió? —prosiguió al cabo de un momento—.

La mujer se hallaba presa del delirio cuando entró el vagabundo. Un pobre diablo como él vió la casa a oscuras y la ventana abierta. Pensó que no habría nadie adentro, y se encontró con una fiera que gritaba, presa del delirio. El hombre perdió la cabeza y la mató. Imposible que el asesino la haya vestido como la encontraron, pues fué interrumpido y tuvo que salir huyendo. Pero había alguien más en la casa. Victoria Daly yacía muerta con el ungüento sobre el cuerpo y con ropas algo raras, cosa que causaría un escándalo furioso cuando se encontrara el cadáver. Para evitar el descubrimiento, esa tercera persona entró en el dormitorio antes de que nadie viera el cuerpo. ¿Recuerda que los dos hombres que oyeron los gritos y vieron al vagabundo escapando por la ventana, le siguieron hasta las vías férreas y no volvieron a la casa hasta después que el tren mató al vagabundo? Esa tercera persona le quitó los harapos a Victoria y la vistió con la bata de noche y las zapatillas. Eso es lo que realmente ocurrió».

Page se daba cuenta de que estaba en lo cierto con sus deducciones. Miró a Madeline.

—¿Se da cuenta de que es verdad? —le preguntó.

—¡Brian! ¿Cómo pudo saberlo?

—No, no, no me entiende usted. Quiero decir que ahora se da cuenta usted, ¿no es cierto? Esa es la deducción en la que ha estado trabajando Eliot hasta ahora.

Ella pensó un momento antes de replicar.

—Sí —admitió—. Lo había pensado. Por lo menos, lo había pensado hasta esta noche en que esas insinuaciones del doctor Fell no parecían estar de acuerdo con mis ideas. Pero, ¿recuerda usted que él dijo ayer que no había ningún culto de satanistas por aquí?

—Y no lo hay.

—Pero usted acaba de explicar…

—He explicado lo que hizo una persona. Una persona, sólo una. ¿Recuerda lo que el doctor Fell dijo ayer?: “Todo, desde la crueldad mental hasta el asesinato, es el trabajo de una persona”. Piénselo. Crueldad mental, más placeres intelectuales, más la muerte de Victoria Daly, más un vago rumor de que existe un culto satanista por aquí.

—¿Qué será lo que obligó a esa persona a dedicarse a esas cosas? ¿Será

el hastío? ¿O una tendencia heredada desde la niñez?

—¿A dedicarse a qué cosas? —preguntó Madeline—. Eso es lo que he estado tratando de saber.

Detrás de ella una mano golpeó en el cristal de la ventana, con un sonido parecido a un rasguño.

Madeline lanzó un grito. Ese golpecito había cerrado casi la ventana a medio abrir. Page vaciló un momento. Los acordes de la música se oían claramente en la habitación. Luego se acercó a la ventana y la abrió.

CAPÍTULO XVIII

El doctor Fell y el inspector Eliot no tomaron el tren. No lo tomaron porque, cuándo llegaron al Close, se les comunicó que Betty Harbottle se hallaba despierta y podía hablar con ellos.

En el camino hacia Farnleigh Close conversaron en susurros.

—Sin embargo, señor, ¿estamos más cerca de la solución? —decía Eliot.

—Así lo creo y lo espero. Si he interpretado correctamente el carácter de cierta persona, él nos dará todas las pruebas que necesitamos.

—¿Y si su explicación da resultados?

—Si da resultados, sí. La formé de la nada, pero creo que servirá.

—¿Cree usted que hay algún peligro —Eliot volvió la cabeza hacia la casa de Madeline— allá?

Se produjo una pausa antes de que el doctor, Fell contestara. En el bosque no se oía más que el ruido de sus pasos.

—¡Maldición! ¡Ojalá supiera! Empero, no lo creo. Considere usted el carácter del asesino. Una astucia sin límites debajo de ese exterior tan placentero. Pero no es un monstruo dispuesto a llenar la aldea de cadáveres. No es más que un asesino moderado. Cuando pienso en la cantidad de personas que, por todas las normas del homicidio progresivo, debieron haber sido asesinadas en este caso, se me pone la carne de gallina.

»Tenga en cuenta que no le defiendo —prosiguió el doctor, después de una pausa—. Pero han sido muchos los que han estado en peligro desde el principio. Betty Harbottle podía haber sido asesinada. Cierta dama que conocemos también podría haberlo sido. Por la seguridad de cierto caballero he tenido aprensiones desde el principio. Y ninguno de ellos ha sufrido ningún daño. ¿Será vanidad, o qué?».

En silencio salieron del bosque y descendieron la colina. Sólo unas pocas luces se veían en Farnleigh Close. Cruzaron el jardín y golpearon a la puerta. Knowles les hizo pasar.

—*Lady* Farnleigh se ha retirado a descansar, señor —dijo—. Pero el doctor King me pidió que les diga que les espera arriba, Si desean verlo.

—¿Está Betty Harbottle…? —Eliot se interrumpió.

—Sí, señor, así lo creo.

Subieron rápidamente las escaleras y se acercaron al dormitorio donde reposaba la joven. El doctor King les contuvo un momento antes de que entraran.

—Oigan ustedes —dijo King algo bruscamente—. Les doy cinco, diez minutos como máximo, no más. Debo advertirles que habla con mucha tranquilidad, pero no se dejen engañar. Es eso parte de la reacción y tiene dentro del cuerpo una dosis de morfina. No la presionen mucho. ¿Entendido? Muy bien, entonces, pueden entrar.

Entraron en la habitación y vieron a Betty Harbottle sentada en la cama. Su palidez y las mejillas ligeramente hundidas eran su único signo de enfermedad. Pareció complacida al verlos.

El doctor Fell le sonrió amablemente.

—Hola —la saludó.

—Buenas noches, señor —respondió Betty.

—¿Sabes quiénes somos, querida? ¿Y por qué estamos aquí?

—Sí, señor. Ustedes quieren que les cuente lo que me ocurrió.

—¿Puedes hacerlo?

—No me molesta —concedió ella.

Fijó sus ojos en el pie de la cama. El doctor King sacó su reloj y lo puso sobre la cómoda.

—Bien… —comenzó la joven—. No sé cómo comenzar. Fui arriba para ver si podía echar una ojeada a lo que guardan encerrado en el cuarto de los libros.

El doctor Fell pareció muy intrigado.

—Pero, ¿por qué querías ver lo que hay allí?

—Pues, todo el mundo está enterado de lo que hay allí, señor. Y alguien lo ha estado usando.

—¿Usando?

—Sí, alguien ha estado allí con una luz encendida. La vi varias veces desde afuera. Hasta la señorita Dane lo sabía. Todos los de la casa la habían

visto y estábamos interesados en ese muñeco…

—¿Pero, quién usaba el cuarto?

—Casi todos decían que era *sir* John. Agnes le vio una tarde que bajaba del desván. Tenía la cara toda transpirada y llevaba en la mano un látigo. Agnes dijo que parecía muy nervioso.

—Muy bien, querida, ¿quieres decirnos qué ocurrió ayer?

El doctor King intervino, diciendo:

—Dos minutos, muchachos.

Betty pareció sorprenderse.

—No me molesta —dijo—. Fui arriba para conseguir una manzana, pero cuando pasé frente a la puerta del cuarto vi que el candado estaba abierto. Seguí hasta el Cuarto Verde y tomé una manzana, pero cuando volvía se me ocurrió mirar al interior del cuarto de los libros. No estaba muy tranquila.

—¿Por qué?

—Porque oí ruidos en el interior, o así me pareció. Era un ruido como cuando se da cuerda a un reloj.

—¿Recuerdas qué hora era, Betty?

—No, señor. Sé que era más de la una, quizá la una y cuarto o un poco más.

—¿Qué hiciste entonces?

—Abrí la puerta de golpe, para no perder el valor y no hacerlo. Lo que la mantenía cerrada era un guante colocado entre la puerta y el marco.

—¿Un guante de hombre o de mujer?

—Creo que era de hombre. Estaba sucio de aceite, o de algo que olía a aceite. Cayó al suelo y yo entré. Vi a la máquina allí, pero no me atreví a acercarme. En ese momento se cerró suavemente la puerta y desde el exterior pusieron la cadena y el candado y quedé encerrada.

Betty retorcía el borde de la sábana. El doctor Fell. Y el inspector se miraron con gravedad.

—Pero…, ¿quién estaba allí dentro?

—Nadie, excepto esa vieja máquina. Nadie en absoluto.

—¿Estás completamente segura?

—¡Oh, sí!

—¿Qué hiciste entonces?

—No hice nada. Tenía miedo de gritar y pedir que me dejaran salir, pues me despedirían si se enteraban de que había entrado allí. A poco, la máquina comenzó a levantar los brazos hacia mí y yo retrocedí poco a poco.

Sobrevino un momento de silencio profundo.

—¿Se movió, Betty? ¿La máquina se movió?

—Sí, señor. Movió los brazos. No se movían rápidamente. Luego el cuerpo se fué adelantando y hacía un ruido extraño. No me pareció sentir gran temor por eso; lo que me asustó, fueron sus ojos. No los tenía en el sitio correcto, sino en la pollera, justo donde están las rodillas del muñeco, y me miraban. Ya no me molestan tanto. En ese momento perdí el conocimiento; pero ahora está allí afuera, en la puerta —continuó Betty, sin cambiar de expresión en absoluto y señalando hacia la puerta—. Quisiera dormir —agregó con tono plañidero.

El doctor King juró por lo bajo.

—Ya está mal otra vez —dijo—. Salgan ahora. No, ya se repondrá; pero… mejor será que se vayan.

—Sí —admitió Eliot, mirando a Betty—. Creo que será mejor.

Salieron silenciosamente.

—Espero —dijo el doctor King— que les sirvan de algo las palabras que ha pronunciado esa chica, aunque no son más que el producto de su mente afiebrada.

Sin pronunciar palabra, el doctor Fell y el inspector Eliot se dirigieron al Cuarto Verde y se acercaron a una de sus ventanas.

—¿Eso finaliza todo, señor? —preguntó el inspector—. ¿Aun aparte de las… respuestas a las preguntas?

—Sí. Ya termina todo.

—Entonces será mejor que vayamos a la ciudad y…

—No —respondió el doctor Fell al cabo de una larga pausa—. No creo que sea necesario. Creo que será mejor hacer el experimento ahora, mientras el hierro está candente. ¡Mire eso!

El jardín se veía bastante claramente a pesar de la oscuridad. Vieron el laberinto de setos, el espacio alrededor del estanque y las manchas blancas de los lirios acuáticos. Pero no estaban mirando todo eso. Alguien, llevando un objeto, fácil de reconocer aún con esa luz, pasó frente a las ventanas de la

biblioteca y dobló la esquina sur de la casa.

El doctor Fell exhaló un profundo suspiro. Se acercó al centro de la habitación y encendió la luz.

—Psicológicamente, como hemos llegado a decir —le dijo a Eliot con sorna—, esta noche es la noche. Ahora es el momento, amigo. Ahora, o perderemos toda la ventaja. Reúnalos a todos. Me gustaría explicar la forma en que un hombre puede ser asesinado estando solo dentro de un círculo dé arena; y luego oraremos para que el viejo Diablo venga y se lleve a su presa. ¿Eh?

Una tosecita les interrumpió cuando Knowles entró en la habitación.

—Perdonen ustedes, señores —dijo—. El señor Murray está aquí y pide verles. Dice que les ha estado buscando.

—¿Ah, sí? —dijo el doctor Fell con feroz afabilidad—. ¿Dijo qué quería?

Knowles vaciló.

—No, señor. Es decir… —vaciló de nuevo—. Dice que está preocupado por algo, señor. También desea ver al señor Burrows. Y, con respecto a …

—¡Hable, hombre! ¿Qué pasa?

—Bien, señor, ¿puedo preguntar si la señorita Dane recibió el autómata?

El inspector Eliot giró sobre sus talones.

—¿Si la señorita Dane recibió el autómata? ¿Qué autómata? ¿Qué pasa con eso?

—Ya lo conoce usted, señor —replicó Knowles—. La señorita Dane llamó por teléfono esta tarde, y pidió si le podían mandar a su casa el autómata esta noche. Nos… nos pareció un pedido algo raro; pero la señorita Dane dijo que estaba esperando en su casa a un experto en esos aparatos, y quería que lo examinara.

—Ajá —dijo el doctor Fell—. Quería examinarlo.

—Sí, señor. El jardinero compuso la rueda, y yo lo hice enviar allá en un carro. El jardinero y uno de los sirvientes dicen que no había nadie en casa de la señorita Dane cuando lo llevaron, de modo que lo pusieron en la leñera. Entonces… el señor Burrows vino y se mostró muy molesto porque no estuviera el muñeco aquí. El también conoce a un experto en esos aparatos.

—¡Qué popular se está volviendo la bruja en su vejez! —murmuró el doctor—. ¿También el señor Murray está interesado en el autómata?

—No, señor. Por lo menos no ha dicho nada.

—Es una pena. Bien, condúzcalo a la biblioteca. Allí estará como en su casa. Uno de nosotros bajará en seguida.

Cuando Knowles se hubo retirado, el doctor le dijo a Eliot:

—¿Y qué le parece esta novedad?

Eliot se restregó la barbilla.

—No sé qué decir. Pero no me parece muy apropiado con lo que nosotros vimos. De todos modos, no sería mala idea el que yo volviera con toda rapidez a Monplaisir.

—Estoy de acuerdo con usted.

—Burton ya debería estar aquí con el coche. Si es así, podré llegar por el camino en tres minutos. Si no…

El auto no había llegado. No pudo Eliot conseguir tampoco ningún automóvil en los garajes del Close, cuyas puertas estaban cerradas con llave. Eliot partió hacia Monplaisir por el sendero que cruzaba el bosque.

En el camino se decía que no tenía motivos para apurarse; pero, mientras ascendía la colina a través del Hanging Chart, se dió cuenta de que caminaba rápidamente. No le gustó el aspecto del bosque. Sabía que eran todos víctimas de una serie de engaños a los que no se debían temer más que a la máscara doble del dios Jano que hallaron en el desván. El engaño era desagradable, pero no era más que un engaño.

Empero, mientras aumentaba la velocidad de sus pasos, iluminó con su linterna los costados del camino. No creía que sucedería nada. Sabía que no lo necesitarían.

Al llegar casi a los confines del bosque oyó el estampido de un disparo.

Capítulo XIX

Brian Page estaba frente a la ventana y miraba hacia el jardín. Después del golpe se había preparado para cualquier cosa; pero nada ocurrió. El autómata había desaparecido. La luz de las estrellas apenas mostraba el sitio donde habían descansado sus ruedas. Pero la presencia o ausencia de la máquina no significaba nada; alguien o algo había golpeado en la ventana. Salió al jardín.

—Brian —dijo Madeline con voz queda—, ¿adónde va usted?

—A ver quién llamó.

—Por favor, no salga —dijo la joven y se le acercó—. ¡Por favor! Entre y cierre la ventana. Yo sé.

—¿Usted sabe?

Ella asintió señalando hacia el jardín.

—Sé qué era lo que había allí fuera hace un momento. Lo vi desde la puerta trasera cuando fui a la cocina. No quería afligirle a usted en caso de que usted no lo hubiera visto, aunque estaba casi segura de que lo había visto —le tomó por las solapas—. No vaya. No vaya. Eso es lo que quieren que usted haga.

Él la miró fijamente. A pesar de lo que pensaba y sentía en ese momento, habló con cierto desapego apasionado.

—Sé que éste no es el momento ni el sitio apropiado para decir lo que voy a decir. Quiero decirle que la amo.

—Entonces, algo bueno ocurre en la noche de las brujas —dijo Madeline, y acercó sus labios a los de Page.

Page casi no podía creer en sus propios sentidos. Sintió deseos de lanzar un grito de júbilo… y lo hizo.

—¡Oh, por Dios, Brian! ¿Por qué no me lo dijiste antes? —dijo Madeline, medio llorando y riendo—. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Porque no creí que fuera posible que estuvieras interesada en mí. Pensé que te reirías de mi proposición.

—¿Creías que me reiría?

—Francamente… sí.

Ella le puso las manos sobré los hombros y estudió su rostro. Los ojos de Madeline, relucían con una luz interior.

—Brian, ¿me amas, verdad?

—Hace un rato que estoy tratando de expresarlo con palabras; pero no tengo el menor inconveniente en comenzar otra vez.

—Una solterona como yo…

—Madeline —repuso él—, haz lo que quieras, pero no uses esa palabra. Para describirte como se debe, es necesario…

—Brian, si realmente me amas, te podré mostrar algo, ¿puedo?

Desde el jardín resonaron pasos. El tono de voz de la joven había sido muy raro, tan raro que a él le llamó la atención; pero no había tiempo para pensar en eso. Al oír los pasos se separaron rápidamente. Entre los laureles se acercaba una figura. Al cabo de un momento, Page vió con alivio que era Nat Burrows.

Les saludó con una sonrisa, y dijo:

—He venido a buscar el autómata.

—¿El…? —Madeline le miró parpadeando—. ¿El autómata?

—No deberían ustedes pararse frente a las ventanas —dijo Burrows con severidad—. Pone nervioso cuando se reciben visitas después. Usted tampoco —agregó, dirigiéndose a Page—. El muñeco, Madeline. El muñeco que pidió usted prestado a Farnleigh Close esta tarde.

Page se volvió para mirar a la joven. Ella miraba asombrada a Burrows.

—Nat, ¿de qué me habla usted? ¿El muñeco que pedí prestado? No he hecho tal cosa.

—Mi querida Madeline —replicó Burrows—. Usted llamó por teléfono esta tarde y pidió ese muñeco. El jardinero y un sirviente lo trajeron aquí. Está en la leñera.

—Debe estar usted completamente loco —dijo Madeline, en voz alta y aguda.

Burrows, como de costumbre, fué razonable.

—Bien, allí está. Esa es la respuesta, Tengo el auto en el camino principal. Vine aquí para buscar el autómata. No sé por qué lo pidió usted;

pero, ¿le molestaría mucho que me lo llevara? Quiero que lo examine un experto.

La leñera estaba empotrada en la pared de la cocina. Page fué allí y abrió la puerta. El autómata estaba allí. Vagamente pudo ver su forma.

—¿Ve usted? —dijo Burrows.

—Brian —dijo Madeline algo desesperada—, ¿me creerás si te digo que no he hecho tal cosa? Ni siquiera he pensado en este aparato en todo el día. ¿Qué motivo iba a tener?

—Por supuesto que te creo —le replicó Page—. Parece que alguien se ha vuelto completamente loco.

—¿Entremos? —dijo Burrows—. Me gustaría conversar con ustedes dos respecto a esto. Esperen un momento que voy a encender los faros laterales del coche.

Los otros dos entraron en la casa y se miraron extrañados. Madeline desconectó el radio y se acercó a Page.

—¿Tienes alguna idea de lo que ha ocurrido? —preguntó ella.

Con respecto a lo que ocurrió unos segundos después, Page todavía está algo confuso. Recuerda que la había tomado de la mano y abría la boca para tranquilizarla. En ese momento, ambos oyeron la detonación que provenía desde el jardín. Era un ruido seco y vibrante. Fué lo bastante sonoro como para hacerles dar un respingo. Empero, parecía no tener nada que ver con ellos, a pesar de que algo pasó junto a sus cabezas… y uno de los relojes del comedor se detuvo.

El oído de Page notó que uno de los relojes se había detenido al mismo tiempo que sus ojos se fijaban en un pequeño orificio redondo que había aparecido en el cristal de la ventana. La bala se había sepultado en el reloj.

—Retírate de la ventana —dijo Page—. Alguien ha hecho un disparo contra nosotros. ¿Adónde diablos ha ido Nat?

Se acercó a la pared y apagó las luces. Las velas estaban todavía encendidas. Las estaba apagando cuando entró corriendo Burrows.

—Hay alguien… —comenzó Burrows con voz extraña.

—Sí. Ya lo hemos notado.

Page llevó a Madeline hacia otra parte de la habitación. Estaba calculando por la posición de la bala en el reloj, que dos pulgadas hacia la izquierda la

hubiera alojado dentro de la cabeza de Madeline.

No se disparó otro tiro.

—¿Saben lo que me parece que ocurrió? —preguntó Burrows.

—Usted dirá.

—Esperen —susurró Madeline—. ¡Escuchen!

Oyeron una voz en el jardín y Page contestó. Era la voz de Eliot. Page salió al jardín para adelantarse al encuentro del inspector. El rostro del policía era inescrutable en la semioscuridad, mientras escuchaba el relato de Page.

—Sí, señor —dijo al fin—. Pero creo que ya pueden encender las luces. No creo que les molesten de nuevo.

—Pero, ¿quién lo hizo? —preguntó Burrows, cuando ya estuvieron dentro de la casa—. ¿Por qué lo habrán hecho?

—El asunto es que ya terminó todo —dijo Eliot—. Para siempre. Hemos cambiado nuestros planes. Si no tienen inconveniente, les agradeceré que me acompañen de vuelta al Close.

—No tenemos ningún inconveniente —contestó Page—, aunque creíamos que ya habíamos tenido bastante agitación por esta noche.

El inspector sonrió.

—Creo que está equivocado —dijo—. Todavía no han visto nada esta noche; pero lo verán, señor Page. Se lo prometo. ¿Tienen un automóvil?

Mientras se dirigían al Close en el auto de Burrows no pudieron conseguir que el inspector les diera ningún informe. Cuando Burrows insistió en que se llevaran al autómata, el inspector le dijo que no había tiempo para ello y que no era necesario.

Knowles les hizo pasar cuando llegaron al Close. El centro de tensión era la biblioteca. Allí, como dos noches antes, las luces estaban encendidas y se reflejaban en los cristales de las ventanas. En la silla que ocupara entonces Murray estaba sentado el doctor Fell con Murray frente suyo. Notaron la tensión al abrir la puerta de la biblioteca. Pues el doctor Fell acababa de hablar y Murray parecía algo inquieto.

—¡Ah! —exclamó el doctor con dudosa amabilidad—. ¡Buenas noches, buenas noches! Temo que me he hecho cargo de todo de una forma algo reprensible; pero es necesario que así sea. Es muy necesario que tengamos una pequeña conferencia. Se ha mandado buscar al señor Welkyn y al señor

Gore. Knowles, ¿quiere hacer el favor de llamar a *lady* Farnleigh? No, no vaya usted; envíe a una de las mucamas. Prefiero que usted se quede aquí. Mientras tanto, algo tenemos que discutir.

El tono de voz hizo vacilar a Burrows cuando estaba por tomar asiento. El procurador levantó la mano. No miraba a Murray.

—No podemos obrar tan rápido —dijo—. Esta discusión, ¿será una controversia?

—Así es.

De nuevo Burrows vaciló. No había mirado a Murray, pero Page sintió algo de piedad por el ex tutor, sin saber la causa.

—¡Oh! ¿Y qué piensa discutir, doctor?

—El carácter de cierta persona —dijo el doctor. Fell—. Usted se imaginará quién es.

—Sí —dijo entonces Page, sin darse cuenta de que había hablado en voz alta—. La persona que inició a Victoria Daly en los placeres de la brujería.

Fué extraordinario el efecto que causaron sus palabras. El doctor Fell, vagamente sorprendido, aunque interesado, se volvió a mirarle.

—¡Ah! —exclamó—. De modo que usted se imaginó eso.

—Traté de deducirlo. ¿Es esa persona el asesinó?

—Esa persona es el asesino —respondió el doctor—. Eso nos ayudará si todos ustedes también piensan así. Veamos lo que piensa usted, muchacho. Y hable sin, cuidado. Ya se hablarán cosas peores antes de que salgamos de aquí:

Con mucho cuidado, y una vivacidad de imágenes que no fué rebuscada, Page repitió, la historia que había contado ya a Madeline. El doctor Fell le escuchó atentamente y con los ojos fijos en su rostro. El inspector tampoco perdió palabra. Al fin, Madeline habló.

—¿Es verdad eso? —preguntó—. ¿Así lo pensaron ustedes dos?

El doctor Fell asintió en silencio.

—Entonces les preguntaré lo que quise preguntarle a Brian. Si no existe un culto de Satán por los alrededores…, si todo el asunto no es más que un sueño; ¿qué trataba de hacer esa “tercera persona”? ¿Qué me dicen de las pruebas al respecto?

—¡Ah, las pruebas! —exclamó el doctor.

Al cabo de una pausa prosiguió:

—Trataré de explicarlo. Entre ustedes hay una persona cuya mente y corazón han estado durante años imbuidos de un amor secreto por esas cosas y por lo que significan. ¡No una creencia en ellas! Eso me apresuro a señalarlo. Ninguno sería más cínico que esa persona con respecto a los poderes de las tinieblas. Pero les tiene un amor irrefrenable, mucho más poderoso aún por el hecho de no poder demostrarlo en público. Esta persona, entiéndanlo bien, se presenta ante ustedes de una forma muy diferente. Esa persona no admitirá nunca ante nadie de que tiene interés en esas cosas, un interés tal cómo el que ustedes o yo podríamos tener. De modo que ese secreto interés, y el deseo de compartirlo, tuvo que rebasar sus límites de alguna forma.

»Ahora bien, ¿cuál es la posición de esa persona? ¿Qué podía hacer? ¿Fundar un culto de brujas aquí en Kent, tal como existió en siglos anteriores? Debe haber sido ésa una idea fascinadora; pero esa persona sabía que tal cosa era imposible, y, ante todo, es muy práctica esa persona.

»Esa persona buscó interesados y formó un pequeño grupo. No era un culto tal como lo conocemos. Era sencillamente una especie de *hobby*, Supongo que ningún daño, se hubiera hecho si los interesados no hubiesen comenzado a manipular drogas venenosas para producir alucinaciones. Si la gente quiere ser idiota y obrar a su albedrío sin molestar a nadie, la policía no tiene por qué intervenir. Pero, cuando una mujer muere debido a la aplicación de belladona sobre la piel (lo que sucedió hace dieciocho meses, aunque nunca lo hemos podido probar), entonces, ¡por Dios que es asunto de la policía! ¿Por qué creen ustedes que Eliot vino aquí y estaba tan interesado en la muerte de Victoria Daly ocurrida hace un año? ¿Eh? ¿Se dan cuenta de lo que cierta persona ha estado haciendo? Esa persona buscó amigos en quienes confiar. No había muchos; dos o tres, o cuatro, quizá. Probablemente nunca sabremos cuántos eran. Muchos libros se dieron o prestaron. Luego, cuando la mente del amigo estaba suficientemente imbuida de todas esas ideas, llegaba el momento de informar al amigo que había un culto de satanistas en los alrededores, al cual el candidato sería admitido».

Se oyó un ruido agudo cuando el doctor Fell golpeó con la contera del bastón sobre el piso. Estaba impaciente y molesto.

—Claro está que nunca se llevaron a cabo esas reuniones. El neófito nunca dejaba su casa ni se movía de su cuarto en las noches de las reuniones. Todo era efecto del ungüento con que se untaban el cuerpo. Y está claro también que la persona que instigó todo esto, nunca se acercó a los amigos ni asistió a ninguna reunión. Eso hubiera sido muy peligroso, si los efectos de los venenos eran demasiado grandes. Su placer residía en predicar esa costumbre, en observar la ruina de las mentes por el efecto de las drogas.

El doctor Fell hizo una pausa. En el silencio subsiguiente, Murray habló reflexivamente:

—Eso me recuerda la mentalidad de las personas que escriben anónimos.

—Así es —dijo el doctor—. Es exactamente lo mismo, conducido hacia otras direcciones.

—Pero, si no pueden ustedes probar qué la otra mujer murió envenenada; me refiero a la que murió hace dieciocho meses, ¿qué lograrán hacer? ¿Esa "persona" a que usted se refiere, ha hecho algo ilegal? Victoria Daly no murió envenenada.

—Eso depende, señor —comentó el inspector—. Usted parece creer que los venenos no lo son a menos que se tomen por vía bucal. Yo puedo informarle de otra cosa. Pero no es ése el asunto importante ahora. El doctor Fell les estaba solamente contando un secreto.

—¿Secreto?

—El secreto de esta persona —dijo el doctor Fell—. Para poder guardar ese secreto, un hombre fué asesinado en ese jardín las otras noches.

Sobrevino otro momento de silencio. Nathaniel Burrows se llevó la mano al cuello.

—Esto es interesante —dijo—. Muy interesante. Pero al mismo tiempo me doy cuenta de que me han hecho venir aquí por algo que no me concierne. Soy un procurador, no un estudiante de religiones paganas. No veo qué tiene que ver todo esto con lo único que me interesa. En lo que usted ha dicho no hay nada que tenga que ver con las propiedades de los Farnleigh…

—Sí que lo hay —le interrumpió el doctor Fell.

Calló un momento y prosiguió:

—Es, en realidad, la causa de todo, como espero poder explicarlo en seguida. Pero usted —miró a Page—, usted, mi amigo, preguntó hace un

momento qué fué lo que obligó a esa persona a dedicarse a esas practicas. ¿Sería el hastío? ¿Sería algo heredado desde la niñez? Me siento dispuesto a creer que fueron ambas cosas. ¿En quién podremos reconocer esos rasgos? ¿Quién puede ser la única persona que tenía acceso directo a los juguetes de la hechicería y el asesinato? ¿Quién sufría sin duda alguna por el hastío de un casamiento desdichado e infeliz, y al mismo tiempo sufría de una superabundante vitalidad?…

Burrows se puso de pie lanzando una maldición.

Al mismo tiempo, Knowles hablaba en susurros con alguien que estaba en el exterior de la biblioteca.

El rostro de Knowles estaba pálido cuando dijo:

—Perdone usted, señor, pero… me dicen que *lady* Farnleigh no está en su cuarto. Dicen que hace algún tiempo preparó una maleta y tomó un automóvil del garaje y…

El doctor Fell asintió.

—Exactamente —dijo—. Por eso es que no debemos apresurarnos en irnos a Londres. Su huida la delata. Y no tendremos dificultad en conseguir una orden de arresto contra *lady* Farnleigh acusándola de asesinato.

CAPÍTULO XX

—¡Oh, vamos! —dijo el doctor Fell, golpeando con su bastón sobre el piso —. No me digan que eso les sorprende. No me digan que les escandaliza. ¡Usted, señorita Dane! ¿No lo sabía? ¿No sabía que ella la odiaba?

Madeline se pasó la mano por la frente.

—No sabía que era ella —respondió—, pero lo sospechaba.

A Page, a pesar de que ajustó sus pensamientos a la nueva situación, se le ocurrió la idea de que el caso no estaba finiquitado. Algo quedaba por hacer. ¿Sería una treta? ¿Qué sería?

—Por las pruebas físicas —prosiguió el doctor— no nos podía caber ninguna duda desde el principio. El centro de todas las dificultades estaba *aquí*. El centro era ese cuarto cerrado en el desván. Alguien lo había estado visitando. Alguien había estado manipulando su contenido, quitando y poniendo libros, jugando con sus instrumentos. Alguien que fué siempre lleno de vida, y había hecho de ese cuarto una especie de refugio.

»Ahora bien, la idea de que fuese alguien ajeno a la casa no se podía tomar en cuenta. Pues es imposible pensar que nadie podría haber entrado y salido de la casa sin que le vieran. Y, aunque la señorita Dane tenía una llave de la puerta, esa llave no podría abrir el nuevo candado.

»La próxima pregunta es: ¿Qué le pasaba a *sir* John Farnleigh? Piensen en eso, señores. ¿Por qué ese puritano, que ya tenía sus propias preocupaciones, nunca encontró descanso y solaz en su propia casa? ¿Por qué, la misma noche en que estaba en peligro toda su fortuna, no hace otra cosa que pasearse y hablar de Victoria Daly? ¿Por qué visitó una vez ese cuarto en el desván llevando un látigo en la mano y volvió pálido y nervioso, incapaz de usarlo en la persona que halló allí arriba?

»Los detalles en este caso son todos mentales, tan reveladores como los indicios físicos, de los que me ocuparé dentro de un momento».

El doctor Fell calló un momento. Luego sacó la pipa y prosiguió:

—Observemos ahora la historia de esa chica; Molly Bishop, una mujer resuelta y una actriz espléndida. Patrick Gore dijo algo exacto respecto a ella hace dos noches. Parece que todos ustedes se escandalizaron cuando él dijo que ella nunca se había enamorado del Farnleigh que ustedes conocieron. Dijo que ella se casó con una "proyección" del muchacho que conociera años antes. Y así era. Cuando descubrió que se había engañado, se sintió embargada de furia. ¿Cuál era el origen de esa afición extraña aun para el cerebro de una niña de siete años? No es difícil explicarlo. Esa es la edad en que nuestros gustos esenciales toman arraigo en la mente y nunca se pueden anular, aunque a veces los olvidamos. Bien, ¿quién era la única persona que había idolatrado al muchacho llamado John Farnleigh? ¿Quién fué la única que le defendió? ¿A quién llevó Farnleigh a los campamentos de gitanos? Les llamo la atención respecto a los gitanos porque es algo importante. ¿Qué clase de lecciones de brujería le oyó recitar a él mucho antes de aprender siquiera las lecciones de religión? ¿Y los años que siguieron? No sabemos cómo se fueron desarrollando esos gustos y aficiones en su cerebro. Excepto esto: ella pasó mucho tiempo entre los Farnleigh, pues tenía bastante, influencia con los dos *sir* Dudleys como para conseguirle un empleo de mayordomo en esta casa a Knowles… ¿No es verdad, Knowles? —miró a su alrededor.

Desde el momento en que el doctor había hecho su sorprendente denuncia, Knowles no se había movido de su sitio. En su rostro sólo se reflejaba una expresión de horror. Abría y cerraba la boca sin lograr pronunciar palabra.

—Es probable —continuó el doctor Fell— que ella tomara los libros de allá arriba desde hacía mucho tiempo. No hemos podido saber cuándo comenzó con el culto satanista, pero estamos seguros de que fué varios años antes de su casamiento. La cantidad de hombres de este distrito que han sido sus amantes es tan grande que se sorprenderían ustedes al conocerla. Pero no pueden ellos o no quieren decir nada respecto al asunto de la brujería. Y eso, al fin y al cabo, es lo único que nos interesa. Es lo que ella quería más y lo que causó la tragedia. Les diré por qué.

Después de una larga ausencia, el supuesto John Farnleigh retornó al hogar de sus padres. Durante corto tiempo, Molly Bishop se sintió encantada.

Aquí estaba su ideal. Aquí estaba su preceptor. Con él se casaría, y hace más o menos un año, se casaron. Digan ustedes si no fué eso lo peor que pudo ocurrir entre los dos. Ya saben con quién creía ella casarse. En cambio fué otra cosa. Pueden ustedes imaginarse el desprecio y la frialdad que él tendría para con ella cuando se enteró de sus gustos y aficiones. Y se imaginarán también la actitud de ella para con él. Y entre los dos estaba siempre la amable ficción de que ninguno de los dos sabía nada del secreto del otro cuando en realidad ella debe haberse dado cuenta en muy poco tiempo de que él no era el verdadero John Farnleigh. De ese modo compartían su secreto y ocultaban su mutuo odio y desprecio.

»¿Por qué no la denunció él nunca? No sólo era ella algo que el alma puritana de su esposo condenaba. No, también era una asesina. No se engañen ustedes, señores. Ella repartía drogas más peligrosas que la heroína o la cocaína, y él lo sabía. Ella fué cómplice de la muerte de Victoria Daly, y él lo sabía. ¿Por qué no la denunció nunca? Porque le era imposible hacerlo. Por que los dos compartían sus mutuos secretos. Él no *sabía* que no era *sir* John Farnleigh, pero lo temía. Él no *sabía* que ella podía probar eso, y lo haría si la provocaba, pero lo temía. Él no se atrevía a tentar al destino, por temor a verse acorralado y tener que hacer frente a una revelación horrible. Pues podría haber sido un criminal».

Nathaniel Burrows se puso de pie de un salto.

—No soportare más esto —dijo con voz aguda—. Rehusó soportarlo. Inspector, le pido que haga callar a este hombre. No tiene derecho a decidir algo que todavía no está aclarado. Como representante de la ley, no tiene usted derecho a decir que mi cliente…

—Será mejor, que se siente, señor —le dijo Eliot serenamente.

—Pero…

—Le dije que se sentara, señor.

Madeline hablaba con el doctor.

—Ya dijo algo por el estilo; esta noche —le recordaba al doctor—. No veo qué tiene esto que ver con el caso. ¿Cuál es la explicación?

El doctor Fell se llevó la pipa a la boca y respondió:

—La explicación de todo es una bisagra rota, y la puerta blanca que la bisagra sostenía. Ese es el secreto de este caso. Ya llegaremos a ello.

»De modo que esos dos —prosiguió el doctor con su explicación—, teniendo cada uno el secreto del otro, fingían ante el mundo y aun entre sí mismos. Victoria Daly murió víctima del secreto culto de brujería, sólo tres meses después de que ellos se casaron. Sabemos que Farnleigh debe haber anhelado poder acusarla. Mientras él no pudiera hablar, ella estaba a salvo.

»Pero luego se presentó un demandante como posible dueño de las propiedades y del título. De inmediato se le ocurrió a ella el peligro en que se hallaba. De este modo enumeró las posibilidades: Él no era el verdadero heredero. Parecía probable que el demandante comprobaría la legalidad de su demanda. Si el demandante resultaba ser él verdadero heredero, su esposo perdería todo. Si perdía todo, no tendría razón ninguna para seguir callando, y la acusaría. Por lo tanto, él tenía que morir.

»Allí tienen ustedes la forma en que se formuló el plan».

Kennet Murray se movió en su silla y dijo:

—Un momento, doctor. Entonces este crimen se planeó hace mucho tiempo.

—¡No! —replicó el doctor—. ¡No, no, no! Eso es lo que quiero que entiendan. Fue brillantemente planeado y ejecutado en el momento propicio. Fué tan rápidamente hecho como se arrojó el autómata escaleras abajo. Permítanme que les explique. Ella no temió que su esposo perdiera el litigio, ya que la ley rara vez ayuda a los que reclaman la propiedad de un título establecido. La demora del juicio le daría tiempo para pensar. Lo que ella no sabía, lo que había sido cuidadosamente ocultado por los otros hasta hace dos noches, era la existencia de las huellas digitales. Eso era una prueba sólida. Allí había certeza. Con esas pruebas todo el litigio se podía finiquitar en media hora. Conociendo lo que su esposo pensaba, ella sabía que él admitiría la impostura tan pronto como se lo comprobaran. Cuando se supo lo de las huellas digitales, ella se dió cuenta del peligro que corría. ¿Recuerdan ustedes el estado de ánimo de Farnleigh aquella noche? Si me lo han descripto correctamente, una cosa se desprende de todas sus acciones y palabras. Para sus adentros se decía: “Bien, aquí tengo la prueba. Si la gano, espléndido. Sino, tengo una compensación que casi me reconcilia con la pérdida de todo. Puedo hablar respecto a la mujer con quien me casé”… Sí. ¿He interpretado correctamente su estado de ánimo?

—Sí —admitió Page.

—De ese modo tomó medidas desesperadas. Debía obrar de inmediato, antes de que se terminara la comparación de las huellas digitales. Mató a su marido.

Burrows había estado golpeando sobre la mesa para llamar la atención. Aprovechando la pausa que hizo el doctor, dijo:

—Parece que no hay forma de hacerle callar. No puedo hacer otra cosa que protestar. Pero ahora creo que ha llegado usted a una parte que no es posible creer. No digo nada sobre el hecho de que no tiene usted pruebas. Pero hasta que pueda usted demostrar que *sir* John Farnleigh fué asesinado… solo, tenga en cuenta, sin que nadie se le acercara… hasta que usted pueda demostrar eso… —se ahogó un poco y terminó—: Y eso, doctor eso no lo puede demostrar.

—Sí que puedo —le respondió el doctor—. Nuestro primer indicio lo conseguimos en la investigación de hoy —prosiguió—. Es una gran cosa que las declaraciones se hayan asentado en los registros. Se nos han dado pruebas para colgar a alguien, por medio de la palabra. Aplicamos esas pruebas, las entregamos al fiscal, y hacemos funcionar el patíbulo.

—¿Usted consiguió pruebas durante la investigación? —repitió Murray mirándole—. ¿De quién?

—De Knowles —dijo el doctor Fell.

El mayordomo lanzó una especie de gemido y se adelantó un poco llevándose las manos a la cara. Pero no habló.

El doctor Fell lo contempló.

—Ya sé —dijo— que no es nada agradable. Pero así es. Knowles, yo sé que quiere usted mucho a esa mujer. Es su niña mimada, y, muy inocentemente, la ha colgado usted como si hubiera tirado de la cuerda con sus propias manos.

Siguió con los ojos fijos en el mayordomo.

—Usted afirmó dos veces que vió algo volando por el aire cuando estaba mirando a la víctima que caía en el estanque. Eso era cierto. Era usted sincero. Dijo usted toda la verdad porque su subconsciente se lo ordenó así. Contestó a nuestras preguntas respecto al cuchillo con esas palabras. Lo que intrigó a su subconsciente fué lo que usted vió antes del asesinato en lugar de

verlo después.

Extendió las manos.

—¿Qué puede haber volado por el aire? —preguntó Burrows con sarcasmo.

—Algo muy parecido a una pelota de tenis —respondió el doctor—, aunque mucho más pequeño. Ya volveremos a ese punto. Ahora consideraremos la naturaleza de las heridas. Ya hemos oído comentarios asombrados al respecto. El señor Murray afirma que se parecían a las marcas de garras o colmillos, y que el cortaplumas no pudo haber sido el que las infirió. Aun Patrick Gore hizo un comentario similar. Hasta el doctor King afirmó lo mismo, durante el interrogatorio. Entre otras cosas, dijo que había mucha laceración de tejidos. Seguramente que resultaría eso extraño si el arma usada hubiera sido el cortaplumas tan afilado que se halló cerca del lugar del hecho.

»Ahora bien, les llamo la atención al hecho de que el doctor King dió un testimonio algo raro. No dice directamente una mentirá, pero habló sin cesar y rápidamente con la intención obvia de que se considere como suicidio la muerte de Farnleigh. ¿Por qué? Observen ustedes que él también, como Knowles, quiere mucho a Molly, la hija de un viejo amigo, y quien, le llama con el nombre cariñoso de “tío Ned” y cuyos rasgos de carácter probablemente le son familiares. Pero, a diferencia de Knowles, él la escuda y no la envía a que sea ejecutada por la justicia».

Knowles había extendido la mano con actitud de ruego. Tenía la frente cubierta por la transpiración; pero siguió callado.

—Muy bien, tenemos ahora algo que voló por el airé en dirección a Farnleigh. Algo más pequeño que una pelota de tenis. Tenemos algo que está dotado de garfios o ganchos que dejarían marcas parecidas a garras…

Nathaniel Burrows lanzó una carcajada.

—El episodio de la garra voladora —dijo en tono de burla—. ¡Vamos, doctor! ¿Puede decirnos qué eran esas garras voladoras?

—Haré algo mejor que eso —le respondió el doctor—. Se las mostraré. Ya las vieron ayer.

Del bolsillo de su espaciosa chaqueta sacó algo envuelto en un pañuelo. Al desenvolverlo se vió algo que Page reconoció con sorpresa. Era uno de los

objetos que el doctor Fell había sacado de la caja de madera guardada en el cuarto de los libros. Para ser preciso, era una pequeña y pesada bola, de plomo con cuatro grandes garfios de los que se usan para la pesca mayor.

»Entre nosotros, nadie se puede imaginar qué utilidad puede tener esto —dijo el doctor—; pero entre los gitanos de Europa…; entre los gitanos, repito, tiene una utilidad muy efectiva y peligrosa. ¿Quiere darme el libro, Eliot?».

Eliot abrió su portafolio y entregó al doctor un tomo encuadernado en tela gris.

—Aquí tenemos el libro de crímenes más completo que se ha editado —dijo el doctor, señalando el libro—. Lo mandé pedir anoche a la ciudad. Encontrarán todas las referencias de esa bola de plomo en las páginas 249 y 50. Es usada por los gitanos como arma arrojadiza, y explica algunos de los misteriosos robos, que ellos suelen llevar a cabo. En el otro extremo de la bola se asegura una larga línea de pescar de una resistencia extraordinaria. Se arroja la bola, y, sea la que sea la forma en que dé en el blanco, los ganchos se aferran como el ancla de un vapor. La bola de plomo presta el peso necesario para ser arrojada, y la línea de pescar la devuelve con el botín. Como arma arrojadiza, pueden ustedes imaginarse su terrible efecto. Es capaz de destrozar la garganta de un hombre y volver al punto de partida…

Murray lanzó una especie de gemido. Burrows permaneció silencioso.

—Ahora bien, ya sabemos la destreza que tenía Molly para arrojar cualquier cosa, lo que aprendió entre los gitanos. La señorita Dane nos lo contó. Sabemos su firmeza de carácter y la rapidez con que era capaz de obrar.

—¿Dónde estaba Molly Farnleigh en el momento en que se perpetró el asesinato? No necesito decirlo casi; estaba en la terraza de su dormitorio que da sobre el estanque. Vean ustedes, *directamente* encima del estanque, y su dormitorio está sobre el comedor. Cómo Welkyn, que se hallaba en el cuarto de abajo, ella estaba a menos de seis metros del estanque, y a cierta altura que no son más que tres metros por sobre el nivel del jardín.

»De modo que allí estaba ella, con su marido al alcance de su arma y lo bastante alto como para poder obrar con entera libertad. Ella misma admitió que su habitación estaba a oscuras. Su doncella se hallaba en otro cuarto. Con la línea en una mano y con la bola de plomo en la otra, asestó su golpe

mortal.

»Señores, recuerden ustedes los movimientos extraños de ese pobre hombre cuando se vió atacado así. El grito ahogado, el pataleo y luego el chapoteo en el agua. ¿Qué les hace recordar? Se ve claramente. Recuerda a los movimientos de un pez apresado en el anzuelo. Los ganchos no penetraron muy hondamente y las heridas fueron poco profundas y en dirección de izquierda a derecha y de abajo hacia arriba. Cuando él cayó al estanque, ella retiró el arma».

Con cierta expresión ceñuda, el doctor Fell levantó la bola de plomo.

—¿Y esta hermosura? No dejó ninguna marca sangrienta cuando fué retirada porque cayó en el estanque, y el agua la limpió. Sólo produjo un ruido ligero entre las hojas de los setos. Piensen un poco. ¿Quién fué la única persona que oyó ese sonido? Welkyn, que se hallaba en el comedor de abajo, y que era el único que se hallaba lo suficientemente cerca como para oírlo. Ese sonido me intrigó un poco. Se veía a las claras que no podía haber sido producido por una persona. Si hacen ustedes el experimento de deslizarse por entre los setos, que son tan tupidos, como lo notó el sargento Burton cuando halló el cortaplumas, se darán cuenta de lo que quiero decir. No les doy todos los detalles. Pero, en esencia, así es cómo se planeó y se cometió uno de los asesinatos más horribles que he visto. Naturalmente que ella no escapará. Será apresada por el primer policía que la vea. Luego la colgarán. Y todo se deberá a la feliz intervención de Knowles que nos dijo la verdad.

Knowles siguió haciendo gestos y ademanes, pero no hablaba. Burrows dijo entonces:

—Es muy ingeniosa la forma en que usted presenta las cosas. Muy astuta. Pero es una mentira y lo probaré en el tribunal. Usted sabe muy bien que es todo una falsedad. Hay otras personas que han dicho otras cosas. Welkyn, por ejemplo. No puede usted explicar la causa de lo que él dijo. ¡Welkyn vió a alguien en el jardín! ¿Qué me dice usted de eso?

Page notó con alarma que el doctor Fell pareció palidecer. Muy lentamente se puso de pie y señaló hacia la puerta.

—Allí tiene usted al señor Welkyn —replicó—. Pregúntele a él. Pregúntele si está ahora tan seguro de lo que vió en el jardín.

Todos se volvieron. No sabían cuánto tiempo había estado Welkyn

escuchando.

—¡Hable usted! —tronó el doctor—. Ya ha oído lo que he dicho. ¿Está seguro de que vió algo que le miraba? ¿Está seguro de que había algo en el jardín?

—Señores —respondió Welkyn—, he estado reflexionando. Quisiera que recordaran ustedes lo que vieron ayer en el desván. Por desgracia yo no vi ninguno de esos artículos hasta hoy, en que me los mostró el doctor Fell. Me… me refiero a la máscara del dios Jano que hallaron en el cajón.

Se aclaró la garganta.

—¡Esto es un complot! —gritó Burrows, mirando a todos—. No podrán salirse con la suya. Es una deliberada conspiración, y todos ustedes están complicados en ella…

—Permítame que termine, señor —replicó Welkyn con voz áspera—. Dije que vi una cara mirándome a través de los paneles más bajos de la puerta. Ahora sé lo que era. Era esa máscara del dios Jano. La reconocí tan pronto como la vi. Se me ocurre, como sugiere el doctor Fell, que *lady* Farnleigh, para poder probar la presencia de alguien en el jardín, simplemente dejó caer la máscara suspendida a otro cordel; y, por desgracia para ella, la bajó demasiado, de manera que…

Fué entonces que habló Knowles al fin.

Se acercó a la mesa y apoyó las manos sobre la superficie de madera. Estaba llorando y las lágrimas no le dejaban hablar coherentemente. Cuando al fin se entendieron sus palabras, todos los oyentes se sorprendieron en extremo.

—¡Eso es una, asquerosa mentira! —exclamó Knowles. Comenzó a golpear sobre la mesa—. Es como dice el señor Burrows. Todas mentiras y mentiras y mentiras. Todos ustedes están complicados en el asunto. Todos están contra ella. ¿Qué importa que se divirtiera con algunos hombres? ¿Qué importa que les diera libros? ¿Qué diferencia hay con los juegos que jugaba de niña? Todos son niños. No quiso hacer daño a nadie. Y le aseguro que no la colgarán. Yo me ocuparé de que nadie haga daño a mi niña, eso es lo que haré.

Su voz se convirtió en un grito quejumbroso.

—Les arruinaré todas sus ideas y suposiciones. Ella no mató a ese

pordiosero que vino aquí fingiendo ser el amo Johnny. ¿Ese mendigo iba a ser un Farnleigh? No, señor. Le ocurrió lo que merecía, y siento que no le puedan matar otra vez. Salió de un chiquero. Pero no me importa nada de él. Les digo que no dañarán a mi niña. Ella no lo mató, no lo mató, y yo puedo probarlo.

En el silencio subsiguiente se oyó el golpetear del bastón del doctor sobre el piso, y el ruido de sus pasos al acercarse a Knowles y ponerle una mano en el hombro.

—Ya sé que ella no fué —dijo con suavidad.

Knowles le miró con extrañeza.

—¿Quiere usted decir —gritó Burrows— que nos ha estado diciendo un montón de mentiras solo por que…?

—¿Y cree usted que me gustó hacerlo? —preguntó el doctor—. Todo lo que les he dicho respecto a la mujer y a su culto de brujas privado es cierto, como así también respecto a sus relaciones con Farnleigh. Ella inspiró al asesino y dirigió el asesinato. La única diferencia es que no mató a su marido. No hizo funcionar al autómata y no estuvo en el jardín. Pero —su mano apretó aún más el hombro de Knowles— ya conoce usted la ley. Ya sabe cómo funciona y cómo aplasta. Yo la he puesto en movimiento, y *lady* Farnleigh morirá en la horca, a menos que usted nos diga la verdad. ¿Sabe quién cometió el asesinato?

—Es claro que lo sé —gruñó Knowles.

—¿Quién fué el asesino?

—Eso es fácil —contestó Knowles—. Y ese pordiosero recibió lo que se merecía. El asesino fué…

Capítulo XXI

Carta de Patrick Gore (John Farnleigh de nacimiento) dirigida al doctor Gideon Fell.

En alta mar.
Cierta fecha.

»Mi estimado doctor:

»Sí, yo soy el culpable. Yo solo maté a ese impostor y fui el causante de todas las manifestaciones que parecen haberle alarmado a usted.

»Le escribo esta carta por varias razones. Primera: Todavía guardo (algo tontamente) una genuina simpatía y respeto por usted. Segunda: Usted se portó espléndidamente. La forma en que me forzó, paso a paso, a través de todas las habitaciones, a través de todas las puertas, y fuera de la casa en mi huida, despierta mi admiración hasta un extremo tal, que me gustaría saber si he seguido correctamente todas sus deducciones. Cumplo en decirle que es usted la única persona que me ha vencido en una lucha de ingenios; pero tengo la excusa de que nunca he podido desarrollar todas mis habilidades al enfrentarme con maestros. Tercera: Creo que he hallado el único disfraz perfecto, y, ahora que ya no me sirve para nada, me gustaría fanfarronear al respecto.

»Espero una respuesta a esta carta. Para el momento en que usted la reciba, yo y mi adorada Molly estaremos en un país que no tiene tratado de extradición con Gran Bretaña. Es un país cálido, pero a los dos nos gusta mucho. Le mandaré mi dirección en cuanto estemos instalados en nuestro nuevo hogar.

»Un pedido me gustaría hacerle. En las habladurías, que seguirán al descubrimiento de mi culpabilidad y la de Molly, todo el mundo nos tratará de monstruos sedientos de sangre y cosas por el estilo. Usted

sabe muy bien que yo no soy nada de eso. No me gusta el asesinato; y si no puedo sentir arrepentimiento por la muerte de ese cerdo es, así lo creo, porque no soy un hipócrita. Ciertas personas tienen un carácter especial, como Molly y yo. Por lo tanto, cuando oiga usted a alguien hablando respecto a ese monstruo y esa bruja, sírvase informarle al charlatán que usted ha tomado el té con nosotros dos y no nos vió cuernos ni cola.

»Pero ahora debo decirle mi secreto, el que también es el secreto del caso que usted ha investigado. Es un secreto muy sencillo, y se puede expresar con tres palabras: *No tengo piernas*.

»No tengo piernas. Ambas me fueron amputadas en abril de 1912, después de haber sido aplastadas durante mi pelea con ese cerdo a bordo del *Titanic*, la que describiré en seguida. El admirable juego de piernas artificiales que he usado desde entonces, no ha logrado disfrazar del todo mi incapacidad. Vi que notó usted mi forma torpe de andar en los momentos en que traté de moverme con rapidez. Realmente, no puedo moverme rápidamente, y también de esto hablaré en seguida.

»No soy un hombre alto. Es decir, para ser preciso, creo que no sería un hombre alto si pudiera estimar mi estatura en caso de tener piernas. Digamos que, sin la ayuda de mi amiguito en el *Titanic*, hubiera tenido un metro sesenta y cinco de estatura. La amputación de mis piernas ha dejado a mi cuerpo menos de noventa centímetros de alto.

»Con varios pares de piernas, hechas a la medida (lo que se hizo por primera vez en el circo), y mucha práctica dolorosa con los arneses, puedo tener la estatura que quiero. He actuado, pues, en la vida, con diferentes estaturas. He tenido casi un metro noventa de estatura, y otra vez, en mi famoso papel de "Ahriman", el adivino, fui un enano; con tal éxito desempeñé allí mi papel, que engañé por completo al bueno del señor Harold Welkyn, cuando más tarde me le presenté como Patrick Gore.

»Con respecto a lo que sucedió a bordo del *Titanic*, le diré que la historia que conté el día que me presenté a reclamar mi propiedad era completamente cierta..., con un pequeño cambio y una notable omisión.

»Cambiamos nuestras identidades, como dije. El muchacho trató,

en realidad, de matarme, como aclaré. Pero trató de hacerlo estrangulándome, ya que entonces era él más fuerte. Esa pequeña tragicomedia se representó en un sitio que usted habrá adivinado. Fué representada frente a una de esas puertas de acero, pintadas de blanco, que separan al vapor en varios compartimientos herméticos y que pesan varios quintales para poder soportar la presión del agua.

»La torsión y rotura de sus bisagras, mientras el barco se hundía, fué un espectáculo terrorífico. El propósito de mi amigo no era muy complejo. Después de poder hacerme perder el conocimiento, apretándome el cuello, pensaba encerrarme en uno de los compartimientos inundados y huir. Le contuve con todo lo que me vino a la mano, que fué en este caso un mazo de madera que colgaba al lado de la puerta. No puedo recordar cuántas veces le pegué con el mazo, pero el hijo de la encantadora de serpientes pareció no sentir los golpes. Pude eludirle, por desgracia para mí, en dirección al otro lado de la puerta, y él se arrojó sobre ella y, en un movimiento del barco, las bisagras cedieron. Todo mi cuerpo escapó del golpe, excepto las piernas.

»No sé quien me rescató. En aquel entonces creí que el otro muchacho había quedado a bordo y se había ahogado. El hecho de que no haya muerto yo lo puedo atribuir solamente al agua salada, pero no fué nada agradable para mí y no recuerdo nada de lo que ocurrió hasta una semana más tarde.

»Los primeros tiempos que pasé en el circo sufrí terribles humillaciones, especialmente cuando tuve que aprender a "caminar" usando las manos. No hablaré de esto porque no quiero que crea que pido su conmiseración.

»Le aseguro, empero que la falta de mis piernas ha sido realmente una ventaja para mis negocios. No lo quisiera de otro modo. Pero las artificiales siempre me han molestado, y temo que nunca aprenderé a usarlas bien. Desde muy jovencito aprendí a trasladarme de un sitio a otro usando las manos, y con increíble rapidez y agilidad. No necesito decirle de qué modo me ha sido eso útil en, mi negocio como fraudulento médium espiritista, y qué efectos extraordinarios he podido producir para mis consultantes. Si lo piensa un poco lo entenderá.

»Cuando estoy dispuesto a jugar esas tretas, tengo la costumbre de usar debajo de mis piernas artificiales y pantalones ordinarios un par de pantalones ajustados y unos protectores de cuero, lo que me sirve para moverme con agilidad, sin dejar ninguna huella en el suelo. Ya que la rapidez en el cambio me ha sido a menudo muy necesaria, he aprendido a quitarme o ponerme mis piernas artificiales en un espacio de tiempo de treinta y cinco segundos. Y éste, por supuesto, es el terriblemente sencillo secreto de cómo hacía funcionar al autómata.

»Una palabra al respecto, ya que la historia se repite. No sólo pudo haber sucedido antes, sino que sucedió realmente. ¿Se da usted cuenta, doctor, de que ésa es la forma en que funcionaba el jugador de ajedrez automático de Kempelen y Maelzel? Con la sencilla ayuda de un hombre como yo instalado dentro de la caja, sobre la que se sentaba la figura, engañaron a Europa y América durante cincuenta años. Sin embargo, sé que eso no le engañó a usted, y eso me lo hizo entender claramente por sus insinuaciones en el desván.

»No me cabe la menor duda de que ése fué el secreto original de la Bruja de Oro durante el siglo diecisiete. ¿Le extraña, entonces, que mi antecesor la dejara abandonada cuando supo el secreto? Mi antecesor creyó haber comprado un milagro; en cambio, pagó por una treta ingeniosa, con la que no podía engañar a sus amigos a menos que tuviera en su casa a un operador sin piernas.

»Como usted habrá observado, el espacio interior es bastante grande como para dar cabida a una persona como yo. Una vez que se está dentro del cajón y se cierra la puerta, se abre un pequeño panel en la parte superior del cajón, por medio del cual se comunica con los engranajes del muñeco. Allí, con un mecanismo muy simple, hay una docena de varillas que comunican con las manos y el cuerpo. Orificios ocultos cerca de las rodillas del autómata, que pueden ser abiertos desde el interior, permiten al operador ver hacia afuera.

»Por su comentario respecto al ropaje del exhibidor, me demostró usted que sabía cómo se lograba ocultar al operador en el interior de la figura; y fué entonces cuando me di cuenta de que yo estaba perdido.

»El ropaje tradicional del mago, como todo el mundo lo sabe,

consiste en un manto flotante cubierto de jeroglíficos. Y el inventor original ocultaba dentro de su manto al operador, quien se deslizaba dentro del aparato mientras el mago se movía de un lado para otro, fingiendo hacer pases magnéticos. He usado esa triquiñuela con mucho éxito en muchos de mis espectáculos.

»Ahora seguiré relatándole la historia de mi vida.

»Mi papel más exitoso lo desempeñé en Londres como "Ahriman". El pobre Welkyn, de quien no debe usted sospechar en absoluto, no sabe que yo era el enano barbudo de quien se cuidó tan bien. Me defendió noblemente en ese juicio por calumnias; él creía en mis poderes psíquicos; y, cuando reaparecí como el heredero perdido, me pareció justo hacerlo mi representante legal.

»Es entonces, como "Ahriman", que comienza mi historia.

»No tenía yo la menor idea de que "John Farnleigh" estuviera vivo, y mucho menos que ya hubiera tomado posesión del título y las propiedades, hasta que él mismo entró un día en mi consultorio de la calle Half-Moon, y me contó sus cuitas. No sé cómo no me le reí en la cara. Montecristo mismo no hubiera soñado con una situación así. Pero *creo* que al aplicar el bálsamo a su mente afiebrada logré hacerle pasar algunas noches horrorosas.

»Empero, lo importante es que conocí a Molly.

»Con respecto a esto mis ideas son demasiado fervientes como para expresarlas con sencilla prosa. ¿Se da usted cuenta de que somos dos de la misma clase? ¿Que, una vez qué nos vimos, Molly y yo nos hubiéramos unido aunque hubiésemos tenido que recorrer toda la tierra? Fué un amor súbito, completo y cegador. Cuando ella supo de mi desgracia, no se burló de mí ni sintió repulsión.

»Por supuesto que fuimos Molly y yo quienes planeamos todo el asunto. ¿No le llamó la atención el hecho de que siempre nos estábamos peleando en el Close? ¿Que ella era demasiado rápida con sus insultos y yo con mis elaboradas ironías? Lo irónico del caso es que yo era el verdadero heredero; sin embargo no me quedaba otro curso de acción que el que tomé. El cerdo ése se había enterado de lo que usted llama el culto de brujas privado de Molly, y lo usaba como una especie de

chantaje para aferrarse al sitio que ocupaba en el mundo; y, si era desposeído de todo, lograría ponerla a ella en dificultades. Si yo quería quedarme con lo que era legalmente mío (como estaba decidido a hacer), tenía que matarle y hacer aparentar el caso como un suicidio.

»Allí tiene usted cómo eran las cosas. Molly no podía decidirse a cometer un asesinato, mientras que yo, con la debida concentración, soy capaz de todo. No digo nada respecto al hecho de que le debía a él algo. Planeamos cometer el crimen a cierta hora de la noche en que se llevó a efecto. No se podía realizar antes porque yo no debía aparecer en el Close, a riesgo de llegar demasiado prematuramente; y no se podía esperar que el individuo se suicidara hasta no saber el peso de las pruebas en su contra. Ya sabe usted la admirable oportunidad que se me presentó cuando él salió al jardín durante la comparación de las impresiones digitales.

»Ahora bien, amigo, una palabra de felicitación para usted. Tomó usted un crimen imposible, y, para hacer confesar a Knowles, presentó de la nada una explicación razonable de lo imposible. Artísticamente me alegro de que así fuera; sus oyentes se hubieran sentido defraudados sin ello.

»Empero, el caso es que no existió nunca un crimen imposible.

»Simplemente, me acerqué al hombre, le tiré hacia abajo y, le maté con el cortaplumas que más tarde encontró usted en el seto, Eso es todo.

»Knowles, por mala o buena suerte, vió todo desde la ventana del Cuarto Verde. Aun entonces, si no hubiera yo cometido un error imperdonable, el plan hubiera sido doblemente seguro. Knowles no sólo juró al mundo que era un suicidio, se salió de su camino para darme una coartada que me asombró bastante. Pues él, como habrá usted observado, siempre sintió simpatía por su difunto amo, y nunca creyó realmente que el hombre fuese un Farnleigh. Es más, hubiera ido contento al patíbulo antes que admitir que el verdadero John Farnleigh había matado al impostor que le robara el patrimonio.

»Es claro que maté al hombre habiéndome quitado antes mis piernas artificiales. Lo hice así para poder moverme rápidamente sobre mis protectores de cuero, y con las piernas no me podría haber agachado lo

suficiente como para que no me viera nadie por sobre esos setos. Para él caso de que alguien llegara a verme, llevaba debajo de la chaqueta la máscara del dios Jano.

»Cuando me le acerqué el impostor se quedó paralizado y pude echarle, hacia abajo antes de que pudiera defenderse o hablar. Le aseguro que no es de despreciar la fuerza que he desarrollado durante estos años en mis brazos y hombros.

»Después, el testimonio de Nathaniel Burrows me inquietó bastante. Burrows estaba en la puerta del jardín, a unos nueve metros de distancia, y, como él mismo lo admite, tiene mala vista. Vió cosas raras que no se pudo explicar. No me podía ver a mí, ya que los setos se lo impedían; empero, el comportamiento de la víctima le preocupó.

»Sin embargo, ese peligro no era nada comparado con lo que Welkyn casi vió desde el comedor unos segundos después del homicidio. Ya se habrá dado usted cuenta que lo que Welkyn vió, por uno de los paneles más bajos de la puerta, fué un servidor. Fué una tontería de mi parte el dejar que nadie me viera, pero en ese momento (como lo verá) estaba preocupado por la ruina de mi plan, y, por fortuna, tenía la máscara puesta.

»No fué tan peligroso el que me viera como la interpretación de sus palabras, cuando se discutió el asunto al día siguiente. En ese caso, mi tutor Murray, ese eterno traficante de palabras, fué el que me ofendió. En la descripción que hizo Welkyn del incidente, Murray comprendió en parte lo que Welkyn estaba tratando de expresar. Y me dijo: "Al volver a su hogar es recibido por algo *sin piernas* que se arrastra por el jardín".

»Eso para mí era el desastre, y algo que nadie debía sospechar. Sentí que se me contraía el rostro y sé que perdí el color y le vi a usted mirándome. Fui lo bastante tonto como para descargar mi furia sobre el pobre Murray y lanzarle un torrente de invectivas por una razón que debió haber sido inexplicable para todos, menos para usted.

»De todos modos, ya temía entonces haber perdido la partida. He mencionado un error imperdonable que cometí y que arruinó todos mis planes.

»Usé un cuchillo equivocado.

»El que intentaba usar era un cortaplumas común que había comprado con ese fin (lo saqué de mi bolsillo y se lo enseñé a usted al día siguiente, fingiendo que era mi propio cortaplumas). Tenía la idea de apretar su mano en el mango y dejarlo al lado del estanque, completando así la escena del suicidio.

»Lo que en realidad encontré en mi mano, cuando era demasiado tarde para cambiar de forma de obrar, era mi propio cortaplumas (el que había tenido desde niño), el cuchillo que mil personas habían visto en mis manos en América, con él nombré de Madeline grabado en la hoja. Recordará usted que sus esfuerzos no pudieron asociar al cortaplumas con el impostor. Pero podría haberme seguido el rastro a mí por su intermedio.

»Lo peor del caso es que esa misma noche había yo mencionado el cortaplumas al grupo reunido en la biblioteca. Al contar la historia de lo ocurrido en el *Titanic*, dije que después de la pelea con el verdadero Patrick Gore me habían contenido con dificultad para que no lo atacara con mi cortaplumas. Sería dificultoso encontrar una señal más segura de mi carácter y del arma empleada en el crimen.

»Dé modo que me encontré: con ese cortaplumas en mi mano enguantada y obligado a tomar una resolución rápida. De manera que envolví el arma en un pañuelo y me la guardé en el bolsillo. Welkyn me vió cuando me dirigí hacia la parte norte de la casa para volver a colocarme las piernas. De modo que se me ocurrió mejor decir que había estado por el lado sur. No me atreví a llevar el cuchillo encima, de manera que decidí ocultarlo entre los setos. Tenga usted en cuenta que sólo por casualidad logró encontrarlo el sargento Burton.

»Fué Knowles, con su espíritu de sacrificio, el que me proveyó de una coartada y luego me hizo una insinuación velada para que yo estuviera listo para el día siguiente.

»El resto del caso es muy simple. Molly insistió en hacerlo mejor robando el "Thumbograph", pues se dará usted cuenta de que a mí no me podían acusar del robo del librito en el que estaba la prueba de mi propia identidad. Pensábamos devolverlo en seguida, y decidimos

hacerlo más pronto aun cuando descubrimos que era falso.

»Luego ocurrió otra cosa que nos inquietó. Betty Harbottle me encontró cuando estaba examinando el autómata en el desván. En realidad, había subido al desván para recobrar el "Thumbograph". Pero de pronto se me ocurrió, cuando vi a la bruja, que al fin la podía hacer funcionar. Cuando niño ya conocía el secreto; pero en aquella época no era lo suficientemente pequeño como para poder entrar en la caja. De modo que se me ocurrió la idea de hacerlo funcionar.

»Molly, al ver que tardaba mucho en retornar, subió al desván. Llegó justo a tiempo para ver a Betty Harbottle inspeccionando el cuarto de los libros. Y esa vez yo estaba realmente dentro del autómata.

»Creo de veras que Molly pensó que yo me ocuparía de la jovencita como me había ocupado de otra persona; pero yo no tenía ningún deseo de hacerle daño. La niña no podía verme; empero, temí que viera mis piernas que estaban apoyadas en un rincón detrás de la máquina. Creo que ya sabe usted lo que ocurrió. Por fortuna no me fué necesario hacerle ningún daño, aunque creo que vió mis ojos a través de los orificios en las rodillas del autómata. Pensábamos darnos una coartada mutua Molly y yo, en caso de que usted nos presionara demasiado con respecto a nuestro paradero a la hora en que la joven sufrió su desmayo.

»Bien, había sido un tonto; y, un día después del asesinato, me di cuenta de que había perdido la partida. Usted encontró el cortaplumas. Aunque yo afirmé que sería el que el impostor me había robado años atrás, me di cuenta de que usted había descubierto mi secreto.

»El inspector Eliot interrogó a Welkyn con respecto a lo que había visto en el jardín. Siguió; usted luego con algunas preguntas respecto a brujería, y logró atrapar a Molly en el asunto. Luego demostró usted, el vínculo que existía entre el caso de Victoria Daly y el de John Farnleigh.

»Sus comentarios, cuando vió usted el autómata, fueron una advertencia para mí. Usted insinuó que el asesino había estado haciendo algo allí con el autómata y también dijo que Betty no le había visto en absoluto..., en el sentido que no fué necesario que el asesino le cerrara la boca para siempre. Entonces le reté yo a que demostrara cómo funcionaba el autómata. Usted prestó poca atención, sugiriendo

meramente que suponía que el exhibidor original usaba los ropajes tradicionales de los magos. Y concluyó usted con algunas palabras que insinuaban que el culto privado de brujería de Molly estaba a punto de ser descubierto. Fué entonces cuando yo empujé al autómata escaleras abajo. Créame, amigo, no tuve intención alguna de hacerle daño a usted. Pero realmente quería dañar al autómata para que nadie pudiera imaginarse cómo funcionaba.

»La investigación demostró dos cosas más al día siguiente: Knowles estaba mintiendo y Madeline Dane sabía mucho más de lo conveniente respecto a las ocupaciones de Molly.

»Temo que a Molly no le resultó simpática Madeline. Su plan era el asegurarse el silencio de la joven por medio del terror, seguido por molestias reales si era necesario. De ahí la llamada telefónica ideada por Molly, fingiendo ser Madeline y pidiendo que le llevaran el autómata a Monplaisir; ella conocía el horror que sentía Madeline por el aparato, y me hizo prometerle que lo haría funcionar para beneficio de Madeline. No hice eso porque tenía algo más interesante en que ocuparme.

»Por fortuna para nosotros dos, yo estaba en el jardín de Monplaisir cuando usted y el inspector cenaron con Madeline y Page. Escuché toda su conversación y me di cuenta de que usted sabía todo; la única duda que me quedaba era si podría usted probar algo. Cuando usted y el inspector salieron de la casa, creí mucho más conveniente seguirles por el bosque y escuchar lo que hablaban.

»Después de contentarme con empujar a la inofensiva bruja cerca de las ventanas, les seguí a ustedes. Su conversación, debidamente interpretada, me demostró que lo que yo temía era cierto. Ahora sé muy bien lo que usted hizo, aunque en aquella oportunidad lo sospeché solamente. Sabía que el eslabón más débil de nuestra cadena era Knowles. Sabía también que el viejo se dejaría torturar antes que vendernos. Pero había una persona que él no podía dejar sufrir: Molly. Usted logró hacerle confesar, por medio del ataque contra Molly. Me di cuenta entonces de que estábamos perdidos.

»Sólo una cosa nos quedaba por hacer: huir. Si yo hubiera sido la persona que la mayoría de la gente creerá que soy, sin duda algún a

hubiera matado a Knowles. Pero, ¿quién podía matar a Knowles? ¿Quién podía matar a Madeline Dane? ¿Quién podía matar a Betty Harbottle? Ellos son personas reales, a las que he conocido, no muñecos. Estaba fatigado y un poco enfermo, a decir verdad. Me sentía como si hubiera entrado en un laberinto sin salida.

»Siguiéndoles a usted y al inspector, llegué al Close y vi a Molly. Le dije que no nos quedaba otro recurso que huir. Recuerde que nosotros creíamos disponer de tiempo suficiente, ya que ustedes habían dicho que irían a Londres esa noche, y no temíamos ser descubiertos hasta después de algunas horas. Molly estuvo de acuerdo conmigo. Entiendo que usted la vió salir con una maleta en la mano desde las ventanas del Cuarto Verde. Creo que fué poco prudente de su parte el dejarnos huir para que nos condenáramos a nosotros mismos por esa circunstancia.

»En una sola cosa tuve dificultades con Molly. No le resultaba fácil, alejarle sin tener una palabra final con Madeline. No pude evitar que se tomara una pequeña venganza contra Madeline. Llegamos a su casa a los pocos minutos de haber salido de aquí. Dejamos el auto en un camino oculto y nos acercamos a la casa para escuchar. Oímos al señor Page dar una explicación muy acertada de la muerte de Victoria Daly y del probable carácter de la bruja principal de la comarca. El autómata todavía estaba allí, y lo llevé otra vez a la leñera sólo porque Molly quería hacerlo entrar a la fuerza por las ventanas de la casa de Madeline. Una conducta tal es infantil, sin duda; empero, la inquina de mi querida con Madeline es de una naturaleza personal —como lo era la mía con Patrick Gore—; y le aseguro que nada la hizo enojar tanto como esa conversación que oímos allí.

»En ése momento yo no sabía que ella había traído una pistola de Farnleigh Close. Me di cuenta recién cuando la sacó del bolso y golpeó con ella en la ventana. De inmediato pensé que era necesario actuar velozmente, por dos razones: primera: no quería, por el momento, una pelea entre mujeres; segunda: un auto (el de Burrows) acababa de detenerse frente a la casa. Tomé a Molly del brazo y la alejé apresuradamente. Por suerte, el radio estaba funcionando en el interior y no lograron oírnos. Creo que fué una escena de amor llevada a cabo

frente a la ventana la causa de que Molly escapara a mi vigilancia y disparara un tiro al interior del comedor cuando nos alejábamos. Mi querida tiene muy buena puntería y no tenía intención alguna de herir a nadie; desea que le asegure a usted que sólo quería hacer un comentario respecto a la moralidad de Madeline, y que lo haría otra vez si tuviera la oportunidad.

»Sólo menciono todos estos acontecimientos insignificantes por, en conclusión, una razón muy buena, la que le di al principio. No deseo que crea usted que nos alejamos en una atmósfera de tragedia y oyendo los murmullos airados de los dioses. No quiero que crea que somos unos monstruos. Porque creo, doctor (creo), que debe usted haber pintado el carácter de Molly mucho más malo de lo que es, con la intención de hacer confesar a Knowles.

»Ella no es astuta; todo lo contrario. Su culto privado de brujería no fué el esfuerzo frío e intelectual de una mujer interesada en ver las ruinas de las mentes humanas; ella es lo contrario de lo frío e intelectual, y usted lo sabe muy bien. Hizo lo que hizo porque le gustaba. Espero que continuará teniendo los mismos gustos. Decir que ella es la culpable de la muerte de Victoria Daly es una tontería; y todo lo que se diga de la otra mujer que murió cerca de Turnbridge Wells, es tan nebuloso que no se puede probar ni acusar a nadie. Admito que ella tiene mucho de fantástica, como lo tengo yo. Nuestra partida de Kent y de Inglaterra no fué, como he tratado de aclararlo, la caída del telón de una obra, de moralidad. Se pareció más bien al viaje de una familia ordinaria en dirección a la playa, en donde el padre no puede recordar qué hizo con los pasajes y la madre está segura de que dejó la luz del baño encendida. Sospecho que un apuro similar existió durante la partida de Adán y Eva de un jardín más espacioso; y ésa es la regla más vieja de la vida.

»Le saluda afectuosamente:

»John Farnleigh
»(En otro tiempo Patrick Gore)»

FIN

IMPRESO EN LA ARGENTINA

Terminóse de imprimir esta obra el 7 de diciembre de 1945, en los Talleres Gráficos de la Compañía General Fabril Financiera. S. A. Iriarte 2035, Buenos Aires.

JOHN DICKSON CARR (30 de noviembre de 1906 – 27 de Febrero de 1997) fue un escritor norteamericano de novelas policíacas. Además de firmar mucho de sus libros, también los seudónimos Carter Dickson, Carr Dickson y Roger Fairbairn.

Pese a su nacionalidad, Carr vivió durante muchos años en Inglaterra y a menudo se le incluye en el grupo de los escritores británicos de la edad dorada del género. De hecho la mayoría, pero no todas, de sus obras tienen lugar en Inglaterra. De hecho sus dos más famosos detectives son ingleses: Dr. Fell y *Sir* Henry Merrivale.

Se le considera el rey del problema del cuarto cerrado (parece que debido a la influencia de Gastón Leroux, otro especialista en ese subgénero). De entre sus obras, *The Hollow man* (1935) fue elegida en 1981 como la mejor novela de cuarto cerrado de todos los tiempos.

Durante su carrera obtuvo dos premios Edgar, uno en 1950 por su biografía de *Sir* Arthur Conan Doyle y otro en 1970 por su cuarenta años como escritor de novela policíaca.

Notas

[1] Prólogo completo de Salvador Bordoy Luque para la edición del Tomo I de sus “Novelas escogidas” publicadas por Aguilar que recoge estas obras: *Con guantes de acero*, *Sangre en el espejo de la reina*, *Los crímenes de la viuda roja*, *Los crímenes del unicornio* y *La Policía está invitada*. <<